

Malas intenciones

Robyn Donald

Malas intenciones

"Ese hombre es mucho más sofisticado y duro que tú".

Ese podría haber sido el caso cuando Kathy Townsed era una joven ingenua de dieciocho años, abrumada y halagada por las atenciones de André Hunter, y tenía la cabeza llena de sueños románticos. Pero ahora la situación era distinta. Kathy se esforzaba por que ella y su hija llevaran una buena vida y no iba a permitir que el fantasma del pasado destruyera lo que había logrado, aunque ese espectro fuera el padre de la niña... y ahora su vecino más cercano.

Capítulo 1

Kathy Towsend era generalmente tímida, pero cuando bailaba las inhibiciones que su madre le habia infundido desaparecían y se entregaba en cuerpo y alma al ritmo. Su pelo, que le llegaba a los hombros, flotaba en un remolino de color café cobrizo y sus largas y negras pestañas cubrían unos grandes ojos somnolientos. No era una mujer hermosa, pues tenía el rostro demasiado delgado, la línea de la mandíbula estrecha, y las sienes frágiles, pero el mentón hendido y la piel dorada se combinaban con su elegancia sensual para crear una ilusión de encanto seductor.

La música latía en sus venas, le encendía las mejillas y los labios, invadía su sistema. Su pareja, que era unibailarín excelente, se animó al verla. Cuando la pieza llegó a un crescendo, él la tomó de la mano y la hizo girar. Al final, al echar ella la cabeza hacia atrás, parodiaron un abrazo latino.

En cuanto ella se enderezó, los aplausos de los invitados resonaron en sus oídos.

-Ha sido magnífico -dijo su pareja, contemplando el esbelto cuerpo de la chica-. ¿Lo repetimos?

Pero la magia de la música desaparecía. Su último abrazo, demasiado amoroso, había revelado que estaba un poco excitado. Kathy no sabía cómo afrontar situaciones como aquella y optó por retractarse.

Su primo Chris, con quién había compartido un apartamento hacía tres semanas, solía burlarse de ella llamándola victoriana y tratando de convencerla de que era un cumplido el que a los hombres les gustara contemplarla y tocarla. Sin embargo, no era fácil para ella superar la rigidez a la que la habían sometido durante su infancia y siempre se sentía incómoda, así que le ofreció a Martin, su pareja, una sonrisa y dijo:

-No, gracias, necesito tomar algo. Me muero de sed.

-¿Qué te traigo? -dijo él-. ¿Vino? ¿O cerveza?

-Zumo de lima, gracias -respondió y esperó a que desapareciera para abrirse paso entre la multitud.

No sabía por qué se encontraba allí. No, estaba allí porque Libby Anderson la había obligado a ir. Pero hacía calor y la sala estaba atestada. Libby coqueteaba alegremente con un tipo alto. Pero Kathy sólo deseaba volver a su apartamento. Un hombre al que apenas conocía la cogió del brazo y la felicitó por lo bien que bailaba. Como siempre, Kathy se sintió incómoda. De nada le servía saber que era su reacción espontánea al ritmo y la melodía. Siempre había bailado, cosa que su madre, escandalizada, solía reprobar.

Hablaba de desenfreno y de falta de control.

Aunque se ruborizó, sonrió y, asintiendo con la cabeza, dijo unas palabras. Cuando tuvo oportunidad, siguió abriéndose paso entre la gente.

No era fácil llegar hasta el refugio del amplio balcón con vista al puerto. La sala parecía llena de gigantes. Kathy, de mediana estatura, se sentía agobiada, casi intimidada por los demás, pero continuó avanzando. Sin embargo, había un obstáculo final que le impedía avanzar. Era otro hombre, otro gigante. Kathy miró con resentimiento los anchos hombros, las estrechas caderas y las musculosas piernas.

-Discúlpeme -hizo el intento de pasar junto a él sin tocarlo.

Él se volvió y la miró desde su metro ochenta y tantos de estatura. Sus ojos, de un brillante verde, miraron el rostro de la joven, examinándolo, como si quisiera llegar hasta su alma.

-Perdón -dijo él. Su voz era profunda, con un timbre poco común, que revelaba emociones fuertes.

Kathy se pasó la lengua por los labios secos, pero inmediatamente dejó de hacerlo. Sintió algo raro en el estómago y algo más extraño aún en la base de la columna vertebral. Cuando dio el último paso hacia el balcón, tropezó.

El hombre la cogió de los hombros y la acercó demasiado a él para ayudarla a sostenerse en pie.

-¿Está bien? -le preguntó él, tan desconcertado como ella. La soltó de inmediato, pero Kathy sentía que sus manos aún le quemaban la piel.

-Perdón erijo ella vacilante-. No suelo ser tan torpe.

-No. La he visto bailar. Es la gracia y la pasión personificadas.

Confió en que la oscuridad ocultara sus mejillas encendidas. Una cierta inflexión que acompañó a sus palabras la hizo preguntarse si no la consideraba una exhibicionista. Iba a pedir disculpas, pero su orgullo la hizo levantar la cabeza.

-Gracias -dijo, más tranquila.

-¿No me cree? ¿Por qué no? Sin duda sabe el aspecto que tiene cuando baila -comentó el hombre, que la siguió hasta el balcón, pero no para ver el puerto. En la oscuridad, ella sentía su mirada penetrante.

Alejándose un poco, Kathy respiró a fondo antes de responder.

-¿Cómo puedo saberlo? Nunca me he visto a mí misma.

-No, supongo que no. Pero los aplausos deben haberla convencido de que cuando baila es como si surgiera de otra dimensión, que la música le da vida, que se expresa por medio del

movimiento.

-Gracias -dijo de nuevo ella, sin saber cómo responder a sus excesivos halagos-. Me gusta bailar y sé que tengo cierto talento, pero, ¿no cree que exagera un poco? Esos cumplidos los merecen Nureyev o Fonteyn. Yo nunca he estudiado danza y sólo bailo para divertirme.

-Y seguramente para complacer a los demás -dijo él con cortesía.

Ella se encogió de hombros, enfadada por lo que él daba a

entender. Sin embargo, aún se sentía atraída hacia él.

-Lamento decirlo, pero bailo por motivos egoístas. -Supongo que su novio no piensa eso -se rió él. -Mi novio... oh, ¿se refiere a Martin? No es mi novio. -Pues se dieron un abrazo bastante íntimo.

-Pero me aparté de él en cuando pude hacerlo sin dejarlo en ridículo, aunque supongo que usted no lo aceptaría -exclamó enfadada-. ¡No puedo creer que un desconocido esté regañándome por mi comportamiento! ¡Tampoco sé por qué me estoy disculpando!

-¿Qué es usted? ¿Una especie de fanático religioso? ¿Un puritano?

-Nada de eso -dijo él, cogiéndola del brazo-. Pero estoy portándome como un tonto por lo mismo que usted está disculpándose... No me ha gustado ver a ese maldito vanidoso cortejándola porque yo quería hacer lo mismo, y usted quiere que lo haga.

-Oiga, espere... -no pudo seguir pues la cogió entre sus brazos. Sintió el cuerpo rígido contra el suyo, pero aquella vez no se sintió incómoda. En realidad, la hizo responder.

Levantó la cara para mirarlo a los ojos, que los tenía oscurecidos, aunque iluminados por una cierta excitación. Ella dijo en voz baja:

-No quiero esto. No sé de qué se trata.

-Tampoco yo -dijo él, también en voz baja-, pero sé que me gustaría mucho besarte. ¿Cómo te llamas? -Kathy Townsend. ¿Y tú?

-André Hunter.

El nombre le pareció conocido, pero estaba demasiado absorta en su presencia física y en su propia reacción para preguntarse dónde lo había oído antes. Cuando se acostumbró a la oscuridad, se dio cuenta de que lo miraba con manifiesto deseo, al tiempo que sentía un hormigueo en la piel.

-Tienes unos ojos increíbles -declaró él con la voz apagada-. Me he fijado en ellos antes. Son como topacios. Nunca había visto unos ojos así.

-Son ojos de gato -manifestó ella, esforzándose por mantener la calma. Aspiró el aire húmedo y se estremeció, a pesar del calor que hacía. Una parte sensata de su cerebro le advirtió que seria humillante si él se daba cuenta de cómo la afectaba, así que terminó con indiferencia, tratando de parecer sofisticada-. La mayoría de los gatos tienen los ojos como los míos.

-Ojos misteriosos, hechiceros erijo él-, encendidos de vitalidad y de pasión. Ojos peligrosos, provocativos, seductores.

-Agradable cita poética -replicó con burla-. Supongo que da buen resultado.

-No es una cita poética -dijo él, sonriente. Era difícil leer la expresión de su rostro.

Kathy sabía que si intentaba apartarlo, la abrazaría con más fuerza. Lo poco de sentido común que le quedaba la hizo comprender que si alguien los encontraba así, le parecería que eran unos tontos, mirándose a los ojos, como si algo misterioso los mantuviera unidos, inmóviles.

-Creo... creo que tengo frío -declaró ella.

De inmediato se dio cuenta de que le había seguido el juego. En voz baja y burlona, él le indicó:

-Pero si hay una ola de calor en Nueva Zelanda. No importa, puedo hacerte entrar en calor.

Con los ojos muy abiertos, Kathy vio cómo el hombre acercaba la cabeza a la suya con determinación. Se quedó sin aliento. Quería que él fuera torpe o desagradable, pero sus labios estaban secos y tibios cuando la besó con una sutil maestría. Su cuerpo hizo caso omiso de las advertencias. Suspiró ante la agradable sensación.

A diferencia de la mayoría de los hombres que la habían besado, aquél no la apretó, obligándola a admitir que lo deseaba. La abrazó con firmeza, pero no con violencia. Se sentía protegida, acariciada, no obligada a hacer algo que no quisiera.

-¿Kathy? -a André le temblaba la voz.

Su aliento le pareció tan erótico como el beso. Alzó la vista y lo miró aturdida. Él ahogó un gemido y la apretó contra su pecho. Sus labios se apoderaron otra vez de los de ella, como si en ello le fuera la vida.

De pronto, la inundó un flujo de sensaciones tan intensas, que ella gimió, perdida en las exigencias de un deseo que nunca había experimentado.

Parecía que habían pasado horas cuando volvió a la realidad. Le temblaban los labios y, sin ninguna restricción, se apretaba contra él. La deseaba, y en lugar de rechazarlo, Kathy acrecentaba su

pasión. Sólo quería una cosa: descubrir al fin los secretos que su excesiva delicadeza le había impedido conocer hasta entonces.

-¿He dicho ojos peligrosos? -preguntó él alterado-. Mejor debí decir aterradores. Pero no aquí, Kathy. No aquí.

Kathy debió sentirse avergonzada, pero sabía que no había lugar para ello. Sin embargo, como subrayando las palabras de André, detrás de él le llegó una voz apesadumbrada.

-¿De modo que estás aquí, Kathy? ¿Todavía quieres zumo o estás muy ocupada?

-Está muy ocupada -erijo André Hunter.

Martin trató de ver a Kathy, aunque las amplias espaldas del otro se lo impedían. Parecía más pequeño y mucho menos seguro de sí mismo que cuando bailaba con ella. Después de mirar a Kathy a la cara, se encogió de hombros.

-De acuerdo -dijo, esforzándose por hablar con despreocupación.

Ninguno de los dos se dio cuenta de cuándo se fue Martin. Kathy deseaba quedarse con André, pero también estaba enfadada con él por haber sido tan cortante con el pobre Martin. Cogió el vaso de zumo de lima y comenzó a beber. Se apartó un poco mientras trataba de entender lo que estaba sucediendo.

-Aunque trates de racionalizarlo, no podrás librarte de esto -comentó él con tranquilidad-. Es como una fuerza de la naturaleza.

Lo miró sobresaltada, pues era un hombre demasiado perspicaz. -¿Por qué te llamas André? -preguntó ella-. No es un nombre común.

-Mi madre era francesa -respondió llanamente.

Aquello explicaba su piel cobriza y el pelo negro. Ella asintió con la cabeza al recordar dónde había visto su nombre. Utilizando el imperio industrial de su padre como base, André había hecho lo que llamaba un pasatiempo: adquirir empresas arruinadas y reactivarlas. Un periodista lo había calificado de empresario consciente y añadió, escéptico, que lo que hacía era tan poco común, que parecía justo que la mayoría de sus proyectos tuvieran éxito.

A los veintiséis años, André Hunter era ya un experto hombre de negocios, en camino de convertirse en uno muy rico. Aquello era interesante y tal vez explicara la actitud de mando que lo distinguía de los demás, pero no el aura de bravuconería que lo rodeaba, una especie de encanto perverso que atraía a las mujeres. Aparecía tanto en las páginas de sociales como en las financieras. Kathy reconoció la

fuerte atracción que había surgido entre ellos, aunque

comprendía que podía resultar herida.

-¿Y quién eres tú? -preguntó él con indolencia-. Háblame de ti. ¿Cuántos años tienes?

-Dieciocho.

-Una niña -dijo él, burlón, mirándola con sus perversos ojos verdes-. Y eres de aquí, por supuesto.

-No, no soy de aquí, aunque ahora vivo en Auckland. Nací en la Isla del Sur.

-¿Qué te trajo a la Isla del Norte? Estás muy lejos de casa.

Ella vaciló. ¿Deseaba en realidad explicar por qué se encontraba en Auckland? Se mordió un labio, pero al fin, sometida a su mirada desconcertante, respondió: .

-Vine porque tengo... tenía... un primo aquí y él me ofreció un sitio para vivir mientras asistía a la universidad.

-¿Tenías un primo?

-Ya no está en Auckland -respondió tranquila-. Es científico y ahora está haciendo un trabajo en la isla Raoul, en las Kermadec.

-Comprendo-dijo él con indiferencia, casi ensimismado, y ella se estremeció-. ¿Lo quieres?

-Lo quiero mucho -respondió ella.

Los padres de Kathy nunca habían entendido a su hija. Chapados a la antigua, querían que ella se quedara en el pueblo donde había crecido, que se casara con un muchacho formal y les diera nietos. Por ello, la desanimaban para que dejara de estudiar.

Pero ella era consciente de que la vida que a sus padres les parecía tan satisfactoria, la frustraría y, en cuanto pudo huyó en busca de su primo Chris, quien como ella, se había ido de la granja familiar. Compartían un apartamento en Auckland, y el año anterior había sido idílico... hasta que Olivia Saywell, la mujer a quien Chris amaba, se suicidó.

«Basta», se dijo. «Es inútil, Olivia está muerta y Chris en el infierno, metido en la isla Raoul con su expedición científica en una especie de expiación de pecados que no cometió».

Los dos sufrirían remordimientos el resto de sus vidas. Pero no habían sufrido tanto como Olivia, desde el accidente que la despojó de todo lo que ella apreciaba: su esbelta elegancia, su vitalidad, pero, sobre todo, su belleza seductora y su poder sobre los hombres.

-¿Qué ocurre? -preguntó André Hunter de pronto.

Ella alzó la vista y enfocó su rostro.

-Yo... nada -mintió.

Él sonrió y una expresión de burla reemplazó la de preocupación.

-No me gusta que te olvides de mí de esa manera. Vamos a bailar -cuando volvieron a entrar, echó un vistazo al salón atestado, y añadió-: aquí no. Vamos a un lugar más tranquilo.

-¿A dónde, exactamente? -le preguntó. mirándolo a los ojos.

-¿A mi casa? ¿No? Entonces. ¿qué te parece si vamos a tomar una copa por ahí? Después te llevaré a casa, te lo prometo.

Ella vaciló, sin saber si actuar con cautela o responder al desafío que brillaba en su mirada. Respondió al reto casi con imprudencia. Se moriría de curiosidad: quería saber todo acerca de él, conocer a fondo su personalidad.

-Pero será mejor que le avise a mi compañera de apartamento -dijo ella-. A veces es muy protectora conmigo.

Él alzó las cejas. Negándose a que su expresión la turbara, Kathy

echó una mirada a su alrededor, en busca de Libby. -¿Cómo es ella?

-Alta y muy atractiva... ah, allí está, junto a la puerta.

André tomo la delantera y, sin esfuerzo, se abrió paso entre la multitud, llevándola con firmeza de la mano. «Qué fácil cuando se es alto», pensó ella, tratando de ver con objetividad la situación. Se percató de que el corazón le latía aceleradamente.

¿Le ocurriría lo mismo a él? Sí, pensó, recordando con regocijo la expresión primitiva que había aparecido en su rostro cuando la besó. Sí, él también experimentaba aquel deseo insensato.

Decir que Libby se sobresaltó al enterarse de que se iba con André Hunter, sería una exageración. No solía dejar que su rostro revelara sus emociones. Sin embargo, alzó las cejas después de mirar al hombre alto que acompañaba a Kathy.

-De acuerdo -dijo alegremente-. Gracias por avisarme. Una vez en la calle, André preguntó con ironía: -¿Tienes que avisarle siempre?

-No -respondió ella con indiferencia-. Si cualquiera de las dos decide irse de una fiesta antes que la otra, nos avisamos. Las mujeres solemos hacerlo. El mundo puede ser peligroso.

-Comprendo -sonrió irónico-. Pero me ha parecido percibir una advertencia en su actitud.

-A pesar de su belleza espectacular -admitió Kathy-, es muy maternal.

-¿Desde cuándo compartes el apartamento con ella?

-Desde hace tres semanas. Vivía con mi primo Chris, hasta que decidió irse a las Kermadec. Libby es una vieja amiga de Chris y le pareció bien compartir el apartamento conmigo. Necesitábamos una tercera persona para cubrir los gastos. Pusimos un anuncio en el

periódico y así fue como llegó Fiona

-¿Y os lleváis bien todas? -preguntó él con escepticismo.

-Sí, nos llevamos bien, muy bien.

-¿Cuándo vuelve tu primo?

-Dentro de un año -suspiró-, a menos que decida quedarse allí.

André se detuvo junto a un automóvil negro. Abrió la puerta y la ayudó a subir con una cortesía natural. ¿Herencia de su madre francesa? Kathy lo vio caminar a grandes pasos hacia el lado del conductor, como si fuera un depredador. Sin embargo, parecía un poco tenso. Tal vez fuera la misma actitud cautelosa que se había apoderado de ella. Mientras ponía el motor en marcha, André preguntó:

-¿Qué hace Chris en la isla Raoul?

-Está estudiando el «efecto invernadero».

-Qué interesante. Un año es mucho tiempo.

Podría haberle contado que Chris estaba desesperado, que la mujer que amaba se suicidó porque no pudo soportar la idea de vivir confinada a una silla de ruedas, pero no lo hizo. Chris tenía su propio purgatorio, que Kathy compartía en menor grado.

Chris había sufrido más que Olivia. Ella estaba desesperada y atacaba a Chris, lo que aumentó su dolor. Sin embargo, él la visitaba todos los días en el hospital hasta que le dijo que no quería volver a verlo.

Kathy sintió un doloroso nudo en el estómago y miró por la ventanilla. Chris volvió a visitarla, aunque fue rechazado con cortesía, pero con firmeza.

Era muy injusto, porque Olivia había causado el accidente. Regresaban de una fiesta en la costa. Kathy al volante. Chris dormitaba en el asiento trasero porque había tomado un medicamento contra la fiebre del heno. Excitada por el alcohol y las drogas que había consumido, Olivia se negó a ponerse el cinturón de seguridad hasta que, enojado, Chris la obligó a hacerlo, ayudado por Libby, quien iba a pasar la noche en casa de su hermano, el anfitrión.

Estaba lloviendo, de modo que Kathy iba concentrada en la estrecha carretera. De pronto se despertó y trató de arrebatarle el volante a Kathy. El coche se salió de la carretera y cayó por un acantilado, con las puertas abiertas. Como llevaban el cinturón de seguridad puesto, Chris y Kathy sólo sufrieron heridas de poca importancia, pero en algún momento durante el viaje Olivia se había quitado el cinturón. Sus heridas fueron terribles y, cuando supo que nunca volvería a andar, tomó todos los sedantes y

tranquilizantes que pudo conseguir y aquella vez la mezcla de drogas la mató.

Fue entonces cuando Chris solicitó el puesto en Raoul.

-Sí -le dijo a André en voz baja-, un año es mucho tiempo. -Debe de estar muy dedicado a su profesión. ¿O huye de algo?

Kathy se volvió hacia él. A contraluz, el perfil de André revelaba fuerza, la nariz y el mentón formaban una línea autocrática y los labios, tibios y dulces cuando la besaron, eran firmes. Ella sintió algo en la boca del estómago. Le preguntó con aspereza:

-¿A qué demonios te refieres?

Él se encogió de hombros.

-A nada, sólo que muchas veces la gente que de buena gana se exilia, espera que así cicatricen sus heridas.

-Tal vez tengas razón -se tranquilizó.

-O quizá no es cicatrizar heridas lo que necesitan, sino encontrar un refugio.

Un refugio donde el tiempo logre el milagro. Chris amaba a Olivia con una fuerza que asombraba a Kathy, de modo que la desilusión resultó destructiva y lo despojó de la confianza en sí mismo. Sí, Chris necesitaba un refugio.

-Quizá -aceptó ella con calma. Luego, como no quería estropear la noche recordando aquella tragedia, preguntó-: ¿A dónde vamos?

-A una taberna.

La taberna resultó ser el bar de un hotel de la ciudad, recién restaurado. Kathy miró a su alrededor asombrada y reconoció rostros que sólo había visto en periódicos y revistas.

André la condujo a una pequeña mesa, que se encontraba en un rincón poco iluminado. Una camarera se acercó a ellos.

-Champán -pidió, añadiendo una famosa marca francesa. Kathy alzó las cejas, sorprendida, pero no dijo nada-. La noche es propicia para celebrarla.

Era asombroso lo mucho que compartían: el mismo sentido del humor y los mismos intereses por la música, el arte y la literatura. Incluso coincidían en algunos pasatiempos, en su gusto por ir al teatro y por pasear por el campo. Pensaban del mismo modo acerca de muchos temas, discutieron agradablemente y sin apasionarse en torno a otros y conversaron muy a gusto durante la velada.

Cuando regresaban al automóvil, André la llevaba del brazo. Ella se dio cuenta de que estaba ebria con su sola presencia. Estaba más animada que nunca.

Una vez instalados en los cómodos asientos, él preguntó:

-¿A casa?

-Sí -respondió ella, suspirando, pues tenía que ir a su casa aunque no era muy tarde. Le dio la dirección a André. Él sonrió.

«Creo que estoy enamorándome», pensó Kathy. Por una parte le aterraba la idea, pero por otra tenía la sensación de que aquello estaba predestinado desde el principio del tiempo. Cuando llegaron a la casa, dividida en cinco apartamentos, preguntó con cautela:

-¿Quieres entrar a tomar café?

-Sí.

Kathy sintió un agradable cosquilleo. Trató de recordar cómo había dejado el apartamento, y al entrar vio con alegría que todo estaba en orden. Fiona, la otra compañera de piso, aún no había vuelto del concierto al que había ido. Kathy puso agua a calentar y sacó las tazas. Por el rabillo del ojo, vio que André estaba de pie en el centro de la habitación.

Era un hombre sorprendente. No era apuesto en el sentido convencional. Tenía algo más. Irradiaba un carisma sensual que llamaba la atención. Su cuerpo perfecto y sus rasgos sorprendentes recordaban a un bandido apuesto. Sin embargo, no eran sólo sus atributos físicos lo que la impresionaba, sino su inteligencia, su aguda percepción de la condición humana. Si a eso se agregaba su confianza en sí mismo, cercana a la arrogancia, y el aura de competencia que lo rodeaba, resultaba un hombre carismático.

Entonces, se preguntó lo que era obvio. ¿Qué hacía con ella un hombre tan extraordinario? Ah, ella era atractiva, aunque sin distinción. Era razonablemente inteligente y bailaba bien. Aquello era todo. A sus dieciocho años, era poco sofisticada, mientras que André Hunter parecía un hombre de mundo.

El agua comenzó a hervir, la puso en la cafetera y luego salió de la cocina. Una repentina timidez comenzó a apoderarse de ella.

André estaba junto a la ventana y contemplaba las luces de la ciudad. El apartamento se encontraba en el piso superior de la casa, desde allí se divisaba todo Auckland, situado en uno de los pequeños volcanes que la distinguen de cualquier ciudad del mundo.

-Qué panorama tan fantástico -dijo él con voz profunda.

-Sí, ¿verdad?

Él sabía cómo se sentía Kathy. Lo entendió cuando vio su sonrisa un poco burlona, un poco comprensiva.

-¿Lo has pensado mejor? -preguntó él en voz baja, alargando los brazos hacia ella-. Es demasiado tarde, Kathy. No sé de qué demonios se trata, pero seríamos cobardes si no lo averiguáramos.

Sus palabras eran persuasivas; un poco coercitivas como si

temiera que ella lo rechazara. Kathy experimentó una fugaz sensación de poder, ahogada por el deseo que anulaba todo lo demás: el sentido común, el pragmatismo, la sabiduría con la que había vivido toda su vida hasta aquella noche.

-Sí, pero... -musitó sin saber muy bien qué decir. La besó en los párpados, haciéndola estremecerse.

-Sin «peros» -dijo él en voz baja-. No me hagas objeciones aburridas, Kathy. Me parece que esto no tiene nada que ver con el sentido común. Nunca me había sentido así. ¿Y tú?

-Sabes que tampoco -respondió ella, estremeciéndose-. El café -dijo de pronto.

-Al diablo con el café -respondió él entre risas, mientras sus labios buscaban los de ella.

Pareció que transcurrieron horas antes de que ella pudiera apartarse, con el rostro encendido, y con un sentimiento de frustración.

-No -dijo, jadeante-. No, André. No.

Él respiraba de un modo irregular. Kathy se dio cuenta de que se resistía a atender su ruego. Pero después de mirarla un momento, al verla temblar, asintió con la cabeza, la soltó y retrocedió.

-Me voy -declaró André.

-El café...

-Si me quedo, voy a terminar en tu cama -erijo él, mirándola con intensidad.

A Kathy volvió a encendérsele la piel. Quería rebelarse, el deseo que experimentaba era insoportable, pero sabía que era demasiado pronto. Vacilante, lo miró, disculpándose.

-Será mejor que te vayas, entonces.

-Te llamaré mañana -dijo él, sonriendo-. Buenas noches, Kathy.

-Buenas noches.

Lo acompañó a la puerta y luego cerró con llave. Apagó las luces y se acercó a la ventana. Al verlo salir del edificio, contuvo el aliento. Parecía un dios moderno, pensó, mientras el deseo se apoderaba otra vez de ella.

Antes de subir al automóvil, André levantó la mano para despedirse. Kathy sintió que estaba actuando como una tonta.

Capítulo 2

DE acuerdo -dijo Libby, mirando fijamente a la turbada Kathy-.Habla.-No hay nada que contar. Nos conocimos en la fiesta, fuimos al bar Nouveau del Criterion a tomar algo, vinimos a casa y preparé café. Después se fue y yo me acosté. Mucho antes de las tres, ¡hora a la que tú llegaste!

-Fue una buena fiesta -dijo Libby, rechazando el débil intento que hizo Kathy de cambiar el tema-. Y no tengo ninguna duda de que eso es más o menos lo que sucedió. Lo que quisiera saber es cómo lograste salir con el hombre que no sólo es el soltero más atractivo de Auckland, sino también el más famoso.

-¿Lo conoces?

-No, pero sé de él. Todo el mundo sabe de él. Sólo tuve que mirarlo para saber que todo lo que se cuenta es cierto: es un hombre fascinante, pícaro y excitante.

-¿Demasiado diabólico para mí? -eso era lo que ella pensaba.

La expresión de Libby se suavizó. Se sentó en una silla, se inclinó hacia adelante y, con actitud de sabiduría, miró fijamente a Kathy.

-Querida, a pesar de tus valientes esfuerzos por ser mundana, todavía no lo eres. Por supuesto, él te desea. Demonios, cuando bailas pareces la respuesta a los ruegos de cualquier libertino. Pero sabes, tanto como yo, que no eres la niña apasionada que aparentas cuando la música comienza a llegarte al alma. ¡Lo que me preocupa es si él lo sabe!

-Debe saberlo -replicó Kathy-. Charlamos durante un buen rato.

La otra mujer la miró como si dudara.

-Está bien -dijo-. ¿Sabías que fue amante de Olivia?

Kathy se puso tan pálida, que Libby se puso de pie de un salto.

-Siéntate -dijo y ayudó a Kathy a hacerlo-. ¿No lo sabías?

-¿Cuándo fue eso?

-Olivia era una mentirosa. Ya sabes que le gustaba fastidiar y atormentar a Chris sólo para no aburrirse. Bueno, un día la oí decirle que era el mejor amante que había tenido. Me refiero a André, no al pobre Chris.

Kathy desconfiaba de los sentimientos de Libby hacia su primo. Una sensación de náusea se apoderó de ella, lo mismo que ocurría cuando Olivia actuaba con agresividad, pero un momento después dijo con firmeza:

-No voy a dejar que eso me desconcierte -hizo una mueca-. Chris también fue su amante y sigo teniendo una buena opinión de él.

Libby empezó a decir algo, pero cambió de idea.

-Entonces ¿cuando verás de nuevo al excitante André Hunter?

-No lo sé.

-¿Y Brent?

Kathy la miró fijamente. Brent Sheridan era escritor y dueño de una empresa de cortadores de césped donde ella trabajaba en sus horas libres. Se había mostrado muy amable con Kathy e incluso Chris lo aceptaba, aunque ponía reparos a su edad, pues tenía casi treinta años. Habían salido juntos varias veces, pero no había mostrado interés en profundizar la relación.

-¿Qué pasa con Brent? -preguntó Kathy.

-Por Dios, acabas de salir del cascarón -Libby suspiró y puso los ojos en blanco-. Ese hombre está enamorado de ti.

-¿Brent? Oh, Lib, no seas tonta. Brent es un encanto, pero nunca ha demostrado estar...

-Te ha pedido que salgas con él, ¿no? Un hombre no invita a una mujer si no está interesado. Y no es ningún joven inexperto, ansioso por llevarte a la cama. Sabe esperar.

Vamos, Lib, deja de cuidarla como una madre -dijo Fiona, bostezando, al salir de la cocina con una taza de café en la mano-. A pesar de esos enormes e inocentes ojos, ya ha crecido. Si ese hombre es muy apuesto, adelante, Kathy. No es frecuente conocer a ese tipo de hombres, así que cuando sucede, hay que divertirse. Si él termina rompiéndote el corazón, bueno, el corazón puede cicatrizar y toda mujer necesita tener una aventura amorosa trágica en su pasado.

-De acuerdo, renuncio al puesto honorario e ingrato de madre y prometo no volver a insinuar que quizá no puedas arreglártelas con ese Casanova.

Sonó el teléfono y Fiona descolgó el aparato.

-¿Diga? -hubo un momento de silencio. Luego Fiona sonrió y dijo en un tono diferente de voz-: Sí, aquí está, señor Hunter. -Hola -saludó Kathy con timidez.

-Hola -respondió él alegre-. ¿Quieres ir de picnic hoy? -Me encantaría.

-Qué bien. Pasaré por ti dentro de media hora.

Colgó antes de que ella pudiera preguntarle a dónde irían y si debía llevar comida.

-¿Y? -preguntó Libby. Ya había olvidado la promesa que acababa de hacer y la miraba como una gallina a la que están a punto de robarle el único polluelo que tiene. Fiona también parecía interesada.

-Nos vamos de picnic erijo Kathy con tanta dignidad como pudo

y salió de la habitación antes de que le hicieran más preguntas.

Kathy estuvo lista antes de que terminara la media hora. Se puso una camiseta de color rosa, una falda corta y amplia y un gran sombrero de paja. Fue a la sala y se sorprendió. Aunque era domingo por la mañana, la habitación estaba en orden y Fiona se encontraba en el balcón.

-Qué bonito -dijo Libby, con el trapo de fregar en la mano, al salir de la cocina-. Envidio tu habilidad para coser, debes ahorrarte un dineral.

-Mi madre piensa que todas las mujeres deben saber coser, tejer, cocinar y llevar la casa. Pero no le parece importante que se encarguen de las finanzas. Eso es asunto de hombres -a pesar suyo, no pudo evitar una nota de amargura.

-Ella creció en una época distinta.

-Lo sé, pero no veo por qué tiene que quedarse en esa época.

-Bueno, ojalá mi madre me hubiera enseñado a coser.

-Compra tela y te haré lo que quieras.

-¡Oíd! --exclamó Fiona desde el balcón-. Acaba de llegar un elegante coche negro y se ha bajado el hombre más atractivo que he visto en mi vida -en seguida entró en la habitación, ruborizada y riendo-. También oye muy bien. Ha levantado la vista y me ha saludado con la mano.

Tal vez acostumbrara a hacerlo al llegar y al irse, pensó Kathy. Se preguntó entonces si en realidad había sido amante de Olivia.

¿Le importaría si lo hubiera sido?

Pero cuando lo recibió en la puerta, volvió a experimentar aquella misma sensación, alarmante, que la agitaba. Lo mismo le sucedió a él. No hizo ningún intento de besarla, pero su sonrisa era deslumbrante y le miró los labios con una intensidad que la hizo sonrojarse.

-¿Lista? -preguntó él con voz profunda.

-Ya conoces a Libby, pero entra para que te presente a Fiona -lo invitó Kathy.

André era el encanto personificado. Sus ojos color oliva reconocieron la voluptuosidad de su compañera de apartamento de una manera un poco irritante. Fiona correspondió a la admiración que provocó en él, pero no era la clase de mujer que coqueteaba con los novios de sus amigas. Sin embargo, Kathy se alegró cuando al fin se sentó en el coche.

-Tus amigas no creen que vaya a ser una buena influencia para ti -comentó André cuando partieron.

-Oh, no, Fiona dice... -dijo sin pensarlo. Se ruborizó al darse

cuenta de que había estado a punto de traicionar a su amiga.

Él se rió, divertido.

-Ah, sí. Las dos son muy amables y experimentadas y por eso protegen a alguien que consideran inocente.

Ella refunfuñó en silencio.

-No sé por que habrían de hacerlo. Llevo un año en Auckland... Si fuera tan inocente ya habría tenido problemas.

-Todo un año -dijo él, bromeando-. ¿Qué estás estudiando?

-Literatura inglesa.

-Ah. ¿Piensas dar clases?

-No -respondió en voz baja. Bajó la vista. A veces le preocupaba no saber qué iba a hacer en el futuro-. Todavía me quedan un par de años para tomar una decisión.

-¿Estudias otra cosa?

-Un poco de antropología, política, historia del arte... todo lo que puedo.

-¿Por qué escogiste Auckland? Dunebin te quedaba más cerca de casa. ¿Tus padres no te echan de menos?

-Mis padres viven en el pasado comentó con amargura-. No creen que las mujeres necesiten un título:según ellos su meta en la vida debe ser casarse.

-Dios mío. Creía que esas opiniones eran cosa del pasado. -No. Era la única del colegio cuyos padres se habían negado a pagarle estudios superiores.

-¿Querían que te quedaras en casa?

-Por supuesto que sí. Decidieron que si quería ir a la universidad, tendría que hacerlo por mis propios medios. -¿Y tus hermanos y hermanas?

-No tengo.

-Entonces es comprensible que quisieran tenerte cerca de ellos.

-Sí, lo comprendo, pero son... ¡son de mentes tan estrechas! Querían que dejara la escuela después del sexto año. Mi padre piensa que leer es una pérdida de tiempo. Cuando era niña, sólo me permitían pedir prestado un libro a la semana en la biblioteca. Y tenía que hacer toda clase de tareas antes de que me dejaran leer.

-Estoy seguro de que eso no te hizo ningún daño.

-No, supongo que no -sonrió de mala gana-, pero mis padres y yo tenemos puntos de vista diametralmente opuestos en todo. Creo que pensaban que, si no me ayudaban con mis estudios, regresaría a casa con el rabo entre las piernas, ¡pero habría preferido morir! -levantó le mentón, orgullosa.

-Supongo que se preguntarán qué clase de hija tienen. Es lo que

se llama abismo generacional.

-Lo sé, pero... pero ni siquiera intentan entenderlo -suspiró y miró hacia un lado-. Los quiero y ellos, a su manera, también me quieren, pero nunca aceptarán mi manera de ver las cosas. Sinceramente, creo que me habría vuelto loca si no hubiera sido por Chris.

-Ver crecer a los hijos puede resultar algo doloroso, pero tal vez tus padres cambien de parecer --comentó André después de una larga pausa para meter el coche en el aparcamiento sobre el río Tamaki.

-André, ¿con quién vamos a salir? -preguntó ella, vacilante.

-Sólo nosotros -contestó con una sonrisa desafiante-. ¿Tienes miedo?

-No -respondió con temeridad-. ¿Debería tenerlo?

-¿Tú qué crees?

El yate de André era mediano, pero de un lujo sorprendente. Kathy lo miró con interés, mientras él lo sacaba entre filas y filas de embarcaciones.

André era hábil y mantenía el límite de velocidad mientras bajaban por el río. Kathy disfrutaba de la sensación del viento sobre su pelo.

-¿A dónde vamos? -preguntó.

-¿Ves la isla que está detrás de Waiheke? ¿La pequeña? Pertenece a una mujer con quien estudié primaria. Ahora está en el extranjero, así que vamos a desembarcar allí.

-Nunca he estado en una isla -confesó, encantada.

-¿De verdad? -la miró sorprendido-. ¿No has navegado nunca?

-No. He estado trabajando y Chris no es una persona a quien le guste mucho navegar,

Él sonrió y dijo apacible:

-¿Así que hoy es la primera vez que sales al golfo? Bueno, no puedes considerarte una digna habitante de Auckland sin haber navegado. ¡Es de rigueur!

Hacía un día espléndido y Kathy nunca se había sentido tan feliz. Disfrutaba de las atenciones de André, del sol que le doraba la piel. André le mostraba los innumerables matices del mar y de la tierra, desde los suaves picos de las colinas Hunua hasta los valles de Coromandel.

-Algún día iré allí -dijo ella-. Siempre he querido visitar Coromandel. Es algo distinto.

-Es distinto, si con «distinto» quieres decir hermoso. Es un lugar fascinante, con playas fantásticas y un paisaje espléndido.

Hay muchas ruinas de la época de las minas de oro y vistas magníficas. Te llevaré algún día.

Parecía saberlo todo. Nombró todas las islas esparcidas por el golfo. Pasaron frente a Motuaroha, donde vivió la famosa familia Caird, hasta que el último de ellos se fue a la isla principal.

Kathy se quedó asombrada ante la belleza de la residencia griega.

-¿Por qué la vendieron?

-Es un Caird, Kathy. No la vendió. Pero se casó con una médico y. como ella no podía ejercer en la isla, se fueron a vivir a la isla principal. Ella trabaja y él se divierte haciendo que produzca una granja que llevaba abandonada mucho tiempo.

Kathy percibió una nota extraña en su voz que la hizo preguntar:

-¿Te gustaría hacer lo mismo?

-Sí, supongo que sí -respondió después de un momento de silencio-. Me daría una gran satisfacción crear algo de la nada.

De modo que por eso le gustaba a André adquirir empresas abandonadas y hacerlas tener ganancias. Ya tenía una breve idea de cómo era él. Kathy guardó el descubrimiento en su memoria, como si fuera una pequeña joya, y reflexionó en la fuerza del amor que llevó al último de los Caird a abandonar una isla que parecía la antesala del paraíso.

André la observaba, sonriente.

-Una historia romántica ¿verdad? -dijo él, un poco burlón. -Sí, creo que sí -dijo ella, decidida.

Él la miró con expresión grave, sin sonreír.

-Desde el momento en que te vi, supe que eras una mujer romántica. Bailabas con una especie de abandono sensual que era totalmente inconsciente. Y cuanto te miré a los ojos, me convencí de, ello. Ojos como esos tienen que pertenecer a alguien apasionado.

La lentitud con que pronunciaba las palabras la hizo sentir un hormigueo en la piel, pero levantó la vista.

-Haces que me sienta como una tonta. ¡Esclava de mis sentimientos!

-Oh, no -deslizó la mirada por el rostro de la chica, encendiéndole la piel-. Tu personalidad la revela tu rostro. Kathv. En éste también veo firmeza, valor y decisión.

-Por favor… -incómoda, ella se sonrojó. Él se rió y la besó. -Y cuando te ruborizas, pareces un albaricoque maduro –dijo él en voz baja-. Suave, dulce y delicioso.

En aquel momento dejaron el abrigo de una isla y llegaron a

aguas agitadas.

Kathy agradeció que él tuviera que concentrarse en la navegación, pues se encontraba indefensa por el deseo que se había apoderado de ella. Miró hacia la isla a la que iban a llegar.

Motuiti era una isla pequeña, parte de ella cultivada. La playa a la que André la llevó tenía al fondo un monte. Entraron en una pequeña ensenada donde la arena era muy blanca. La playa y la bahía estaban desiertas.

Para llegar a la playa utilizaron un pequeño bote neumático. Metieron en él varias cestas y cajas y se pusieron en camino hacia la costa.

-Será mejor que pongamos la comida a la sombra de ese enorme pohutukawa -dijo André, mientras apagaba el motor-. Extiende la manta, por favor. Llevaré lo demás.

Con las sandalias en la mano, Kathy fue chapoteando por el agua tibia que le llegaba a los tobillos y llevó la manta hasta la sombra del árbol. Mientras la extendía, vio a André acercarse a ella. ¿Habría llevado a otras mujeres a pasar un día como aquél, y había usado la misma manta? ¿A Olivia Saywell, quizá?

Por supuesto que sí, se dijo, sombría. Si no a Olivia, sin duda a otras mujeres. Era un hombre de mundo y atractivo. Kathy había advertido la noche anterior que las mujeres lo miraban con interés. Seguramente había muchas en su vida.

Enamorarse de André Hunter sería lo más tonto, peligroso e inútil que podría hacer.

Parecía el hombre más apuesto del mundo y lo envolvía una aura de peligrosa masculinidad que la hacía estremecerse. Sin embargo, la palabra clave era «peligrosa» y ella tenía mejores cosas que hacer con su vida que dedicarse a curar un corazón roto.

Cuando él la miró, acariciándola con los ojos, sus dudas y preocupaciones desaparecieron. André sentía algo por ella. No sabía qué era, pero no iba a dejar que el temor y su falta de confianza en sí misma le impidieran averiguarlo.

La magia continuó. Nadaron: ella, elegante y provocativa con su traje de baño de una pieza; él, impresionante con su traje de baño verde que realzaba su bronceado. André no hizo ningún intento por tocarla y ella también guardaba distancias. Parecía que estaban jugando, pensó Kathy, regalándose la vista con la musculatura del cuerpo masculino. Era un juego cuyas reglas suponían prolongar y aumentar la excitación.

La comida consistió en pato frío con varias ensaladas, pan integral, fruta y quesos, entre éstos el blue-vein, uno de los que más

le gustaban a ella.

-Pensaba que a los paladares jóvenes no les gustaba esto -comentó él, indolente, untando un poco de queso en una galleta para, con los ojos brillantes, acercársela a la boca a Kathy.

Confusa, ella tomó un bocado sin saborearlo, mientras él se comía el resto. Le pareció algo erótico sin saber por qué. Tal vez fuera porque cada vez que se le acercaba, se le aceleraban los latidos del corazón. André era el primer hombre que tenía tal efecto físico en ella y, aunque se estremecía ante su presencia, seguía siendo la niña mimada de mamá y no se sentía a gusto en aquella situación.

-Siempre me ha gustado el queso fuerte -dijo ella, cogiendo otra galleta.

André estaba apoyado en el tronco del árbol, observándola sonriente, con una expresión hipnótica.

Kathy le ofreció la galleta y.cuando él se la comió, cogió un racimo de uvas y también se las dio una a una.

Aunque él la miraba a través de las gruesas pestañas, Kathy vio el brillo de sus ojos. Como André, se había puesto una camiseta encima del traje de baño y estaba sentada en los talones, absorta mientras le daba las uvas. Al principio, se aseguró de mantener los dedos alejados de sus labios, pero con la última uva, André le atrapó con la lengua la punta de un dedo y, con delicadeza, lo mordisqueó.

Kathy se quedó sin aliento. El sonrió, alargó las manos para abrazarla y comenzó a besarla.

-¡Me embriagas! -exclamó él.

Cuando se dio cuenta de que el corazón de André latía acelera

damente, Kathy se estremeció y comenzó a hacer sus propias y vacilantes exigencias con la boca.

Tímidamente, lo besó cada vez con más pasión. Él la apretó con más fuerza y emitió un sonido ronco, pero no hizo ningún intento de tomar el mando y la dejó explorar su cuerpo. Olvidándose de su timidez, Kathy experimentaba el deseo de tocarlo.

André gimió y, con la voz apagada, dijo:

-Creo que será mejor que dejes de hacer eso, Kathy.

Embriagada, ella le susurró al oído:

-¿Por qué? Me gusta hacerlo. ¿No quieres que lo haga?

-Mucho, provocadora -murmuró él. La cogió de la cabeza e hizo que la acercara a su cuello.

Pero allí también encontró Kathy cosas que saborear: su aroma, la fuerza de sus hombros, la curvatura de sus músculos.

Un deseo sensual, compulsivo, se apoderó de ella. Era la primera vez que se tomaba tantas libertades, la primera vez que deseaba explorar el cuerpo de un hombre.

Sin sentir vergüenza y con los ojos somnolientos, recorrió con los labios el brazo de André, le besó la muñeca y deslizó la lengua en la palma de la mano y entre los dedos.

A pesar de que él pasaba la mayor parte del tiempo bajo techo, no tenía las manos suaves. No tenía callos como su padre y otros granjeros que conocía, pero revelaban señales de trabajo físico arduo.

-¿Cómo te mantienes en tan buena forma? -le preguntó en voz baja.

-Nado y monto a caballo. ¿Y tú? También estás delgada. Kathy se apretó contra él y le mordisqueó suavemente el hombro.

-Ando mucho con Libby y hago ejercicio con Fiona. Y también corto el césped.

-¿El césped?

-Sí. Cuando no estoy en la universidad, estudiando o elaborando ensayos, trabajo para un hombre que tiene un negocio de arreglar jardines.

Aturdida por el sol, por el agradable cansancio después de ir a nadar, la buena comida y las dos copas de vino, sentía como si flotara en un mar de sensaciones. De pronto, recordó una frase que no sabía dónde la había oído.

-En un mar de vino -declaró, pronunciando mal las palabras.

-¿Estás un poco ebria? -preguntó él, y cuando se rió su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

-Creo que no. Aunque no soy una gran bebedora, tal vez sí lo esté. Si es eso, me gusta -decía tonterías y lo sabía. Estaba ebria, pero no a causa del vino.

Él sonrió. Le brillaban los ojos, divertido, cuando se tendió sobre la manta y la atrajo.

-Duerme un rato -le indicó en voz baja.

Ella quería protestar y decirle que no estaba cansada, pero sentía los párpados muy pesados. Pronto se quedó dormida.

Cuando despertó, experimentó una sensación placentera. La posición en que se encontraba no era la normal, ni tampoco el ruido que oía; un ruido sordo, rítmico, que la mantuvo perpleja hasta que descubrió de qué se trataba. Incluso entonces, cuando reconoció que eran los latidos del corazón de alguien, no supo dónde estaba.

Poco a poco, al oír las olas y chillar una gaviota, se dio cuenta de que se encontraba tendida entre los brazos de André Hunter, en

la playa de Motuiti, la pequeña isla.

También se dio cuenta de algo más. Avergonzada, recordó que había acariciado a André, antes de que él le dijera que estaba ebria.

Una insoportable sensación de vergüenza se apoderó de ella. Con la mejilla apoyada en el hombro de André y el cuerpo apretado contra el de él, le pareció que nunca iba a poder mirarlo a los ojos de nuevo. ¿Qué pensaría de ella?

André no se movía. Ella abrió los ojos para poder verle la cara. Estaba dormido. Así, no parecía tan amenazador, pensó, esforzándose por hacer caso omiso de su inquietud.

Kathy se dio cuenta de que él se había despertado. Aunque no abrió los ojos, dejó de parecer vulnerable y una dureza inflexible volvió a su expresión.

Entonces él abrió los ojos y la paralizó con una mirada fría. Los peores temores de Kathy se hicieron realidad. Por supuesto, la despreciaba por su comportamiento imperdonable. Sin duda había sido por el vino, pensó, pero, ¿cómo iba a decírselo?

De pronto su expresión demostró cierta diversión.

-Deja de mostrarte culpable y horrorizada -dijo.

-Yo... -se ruborizó. Tragó saliva y comenzó de nuevo-. No suelo ser tan atrevida.

-Qué lástima -dijo él, bromeando, levantando la cabeza para besarle la nariz-. No tienes por qué sonrojarte. Me gustaría pensar que tu pasión se debía a que no pudiste resistirte a mí, pero sé perfectamente bien que dos copas de vino son demasiado para ti.

Ella se mordió el labio y luego lo miró a los ojos, sonriendo avergonzada.

-Te aseguro que no me pongo amorosa cada vez que tomo dos copas de vino erijo, un poco coqueta.

Riendo, André se colocó encima de ella durante un prolongado segundo, de modo que Kathy sintió la presión de su virilidad. La miró a la cara, mientras la pasión iluminaba el verde de sus ojos.

-Qué bien -dijo él con satisfacción, mientras la ayudaba a ponerse de pie-. Sólo conmigo, ¿verdad? Espero que pronto no necesites vino para relajarte y olvidar tus inhibiciones. Bueno, vamos a despejarnos nadando otro poco. Después iremos a explorar.

Aquel día señaló para ella el principio de una época. Mientras el año llegaba a su fin y Nueva Zelanda se preparaba para la Navidad y las vacaciones, Kathy flotaba entre nubes y se sentía como una princesa de cuento de hadas. Transcurrían los días y las noches y ella caía cada vez más bajo el hechizo de André.

La llevaba a comer a restaurantes que ella no conocía y escogía

mesas en rincones aislados donde podían charlar sin interrupción. En ocasiones la gente se acercaba a saludarlo, pero André dejaba claro con cortesía que no deseaba hablar con nadie más. La mayoría comprendía y se iba, aunque algunos eran más insistentes. Entonces ella conoció al otro André, un hombre frío, cortante.

Iban al teatro y a las playas del oeste. Allí descubrió a un André Hunter más, un hombre a quien le encantaba pasear por el campo.

-Me parece que esto me pone en contacto con mi alma -decía.

Y todo el tiempo charlaban. André le habló de su infancia en Nueva Caledonia, de su traslado a Gisborne para estudiar y de su decisión de dedicarse a los negocios, como su padre.

-¿No tienes hermanos? -preguntó ella.

-No, no tengo hermanos. Sólo una hermanastra, eso es todo. La hija de mi madrastra, de su primer matrimonio. Crecimos separados.

Ella asintió con la cabeza, pues lo comprendía.

Tenían mucho en común. Aquello influía en la fuerte atracción que existía entre ellos. Se tocó los labios palpitantes. Sólo unos minutos antes la había besado con desesperación, pero nada más. Solía dejarla con un sentimiento de frustración, que la hacía pasar buena parte de la noche dando vueltas en la cama.

Lo respetaba porque él la respetaba, pero no necesitaba tener mucha experiencia para saber que la deseaba y que se contenía porque pensaba que era inocente, incluso ingenua.

Era maravilloso sentirse tan segura, tan querida, pero, a pesar de todo, cada vez que se despedían, deseaba más que él cediera a la pasión que los dos sentían.

Capítulo 3

A trabajar, Kathy tenía calor y se sentía cansada, sucia de césped y con la nariz un poco quemada por el sol. Brent también tenía la cara colorada, a pesar del ancho sombrero de paja que llevaba habitualmente.

-Bueno, terminó la semana comentó él-. ¿Vas a salir esta noche?

Brent sabía de André y, a pesar de lo que había dicho Libby, no parecía enfadado.

-No, André tiene una cena de negocios... sólo para hombres -hizo una mueca.

-Tres meses. Supongo que es demasiado esperar q-Creía que eso era algo del pasado. ¿Quieres ir al cine conmigo? En el Lido ponen esa película japonesa que querías ver. Sonriente, ella movió la cabeza.

-No, gracias, eres muy amable, pero creo que me acostaré temprano.

-Está bien -dijo él con afabilidad, mirando hacia otro lado-. Nos vemos el lunes.

Al bajar del vehículo, Kathy recordó algo. Se asomó al interior de la furgoneta y preguntó a Brent:

-¿Aún no sabes nada de los editores?

-No -respondió él con un suspiro.

-¿Cuánto tiempo hace que lo enviaste?

-Tres meses. Supongo que es demasiado esperar que un editor norteamericano importante se apresure.

Kathy había leído su novela de ciencia ficción y estaba convencí da de que se vendería. Se lo dijo y él sonrió y se inclinó para besarla en la nariz.

-Ojalá fueras tú el editor -dijo, bromeando.

Un bocinazo a sus espaldas la hizo apartarse bruscamente. Se le iluminó el rostro.

-Oh, es André -exclamó-. ¿Por qué no te quedas y lo conoces, Brent?

-No, será mejor que me vaya. Tengo algunas cosas que hacer antes de que oscurezca. Hasta luego, Katherine.

Lo miró e hizo una mueca. Siempre la llamaba así porque decía que Kathy era un nombre infantil y que ella era una mujer. Agitó la mano para despedirse de él, al tiempo que el automóvil de André se detuvo junto a ella.

Todavía con una sonrisa radiante, se asomó al interior del coche.
-Súbete -la invitó André.

-No, te ensuciaré el asiento.

-Puede limpiarse.

Ella volvió a poner objeciones y él le ordenó: -Sube, Kathy.

-Oh -dijo ella al entrar en el vehículo-, me encanta cuando te pones autoritario y mandón.

El sonrió sombrío. Cerró la puerta y deslizó lentamente una mano por el muslo de ella. Kathy sintió que se excitaba. Era una urgencia que estaba enloqueciéndola. «Pronto», se dijo, sus labios esbozando una sonrisa sensual. Pronto sabría cómo mitigar su ansia. Estaba enamorada de André y sabía que él la amaba. ¿Por qué razón se reprimía él tanto? ¿Por qué se comportaba con una actitud que le causaba tanta frustración?

-¿Era ese el hombre para quien trabajas? ¿Brent... cómo se llama?

-Brent Sheridan. Sí, era él.

-No sabía que os despidierais con besos -dijo André mirando hacia adelante, con indiferencia aunque ella advirtió cierto enojo en su expresión.

-No nos despedimos así -dijo ella.

-Estaba besándote cuando llegué.

-Sólo me ha besado en la nariz -ella no quería saber nada de celos. El hombre que estaba sentado a su lado parecía un animal de rapiña escogiendo a su presa. Kathy agregó, resuelta-: Es un amigo. Una especie de hermano mayor.

Todavía con la voz tranquila, él preguntó:

-¿Has salido con él?

-Yo... sí, varias veces hace unos meses. Pero no fue...

-¿Te besó entonces?

-Sí -respondió ella, enojada-. Un casto beso de buenas noches. Puedo asegurarte, André, que no le intereso como mujer.

Él se volvió entonces y ella casi gritó, pues la fulminó con la mirada.

-No te habría pedido que salieras con él, si no se hubiera sentido atraído hacia ti.

Kathy levantó la cara y replicó:

-André, qué tonto eres. No hay nada entre nosotros -sus miradas se encontraron. De repente él se tranquilizó y sonrió.

-No sabía que fuera celoso. Siempre he pensado que los celos son la emoción más degradante... Por supuesto que te creo.

Kathy sintió un gran alivio. Bajó del coche y sacudió el césped del asiento, intentando ocultar el estremecimiento que recorrió su cuerpo.

-Déjalo así -le ordenó André, acercándose a ella.

Katy retrocedió y él cerró la puerta. A la sombra hacía fresco, pero unas gotas de sudor brotaban de su labio superior y de sus frágiles sienes.

André las enjugó con besos.

-Pareces agotada -dijo en voz baja-. ¿Tienes que trabajar tanto?

La proximidad de André la hizo sentirse débil. Sonriente, se apoyó en él un segundo y se apartó.

-No puedo darme el lujo de no hacerlo -respondió con franqueza.

-Comprendo -dijo él. Parecía que su cerebro estuviera funcionando a toda velocidad.

-¿Quieres entrar a tomar algo?-pregunt´o Kathy

-Me parece bien. Estoy sediento.

Ella sonrió, un poco temblorosa. Durante la semana se habían visto todos los días y Kathy estaba segura de que, como ella, André comenzaba a desesperarse. Percibía su deseo, las apremiantes exigencias masculinas que sólo mantenía bajo control gracias a una gran fuerza de voluntad.

Ya en el apartamento, Kathy le sirvió un zumo de naranja y abrió el balcón para que entrara aire.

-Vamos a tomar el zumo en el balcón -lo invitó. Se había quitado las botas de goma que se ponía cuando cortaba el césped-. Hace más fresco aquí. ¡Dios mío, qué calor ha hecho hoy!

-Si quisieras ahorrar dinero, podrías buscar un apartamento menos caro. Sin duda éste merma bastante tu presupuesto.

-Sí, pero Chris lo alquiló a largo plazo. Con la cooperación de Fiona y Libby, puedo pagar la renta.

comprendo. Así que tu primo te encargó el apartamento.

-Supongo que sí -sonrió un poco cohibida.

-Háblame de tu primo -le pidió André.

Siempre había notado una cierta reserva en él cuando hablaba de Chris, así que no tocaba el tema. Comentó entusiasta:

-Es encantador. Sabía lo frustrada que me sentía en casa y me animó a escaparme. Tal vez fue el único que evitó que mis padres me pusieran bajo la protección de un tribunal. Conocían a Chris, por supuesto. Mi tío Phil y mi tía Laura viven en la casa de al lado. Sabían que estaría segura con él.

-¿Otro hermano mayor? Como ese tipo -comentó él en voz baja.

-¿Brent? Chris se porta así muchas veces dijo ella, riendo-. Investigaba a todos con los que salía, se preocupaba si llegaba tarde de la universidad y me hacía comer bien. Además, hacía que mis

padres no me dieran la lata.

-Parece el compañero de apartamento perfecto -dijo él, entrecerrando los ojos-. ¿Se opuso a que salieras con Brent?

El corazón de Kathy dio un vuelco. Tumbado en el sofá del balcón, André parecía un gran felino.

-Sí -aceptó con voz débil-. Oh, le cae bien Brent, pero pensaba que era demasiado viejo.

-¿Cuántos años tiene?

-Treinta, me parece.

-No es demasiado viejo -dijo él, indiferente.

Una onda de calor invadió el cuerpo de Kathy. Sintió que sus senos se endurecían. Sin bajar la vista, se movió un poco para que los pezones no se le notaran tanto debajo de la camiseta. «Oh, Dios mío, ¡ojalá no tuviera que pensar! Quisiera poder satisfacer este deseo».

En voz alta, haciendo un esfuerzo por hablar con calma, declaró:

-Parece que tienes calor y que estás cansado.

-Mmm -él dejó el vaso y se desperezó-. Me sentiré feliz en mi casa de soltero.

Kathy sintió de pronto la boca seca. André hablaba de su escondite, la pequeña cabaña del bosque. André se retiraba a las colinas del norte.

-¿Cuándo te vas? -preguntó ella.

-Después de Navidad -abrió los ojos y la sorprendió mirándolo-. ¿Por qué no te vienes conmigo? -preguntó con calma.

-Yo... no podría -respondió espontáneamente.

-Sí, sí puedes. Vacilas porque te preocupa lo que dirían tus padres. Creía que los habías dejado para llevar tu propia vida.

Kathy se miró las manos, entrelazadas sobre las rodillas. Sabía lo que significaba si aceptaba irse con él. Se convertirían en amantes.

El corazón se le aceleró. Todo parecía tan... tan frío, tan poco romántico... tan planeado.

A esa idea le siguió otra, que la avergonzó. Era como una niña que pensaba que el sexo espontáneo era más romántico, más apasionado. Tal vez deseaba eludir la responsabilidad y que él, seduciéndola, le hiciera el amor, en lugar de tomar ella la decisión.

Pero era dar un paso hacia el abismo y hacia lo desconocido. Dudosa, recorrió su rostro con la mirada, mientras se preguntaba si la estaría sometiendo a una especie de prueba. Nunca le había dicho que la amaba.

-No lo sé, André. Tendré que pensar en ello. En primer lugar, necesito dinero para el año próximo. Si no trabajo estas vacaciones,

no podré volver a la universidad.

-Te aseguro que no perderás nada. Puedo ayudarte a pagar tus estudios-dijo él con indolencia.

Avergonzada, le subió el color de las mejillas.

-No me refería a eso -dijo ella, orgullosa pero tensa, poniéndose de pie.

André se rió y le cogió una mano, atrayéndola.

-André, déjame levantarme. Estoy sudorosa y te ensuciaré tu hermoso traje de hierba...

-Siempre hablando del césped -,se quejó él, acurrucándose contra el cuello de ella-. Me gustas cubierta de hierba, pues te da un atractivo fresco, sensual. Mmm, hueles a mujer ardiente, apetitosa, y sabes a sal... muy erótica -ion la lengua tocó el palpitante cuello de la chica. Cuando sus manos tomaron los firmes glúteos y luego el muslo, el corazón de Kathy amenazó con salírsele del pecho.

-Oh, no puedo -murmuró en voz baja, aunque su cuerpo se negaba a apartarse.

-Sí, sí puedes -erijo él. Levantó la cabeza y la miró a la cara. Había un brillo de satisfacción en sus ojos—. Sin embargo, no voy a convencerte así. Tomarás tu decisión sin que te presione.

¡Cómo deseaba que lo hiciera! Le facilitaría mucho las cosas.

Enojada con él por mostrarse tan razonable, cuando deseaba que fuera presa de las emociones tanto como ella, suspiró, esforzándose por pensar con lógica. La actitud responsable de André demostraba que la respetaba. Aunque resultara exasperante, le alegraba esa actitud. Así que sonrió y lo besó en la boca. Apartó los labios antes de que se prolongara el beso.

-Eres tan bueno conmigo -dijo ella en voz baja.

Una emoción indefinible apareció en su rostro. Le pareció que se ponía rígido, y un momento después, la depositó en el suelo. Poniéndose de pie, insistió:

-La decisión tiene que ser tuya, Kathy. Mientras tanto, debo irme... esa maldita cena podría ser importante y no quiero llegar tarde.

Lo acompañó a la puerta y luego, agitando la mano desde el balcón, se despidió de él un poco triste. Después pasó mucho tiempo

yendo de un lado a otro por el apartamento, tratando de decidir si iba con André a su casa de campo o no.

-A juzgar por tu mirada ávida, André no te ha llevado a la cama todavía comentó Libby más tarde, después de ver a Kathy pasearse por la habitación por tercera vez.

Kathy se sonrojó y maldijo su falta de experiencia.

-André no es como la mayoría de los hombres contestó.

-Sí. Me parece sorprendente. La mayoría de los hombres te echarían un vistazo y te llevarían tan deprisa a la cama, que no sabrías cómo llegaste allí.

-André es un poco más sutil -dijo Kathy con orgullo.

Tras otro momento de silencio, durante el cual sintió los ojos de Libby sobre ella, su amiga preguntó con una indecisión poco usual:

-Kathy, ¿eres virgen todavía?

-Yo... -dijo Kathy, sonrojándose. No necesitaba responder.

-Así que lo eres... lo suponía. Mira, no quiero herirte, cariño. Pero ¿has...?

La interrumpió el sonido del teléfono. Kathy cogió el aparato, contenta por no tener que escuchar los consejos maternales de Libby. Llamaba Brent, quién parecía muy emocionado.

-¡El libro! -gritó él-. ¡Kathy, quieren publicar el libro!

-¡Oh. Brent! ¡Es maravilloso! ¡Me alegro mucho por ti!

-¿Lo suficiente para celebrarlo conmigo? He pensado salir a cenar y tomar champán en el mejor restaurante que pueda pagar. ¿Qué te parece?

Ella vaciló antes de preguntar tímidamente:

-Pero, ¿no has...? ¿No prefieres celebrarlo con otra persona?

-He llamado a mi familia -dijo él, todavía emocionado-, y no, no hay nadie más a quien pueda invitar. Me gustaría que me acompañaras, Kathy. Te lo mereces. Después de todo, tú me animaste a continuar cuando decidí darme por vencido.

-No te habrías dado por vencido -dijo ella-. No podrías haberte dado por vencido. Sí, por supuesto, lo festejaremos juntos.

Dejó el teléfono y, en actitud más bien defensiva, se volvió hacia Libby, quién la observaba, inexpresiva. Le explicó lo sucedido y terminó con un desafío que la irritó.

-No había otra persona que pudiera acompañarlo.

-Él no quería que otra persona lo acompañara -la corrigió Libby-. ¿Qué va a pensar André?

-Él comprenderá -dijo. Pero al recordar la actitud celosa de

André de aquella tarde, sintió que se le caía el alma a los pies. Sus pensamientos debieron reflejarse en su rostro, pues Libby

insistió con perspicacia:

-Él no parece la clase de hombre dispuesto a compartir a su novia.

-¡No habrá nada que compartir¡ exclamó Kathy-. Si se muestra irrazonable, allá él. Brent se ha portado fantásticamente conmigo y

me alegro de su buena suerte.

-Está bien, está bien -dijo Libby-. Tú lo conoces. Y creo que tienes toda la razón, por supuesto. Sólo que me parece que André Hunter es muy posesivo.

-Si llama André... comenzó.

-¿Sí?

-Oh, no importa, no llamará -Kathy se sonrojó.

Libby levantó una ceja, pero no dijo nada.

Fue una cena estupenda. Por lo menos Brent se divirtió mucho. Y aunque Kathy recordaba su primer encuentro con André, no dio muestra de ello, pues era evidente que Brent disfrutaba de su compañía. Bromeó con ella, la hizo reír con sus fantasías, hablándole de su vida futura como escritor. Era claro que hacía todo lo posible por entretenerla. Pensó en André, cuya mirada podía ensombrecerse con una pasión que la hacía estremecerse.

Considerándolo todo, se alegró cuando al fin, mucho más tarde de lo que esperaba, pues él insistió en que fueran a un pub, se encontraban una vez más frente a la casa.

-¿Quién hubiera pensado que volveríamos a vernos esta noche? Estoy muy emocionada, Brent cementó pensativa, cuando él apagó el motor.

Él sonrió y bajó de un salto de la furgoneta. Luego fue a ayudarla a salir del vehículo.

Cuando la depositó en el suelo, ella se tambaleó un poco, de manera que Brent la sujetó.

-Cuidado, Kathy. No vayas a estropearte las medias.

Ella se rió y volvió a reírse cuando Brent le contó un chiste. De pronto, la risa fue reemplazada por el terror cuando la voz de André surgió de la oscuridad.

-Quítale las manos de encima.

Los dos se volvieron. Kathy abrió los ojos desmesuradamente cuando vio el automóvil de André aparcado a la sombra del árbol. Pero la oscuridad envolvía más a André.

-No hay ningún problema -dijo Kathy, protegiendo a Brent-. Sólo estaba ayudándome.

-He visto lo que hacía -dijo André, sin permitir hablar a Brent-. Escúchame bien -se dirigió a éste-, no voy a repetirlo. Kathy no es para ti. Lárgate de aquí y no trates de volver a verla.

-No acepto órdenes de nadie -la agradable voz de Brent se volvió tajante-. Si Katherine quiere que me vaya, lo haré.

-¿Kathy?

Sólo una palabra, pero el tono de voz fue tan implacable como el

de un juez que pronuncia una sentencia de muerte. Kathy sintió un escalofrío. Dijo con tranquilidad:

-Acaban de decirle a Brent que un editor estadounidense ha aceptado publicar un libro suyo, André. Es su primer libro.

-Me alegro mucho por él -dijo André con sarcasmo-. La próxima vez, Sheridan, busca a otra persona con quién celebrarlo. Vamos, Kathy, es hora de entrar.

Ella respiró hondo, furiosa con André por ponerla en un aprieto. Buscó con desesperación una manera de resolver la situación para que no los dejara con mal sabor de boca. Pero si la había, no la encontró.

Al fin, el silencio se volvió demasiado pesado y comentó con tristeza:

-Adiós, Brent.

Él subió en la furgoneta y se fue. André y ella no se movieron hasta que dejó de oírse el ruido del motor. Entonces Kathy preguntó, acalorada:

-¿Cómo te has atrevido?

-Si no estuviera tan seguro de que para ti era algo inocente erijo él, todavía con la voz fría-, lo habría golpeado.

-Estaba tan emocionado -dijo ella-. Y tú lo has estropeado todo.

-Y tú eres tan ingenua -gruñó al cogerla entre sus brazos-. ¿No te das cuenta de que también estaba emocionado porque estaba contigo? Está enamorado de ti, pero tú me perteneces, eres mía -la besó con violencia, haciéndole daño en los labios, hasta que al fin levantó la cabeza-. Lo lamento -dijo en voz baja-. He estado aquí, esperándote, devorado por los celos, de modo que cuando lo he visto abrazarte, me han dado ganas de matarlo.

-No hay motivos para que estés celoso -dijo ella-. He salido con Brent porque no tenía nadie con quién celebrarlo, pero, ¿no sabes que te amo, André? Preferiría morir antes que dejar que otro me hiciera el amor.

André la hizo entrar en su automóvil y se tendieron en el asiento trasero. Sus labios ardientes la besaron.

-Eres fascinante -susurró-. Me tienes tan hechizado, que no puedo pensar con coherencia.

Deslizó una mano por la espalda desnuda, bajo la blusa. Kathy sintió que le soltaba el sujetador. «Es un experto en esto», pensó ella. La envolvió una sensación de placer cuando, con la mano, recorrió la piel suave de su espalda y luego le cogió un seno. El pulgar acarició levemente el pezón erecto.

Ya la había tocado con una ternura exquisita, pero era la

primera vez en su vida que los labios de un hombre le acariciaban los senos. Aquello la electrizó. Jadeó y apretó los puños contra el pecho masculino, estremeciéndose, mientras él probaba los pezones para luego cerrar la boca casi con violencia alrededor de uno de ellos.

Era como si estuviera en trance, como si fuera víctima de un acto de magia negra, donde la única realidad fueran sus labios, sus manos, su cuerpo firme sobre ella, su aroma viril. Su excitación la llevó a experimentar sensaciones desconocidas, inalcanzables.

El placer que invadió a Kathy la hizo gemir y, entonces, él apartó los labios del seno.

-¿Qué pasa?

-No lo sé -jadeó.

-Yo sí.

Besó el otro pezón y lo lamió delicadamente hasta que se puso erecto. Luego lo envolvió con sus voraces labios. Suspirando de placer ella deslizó la mano por debajo de la camisa y acarició los músculos del pecho de André. Le tocó la tetilla y jugueteó con ella, disfrutando de la tensión que de repente advirtió en él, y descubrió con sorpresa que también le gustaba la sensual caricia.

André la envolvió en sus brazos. Durante algunos segundos, Kathy sintió los latidos de su corazón, su respiración. Entonces lo abrazó y se le ofreció como una flor al sol.

-Aquí no -dijo el quejumbroso-. No he hecho el amor en un coche desde que era adolescente.

Escondió el rostro en el cuello de la chica, luego se enderezó y la apartó. Le miró los senos.

-André -musitó ella su nombre extasiada.

-Parecen de satén -dijo él con voz profunda-. Con las puntas tan fragantes como tréboles -acarició con los labios cada uno de los pezones, le colocó la blusa y le puso de nuevo el sujetador-. Será mejor que te arregles un poco -añadió-, por si acaso sigue despierta «mamá gallina».

Su actitud desapasionada la enfrió. Salió del coche y se arregló la falda. Con ojos ardientes, vio a André abrocharse la camisa.

-Adiós -dijo ella, dispuesta a entrar en el edificio, pero él le indicó tranquilo:

-No voy a poder resistir mucho más, Kathy. Tienes que tomar una decisión pronto.

-Sí erijo ella, aturdida por la emoción que la envolvía-. Iré al norte contigo.

Él permaneció inmóvil, mirándola a los ojos. Aunque sin aliento,

ella le sostuvo la mirada ardiente, y esbozó una tímida sonrisa.

-¿Y compartirás mi cama? Porque sólo hay una -ella asintió con la cabeza, consciente de la importancia de su decisión-. Quiero oírte decirlo.

-Dormiré contigo, André -tragó saliva, nerviosa.

Los labios de él esbozaron una extraña sonrisa. Tal vez fuera el efecto de la luz de la luna a través de los árboles, pero a ella le pareció una sonrisa casi cruel. Pronto desapareció y André la besó en la frente, lo cual la desilusionó, pues deseaba que de nuevo la besara con la pasión que acallaba la voz de su conciencia.

André subió con ella por las escaleras y luego, con gran ternura, volvió a besarla frente a la puerta del apartamento, de manera que Kathy entró dando traspiés.

-¿Estás bien?

Dio un salto al oír la voz de Libby. La vio levantarse, bostezando, del sofá, todavía vestida.

-¿Cómo? -aturdida, caminó hacia su amiga. Le brillaban los ojos.

-Sí, ya veo que estás bien -dijo Libby en voz baja, con una sonrisa irónica-. Cuando se ha presentado he tenido que decirle dónde estabas -se estremeció un poco-. No es un hombre al que se le pueda engañar. Te he esperado para disculparme.

-No te preocupes -dijo Kathy con amabilidad-. Estaba enojado, pero...

-Parecía furioso.

-No. André no es tonto -Kathy sonrió-. Cuando le he explicado lo sucedido, se ha enfadado un poco, pero hemos hablado educadamente.

-Ya veo -repitió Libby-. Ah, bueno, eso me enseñará a no reaccionar con exageración.

-Gracias -dijo Kathy, sonriente.

-No te preocupes -dijo, casi como si hablara consigo misma-. Hasta mañana.

Kathy se despertó tarde y remoloneó en su cama. Sabía que iba a pasar las vacaciones con André; sabía que cuando él quisiera hacer el amor con ella, se entregaría a él por completo.

André no había dicho que la amara. No importaba, decidió, soñadora, mientras se desperezaba bajo la sábana. El amor que ella sentía era suficiente. Sin duda en él había algo más que simple deseo, pues de lo contrario, nunca habría esperado tanto tiempo para que

ella tomara una decisión. Iría con él y lo amaría y él aprendería a amarla. «Y será mejor que vaya a ver al médico», pensó.

Se levantó de un salto de la cama. Fue hacia la ventana y corrió las cortinas para saludar al nuevo día.

-Te llaman -anunció Fiona, llamando a su puerta.

Era Brent, quién preguntó preocupado qué había pasado.

-Nada-respondió ella, sonrojándose un poco cuando él, incrédulo, soltó un bufido-. No, sinceramente, no sucedió nada, Brent. André no perdió el control.

-¡Pues no parecía muy equilibrado anoche! ¿Seguro que estás bien?

-Por supuesto que sí -sonrió, desconcertada-. Libby y tú creéis que André es un monstruo. Estaba enojado, pero, ¿tú no te habrías puesto furioso si hubieras visto a tu novia abrazando a otro?

-Sí, pero...

-Brent, él no es partidario de la violencia de ninguna clase. Comprendió las cosas cuando le dije lo que había sucedido.

-Bueno, si tú lo dices.

-Por supuesto que sí. Pero gracias por llamar.

Después de colgar el teléfono, se dirigió, como entre sueños, a la cocina.

-¡Vaya! -refunfuñó Libby-. Drama y sexo anoche y ahora estás como una rosa. ¡Ojalá tuviera dieciocho años!

-Ningún drama -la corrigió Kathy y, sonrojándose, añadió-: y nada de sexo, tampoco.

-De acuerdo, aún eres virgen -Libby la miró con escepticismo.

-La estás avergonzando -le reprochó Fiona-. Cualquiera pensaría que, tras tu interés maternal por Kathy, se oculta tu interés por el apuesto André.

-¡No seas tonta! -exclamó Libby, sorprendiéndolas. Después de un momento se tranquilizó y dijo con una sonrisa burlona-: Por el amor de Dios, es más joven que yo.

-Sí, lo es -murmuró Fiona y cambió de tema, preguntando por el periódico.

Kathy se sentó y miró por la ventana. Una leve sonrisa apareció en su rostro. Se preguntó qué ropa debía ponerse para acudir a la cita romántica de Northland

Capítulo 4

PERO. Kathy, creía que ibas a pasar la Navidad con tus padres! -No. me quedaré aquí -dijo Kathy con calma-. No tengo dinero para costearme un viaje a casa. Libby frunció el ceño.

-Bueno, entonces, ¿con quién vas a pasar el día de Navidad? ¿No debo preguntártelo?

-Con nadie. André ira a Gisborne, con su padre y su madrastra. -Pero... ¡estarás sola! No puedes pasar la Navidad sola, cariño. -No te preocupes, Lib, pasaré un día tranquilo y agradable. Voy

a llamar a mis padres.

-Me parece espantoso -dijo Libby-. Mira, ¿por qué no te vienes a casa conmigo? En Navidad siempre se reúne toda la familia, de manera que una persona más no se notará.

-Eres muy amable -dijo Kathy con afecto-, pero André vendrá por mí después del día de Navidad, así que estaré bien.

-¿Vendrá a por ti? ¿Para qué? Las dos semanas siguientes a Navidad, Auckland se queda vacía.

Kathy se sonrojó.

-Bueno, no estaremos en Auckland. Iré con él a Whangaroa.

-¿A dónde? -preguntó Libby un poco enojada. Miró a Kathy, como si hiciera un esfuerzo por dominar sus emociones-. Kathy, ¿estás segura? Sé que es un hombre muy atractivo y que andas de cabeza por él, pero, por el amor de Dios, ¡piensa lo que haces! André te lleva años luz de ventaja en experiencia y es mucho más mundano que tú.

-Lo sé. Pero lo amo -los labios de Kathy dibujaron una sonrisa.

-Sí -Libby se sentó, sin expresión alguna en el rostro-. Lo recuerdo -aceptó con una sonrisa irónica-. Oh. recuerdo muy bien cómo es el primer amor. Todo es pasión y deseo. Pero podría herirte mucho.

-Sí, lo sé -dijo con solemnidad. Sus rasgos se suavizaron. Su rostro estaba radiante-. Sin embargo, no creo que lo haga.

Libby la miró y refunfuñó. Luego sonrió, burlándose de sí misma.

-De acuerdo. ¿Qué tal si te vienes conmigo a casa y le dices a André que te recoja allí? -propuso-. No voy a estar contenta pensando que estás sola aquí el día de Navidad.

A Kathy tampoco le gustaba mucho la idea. Esperaba que André la invitara a ir a Gisborne, pero cuando mencionó de paso que su madrastra no se sentía bien, comprendió que no podía acompañarlo. Todavía no.

-¿Estás segura de que a tu madre no le importará? -preguntó,

vacilante, a Libby.

-Estoy segura. Cuantos más haya en casa en Navidad, mejor, según ella. Así estarás a una hora, más o menos, de Whangaroa. ¿A dónde vais exactamente?

-Al norte, al pueblo de Kaeo. a unos quince kilómetros tierra adentro. Para llegar hay que seguir un sendero entre los arbustos.

-Parece un lugar idílico -dijo Libby con indolencia-. De acuerdo, entonces eso haremos.

-Gracias -aceptó.

-No me lo agradezcas -dijo Libby-. Nadie debe estar solo en Navidad.

De repente, Kathy la abrazó. Luego, un poco turbada, se dirigió a su habitación para terminar una falda que se estaba haciendo.

Mientras su máquina de coser zumbaba, ella sonreía, aunque por un momento se sintió culpable. Había utilizado parte de sus ahorros para derrocharlos en ropa, así que al año siguiente iba a tener que economizar mucho. André ya no había vuelto a hablar de pagarle los estudios. Tampoco tenía intenciones de aceptar dinero de él.

Pero quizás, pensó con optimismo. quizás pudiera aceptar dinero de él sin perder su independencia. Tal vez para entonces estuvieran comprometidos.

Las dudas de Libby habían empañado un poco su felicidad, pero las desterró con determinación. Libby había sospechado de André desde el principio, pero era una escéptica.

Faltaba una semana para que se fuera a vivir unos días con él. Tres semanas enteras a su disposición para pasarlas con el único hombre que amaría. Sintió un deseo que la hizo ruborizarse. Cómo se alegraba de no haber hecho el amor con ninguno de sus compañeros de escuela. Se sentía feliz al pensar que André iba a ser el primero y el último. Sólo esperaba que su inexperiencia no la desanimara. Sin embargo, André sabía que ella nunca había hecho el amor, que él sería el primero con quien lo haría. No le había ocultado lo inexperta que era.

La Navidad en casa de Libby resultó alegre y muy informal, y aunque extrañó a André, Kathy se divirtió. Pero no pudo reprimir su excitación cuando él llegó, un día después de la Navidad, pasada la hora de la comida. A los hombres y a los niños les fascinó el automóvil de André y, a las mujeres, su conductor.

Aunque se mostró afable y amistoso, su vitalidad parecía haber disminuido un poco. Pero, claro, estaba cansado, pues había conducido desde Gisborne durante cinco horas, por lo menos, en medio del calor y por carreteras llenas de turistas.

-Cuídala -le dijo Libby a André cuando se despedían.

Él la miró. Había algo en su expresión que llamó la atención de Kathy. Era una cierta arrogancia que no había advertido antes. Por otra parte, la expresión de Libby era sin duda desafiante, allí de pie con unos pantalones cortos y una blusa fina que realzaba sus magníficos senos.

-Por supuesto -dijo él, con una actitud de indiferencia que hizo palidecer a Libby.

Lo miró a los ojos durante un largo y significativo momento.

Luego se encogió de hombros y dijo a la ligera:

-Hasta después de las vacaciones, entonces. Que te diviertas,Kathy.

-Lo haré -respondió ella. Cuando llevaban algunos kilómetros de camino, dijo-: Libby suele preocuparse por pequeñeces.

Ella se preguntó, celosa, a cuántas mujeres habría llevado allí.

En cinco minutos colocó todo, pero necesitó mucho más tiempo para ayudar a André a guardar la gran cantidad de comida que había llevado.

-La tienda más cercana está a más de veinte kilómetros -dijo él con naturalidad ante la exclamación de asombro de Kathy-, y una vez que llego aquí no me gusta salir.

-¿No vas a la playa?

-Puedo nadar en el arroyo y tomar el sol en cualquier parte, desnudo, si quiero. ¿Para qué ir a la playa?

-Para qué, ¿verdad? -replicó ella, haciendo un esfuerzo por ocultar el estremecimiento que sus palabras le provocaron. Nunca lo había visto desnudo. A ningún hombre. «Pronto», pensó, al recordar la enorme cama doble que acababa de hacer. Un calor interior la quemaba.

Miró con atención el rostro anguloso de André cuando éste metió las últimas provisiones en el frigorífico. ¿Por qué no la había besado? ¿Por qué no le había mostrado un poco de deseo?

Cuando la casa estuvo en orden, André la llevó a ver el estanque, bajo un salto de agua que caía por la empinada colina que los separaba del resto del mundo. Kathy miró a su alrededor y contempló los hermosos helechos y el sereno panorama que ofrecían los arbustos. Las libélulas pasaban rozando graciosas la superficie del agua y de alguna parte llegaba el zumbido de las abejas.

-Son colmenas -dijo él y la condujo hacia un extremo protegido de los vientos por arbustos. Había tres enjambres-. Tengo un amigo al que le gusta la miel de manuka y éste es un buen lugar para

recogerla. ¿Qué te parece un baño?

Ante la actitud despreocupada de André, Kathy respondió tranquila:

-Sí, siento calor y tengo el cuerpo pegajoso.

-¿Qué pasa? -preguntó él. Como Kathy no respondió, hizo una mueca-. ¿Esperabas que te hiciera el amor en cuanto llegáramos aquí? Estás nerviosa, supongo. Lo lamento... prefiero saborear las cosas.

Lo miró con una expresión grave.

-Sólo eres ocho años mayor que yo -no era aquello lo que quería decir, pero no sabía cómo preguntarle si su madre tenía razón: que un hombre no respeta a una mujer después de haber hecho el amor. Sin embargo todavía no lo habían hecho. ¿Acaso el desprecio comenzaba con la rendición, con el acuerdo? Si así era, podría resultar lastimada.

-Ocho años -dijo él, sonriente. Su rostro era una máscara-. No es mucho tiempo, estoy de acuerdo. Pero, en cuanto a experiencia, Kathy, soy mucho mayor que tú.

¿De modo que era aquello? ¿Lamentaba André que fuera virgen?

Kathy le cogió la mano y trató de no darse cuenta de que los dedos de André se cerraron alrededor de los suyos sólo un instante.

-He decidido venir aquí -dijo en voz baja-. No has tenido que engatusarme ni convencerme.

-No pensé que tendría que hacerlo -la miró a la cara con expresión dura-. Estabas deseando venir, ¿verdad?

-Sí, me alegro de estar aquí -asintió con la cabeza.

-Bueno, yo también me alegro -dijo él en voz baja.

Pero ella siguió intranquila. Durante las largas horas de aquella tarde, la actitud reservada de André parecía una armadura invulnerable. Kathy descubrió que estaba parloteando... como una colegiala y se quedó callada al advertir su mirada burlona.

¿Qué les pasaba?

Comenzó a sentir temor, un miedo que no podía atacar porque era demasiado vago y estaba basado sólo en una ligera sensación de engaño, una sospecha que había empezado a nacer en ella cuando André llegó a casa de Libby.

Sin embargo, a pesar de su desconcertante frialdad, era un hombre agradable. Sencillamente no era el mismo que se mostraba tan apasionado con ella, que la escuchaba con gran interés. Nerviosa, se dijo que todo se debía a que aquella noche iban a convertirse en amantes. André estaba tan tenso como ella. Era algo importante para él.

Aún trataba de convencerse de ello cuando se tendió en el sofá y levantó el rostro para recibir los últimos rayos del sol que estaba a punto de ocultarse. Abrió los ojos un poco y se permitió el placer de observar a André. Él leía. Se fijó en la arrogancia imperiosa de sus rasgos. Así, pensó ella, reprimiendo un estremecimiento, parecía un hombre cruel, un intrépido guerrero de tiempos antiguos.

-¿Tienes hambre? -preguntó él de pronto, levantando la vista del libro.

-Yo... sí -respondió sobresaltada.

Cualquier cosa era mejor que estar sentada tan cerca de André, y, sin embargo, tan distante de él.

-Traeré la cena -dijo él, poniéndose de pie-. Quédate aquí para que veas el atardecer.

Kathy trató de hacer lo que él le había dicho. Contempló el mar en el momento en que el crepúsculo se acercaba como un manto, se extendía sobre colinas y valles, despeñaderos volcánicos y ríos y arroyos. Mientras escuchaba los ruidos que André hacía en la cocina, Kathy pensó que nunca en su vida se había sentido tan sola.

Era inútil que se dijera que influían las ideas de su madre.

Algo pasaba y tenía que descubrir de qué se trataba.

Levantó la cara y, con valor, fue a la cocina, decidida a averiguarlo.

-Ah, tienes hambre -dijo él con despreocupación, después de mirarla sin sonreír-. Está listo. He preparado embutido y ensalada para esta noche, pues es fácil y los dos estamos cansados. Mañana por la noche podemos preparar algo más completo, si queremos. ¿Quieres poner la mesa, por favor?

Cogió los cubiertos y los puso sobre la pequeña mesa. Él colocó la ensaladera y un plato con fiambre. Miró a Kathy con ojos inescrutables.

-El pan está allí -dijo el-. Y algunos quesos. ¿Quieres traerlos?

Paralizada por la indiferencia de André, llevó lo que le pedía, se lavó las manos y se sentó. Apretó el puño y preguntó con desesperación:

-André, ¿qué pasa?

Él tenía un panecillo en la mano. Kathy no podía mirarlo a la cara mientras hablaba, pero se armó de valor y vio que la máscara que él llevaba se hacía pedazos y dejaba al descubierto algo más espantoso, una crueldad que la hizo encogerse y apartarse de él.

-¿Podrías decir que has sido sincera? -preguntó él.

-<-A qué te refieres? -lo miró desconcertada.

-A eso. ¿La idea de decir una mentira te horroriza o mentirías si

fuera conveniente para proteger a alguien a quien amaras?

La miraba con frialdad, sin emoción, dejándola indefensa.

-No sé a qué te refieres -dijo ella, mientras por su cabeza pasaban toda clase de situaciones. ¿Qué había hecho él...?

-Trata de responder la pregunta.

-No soy buena para mentir -dijo ella. Sentía la boca seca.

-Sin embargo, mentiste cuando dijiste que conducías el coche en el que murió Olivia Saywell.

Era una pesadilla. No tenía sentido. Kathy dijo en voz baja:

-¿A qué te refieres? ¿Cómo sabes...? Yo conducía el coche... y así lo dije.

-Y sin embargo dices que no eres mentirosa -señaló él, mirándola con furia. Ella se echó atrás y André dijo entre dientes-: Olivia es... era mi hermanastra. Murió después de escribirme una carta. En ella me dijo que tu primo y tú fuisteis a una fiesta y allí él se emborrachó. Pero insistió en conducir el coche. Olivia me contó que estaba un poco ebria y tan cansada, que se quedó dormida en cuanto subió al coche, pero pudo recordar que, a pesar de lo que declarasteis vosotros en la investigación, él estaba al volante. No le pusisteis el cinturón de seguridad, aunque vosotros sí os lo pusisteis. Y fue tu primo quien llevó el coche al acantilado. Pero los dos mentisteis y dijisteis que conducías tú. Como tú estabas más sobria que él, cuando la policía llegó, no superabas el límite permitido.

Paralizada por su mirada fría y despiadada, Kathy tragó saliva, antes de poder decir con la voz temblorosa:

-¡Nunca en mi vida había oído tantas tonterías! Chris no estaba ebrio, había tomado una medicina para la fiebre del heno y por eso no podía conducir. Por supuesto que era yo quien conducía. Y le pusimos el cinturón de seguridad a Olivia, aunque gritó, chilló y me golpeó en la cara mientras se lo ponía. Sin duda se lo quitó después -le temblaron los labios-. Debería haberla vigilado más de cerca... ¿crees que no me he preguntado repetidas veces si estaría viva aún si la hubiera vigilado?

-¿Por qué iba ella a mentirme? -preguntó él con una crueldad inexorable que la aterrorizó-. Sabía que iba a suicidarse. ¿Por qué demonios me contó todo eso si no era cierto?

Kathy se llevó una mano a la cabeza, pues le dolía. Frunciendo el ceño, trató de entender lo que había sucedido. -No lo sé. No tiene sentido.

-A menos que sea cierto y que tú estés protegiendo a Chris.

-¡No es cierto! -exclamó ella; la voz se le quebró, angustiada-. Yo conducía, maldición. Te diré quién estaba borracha o drogada, lo

que fuera, ¡tu querida madrastra!

La miró con tristeza, con frialdad.

-Lo sé. Me llamó, pero yo estaba en el extranjero. Cuando regresé, escuché su mensaje en el contestador. Me decía que los tres estabais borrachos y que quería que fuera a recogerla.

-Mintió -dijo ella, aterrada porque se daba cuenta de que él no iba a creerle y de que no había manera de poder combatir la maldad de Olivia-. ¿No crees que si hubiera pasado algo así, se habría descubierto durante la investigación?

-Pasaron dos horas antes de que lograras arrastrarte hasta la carretera. La policía te examinó para saber si estabas ebria, pero para entonces todo indicio de alcohol había desaparecido. Ya sé que no bebes mucho -aceptó con desprecio.

-Había tomado dos copas de vino -dijo ella con voz apagada, dándose cuenta de que André la había engañado. Nunca la había querido. La había seducido con un cruel cinismo que iba a romperle el corazón-. No estaba borracha. Tuvimos el accidente porque Olivia se despertó y decidió que quería conducir. Traté de calmarla, pero se puso histérica y se aferró al volante.

-Pero no dijiste nada de eso.

-Chris estaba enamorado de Olivia. Y ella... ¿cómo iba a contar lo que había hecho ella si... si ella estaba...?

-Dilo -le pidió con rabia-. Estaba lisiada. Kathy respiró hondo, estremeciéndose.

-¡No podía lastimarla más de lo que estaba! Y la policía reconoció que el que robó la linterna de la barrera fue el responsable de que tuviéramos el accidente. Si no hubiera aminorado la velocidad para ver qué había sucedido en la carretera, quizá Olivia no se habría despertado.

-Parece -dijo él con burla-, bastante oportuno. Un poco antes de que pasarais por allí, algún idiota roba la linterna de la barrera. En el momento en que os acercáis, Olivia se despierta y se apodera del volante. Y presuntamente un poco antes se había quitado el cinturón de seguridad. Son demasiadas casualidades, Kathy -pronunció su nombre como si fuera una obscenidad.

Ella lo miró fijamente. Estaba pálida.

-Así que la creíste y decidiste vengarte -dijo ella apagada-. Y como una tonta, te he dado una oportunidad perfecta. Estoy sorprendida de que no me hayas hecho el amor antes. ¿No habría sido así tu venganza más placentera?

-No es mi estilo. No acostumbro a seducir a las mujeres. Además -añadió con crueldad-, no me pareces atractiva, sino demasiado

infantil.

No podría haber escogido un insulto más hiriente. Se puso pálida como si la hubiera golpeado, pero logró dominarse y contener las lágrimas. Destrozada, insistió:

-Cualesquiera que hayan sido tus sentimientos hacia Olivia, tenías que saber qué clase de persona era. No era de fiar...

-Nunca me mintió -dijo él con tal indiferencia y sangre fría que a Kathy se le paralizó el corazón-. Nunca. Por eso supe que me decía la verdad. Y sí, decidí que necesitabas un castigo. Mentiste para proteger a tu primo. Moralmente, eres tan culpable como él. Así que te busqué y debo admitir que fue ridículamente fácil engatusarte y hacer que te enamoraras de mí. Pero no te preocupes; no tengo intenciones de seducirte. Cuando Chris se case contigo, seguirás siendo virgen.

Lo miró fijamente, totalmente desconcertada.

-¿De qué hablas? Chris es mi primo, ¡por Dios!

-Y los primos se casan. Olivia me contó que él esperaba que crecieras. Ella sólo era una sustituta.

Kathy se puso de pie de repente y exclamó:

-¡Tus acusaciones son ridículas! Chris es para mí como un hermano. El amaba a Olivia. ¿Por qué crees que soportó su locura, su crueldad? Ella era una mujer egoísta, traidora. Sin embargo, nunca deseé que se convirtiera en una lisiada ni que se suicidara. Chris quería casarse con ella, incluso después del accidente. Ella se negó y le prohibió que siguiera viéndola. Le rompió el corazón.

-Espera -le ordenó, inmovilizándola-. ¿A dónde crees que vas?

-No voy a quedarme aquí.

-¿Eso crees? -dijo con desprecio-. Todavía no has recibido el castigo que mereces, Kathy. Has venido a quedarte tres semanas conmigo.

-Has dicho que... has dicho que yo... -tartamudeó, horrorizada.

-He dicho que no te deseo completó él la frase-. No te deseo, y no te tocaré. Pero voy a hacerte sufrir un poco por las mentiras que acabas de soltar. Sí, Olivia estaba loca y era egoísta y apasionada, pero amaba a tu primo. Su traición acabó con ella. Pensaba realmente que la amaba. Estaba segura de que había encontrado a un hombre que no la traicionaría. Tú crees que me amas, entonces sufre un poco del dolor que ella soportó cuando tu primo dejó de ir a verla al hospital -Kathy iba a protestar, pero él añadió con violencia-: Lo sé todo, ¡maldición! Entonces me encontraba en el extranjero, no podía regresar, pero su madre estaba con ella. Me contó que Olivia lloraba durante horas y horas.

Aturdida, Kathy pensó que se iba a volver loca. Dijo con cansancio:

-No voy a quedarme aquí. Iré andando hasta Kaeo si es necesario.

André la sujetó con fuerza de la muñeca.

-No irás a ninguna parte.

-Entonces me estás secuestrando -tenía los labios pálidos.

-Así es. Y cuando vayas a la policía, diré que somos amantes y que acabamos de tener una pelea. Incluso podría informar a la prensa. Estoy seguro de que a tus padres no les gustaría ver el nombre de su hija en la primera plana de la prensa sensacionalista. También

me aseguraré de que tu querido Chris pierda el empleo y nunca encuentre otro en Nueva Zelanda.

-No puedes hacer eso -logró decir, desafiante.

-¿Quieres apostar?

No quería y él lo sabía. Durante un largo momento observó los rasgos despiadados del hombre que había pensado que amaba. Él no estaba fanfarroneando. Kathy no sabía si cumpliría su amenaza, pero no podía correr el riesgo. Derrotada, dijo:

-Te odio. Eres cruel, pero eres un ingenuo, porque no te das cuenta de que tu adorada hermanastra, una mujer que, reconoces, era egoísta, mimada y violenta, sólo te engañó.

-Eres una buena actriz -dijo él. Sus labios se torcieron en una parodia de sonrisa-. Creo que nunca me habían llamado ingenuo. Oh, haces que parezca muy convincente. Admiro esos sollozos, ese tono conmovedor con el que hablas. Olivia no tenía ninguna razón para mentirme. Cuando me contó todo eso, sabía que iba a suicidarse. ¿Por qué habría de soltarme una sarta de mentiras?

-Quizá también para ella la venganza fuera placentera -dijo con la voz dura, ocultando su dolor-. Y, por supuesto, tanto Chris como yo podíamos andar y nosotros éramos los que, de una manera indirecta, le impedimos que ella siguiera haciéndolo.

-Eres una arpía -dijo él entre dientes. Si hubiera tenido la intención de creer en tu inocencia, desde luego que no lo haría ahora.

-No podrías -dijo ella con tristeza-. Te lavaron el cerebro. Puedes soltarme ahora, no trataré de escapar.

Después de mirarla con dureza un momento, la soltó y le ordenó con despreocupación:

-Siéntate y come.

-No puedo --sentía náuseas.

-El que quieras matarte de hambre no me hará cambiar de idea. Si es necesario, te obligaré a comer.

La amenaza la convenció. Con las manos temblorosas, cogió el tenedor y el cuchillo y empezó a comer.

André perfeccionó la crueldad, hablando tranquilamente de cosas y burlándose de ella. Y no se conformó con aquello. Insistía en que ella respondiera y escuchaba con cortesía burlona su voz temblorosa, aparentando que nada había cambiado.

«Tres semanas así», pensó ella, angustiada. No podría soportarlo.

Después de la cena, André se puso a leer. Kathy se sentía morir. Bajó la cabeza y contuvo las lágrimas. No permitiría que la viera llorar. Él la consideraba infantil, tonta, fácil de seducir, y tenía razón, la había tenido desde el principio, pero no lloraría. Aquella sería la peor humillación.

-Es hora de acostarse -dijo André, sobresaltándola tanto que se echó hacia atrás. Como si no se hubiera dado cuenta, él añadió-: Utiliza el baño primero.

Con las piernas rígidas, Kathy entró en el diminuto y espartano cuarto de baño. Se duchó, tratando de arrancarse la sensación de suciedad que la envolvía, y luego hizo los preparativos acostumbrados para acostarse. En su maletín estaba la receta que le había dado el médico. A punto de llorar, la escondió lo más que pudo.

El camisón que llevaba lo había confeccionado con muchas esperanzas. No era exactamente transparente, pero tampoco opaca. Sintiéndose traicionada y humillada, entró en el dormitorio. Sabía que a través de la delicada tela de algodón, André podría ver sus largas piernas y el esbelto contorno de sus senos, cintura y caderas.

-Siéntate en la cama mientras me ducho -le dijo, observándola sin emoción-. Donde pueda vigilarte.

Kathy obedeció y se sentó en la cama, con los ojos fijos en la pared que tenía delante y sin pensar en nada. Cuando André regresó, se ruborizó, pues iba en calzoncillos. Después de la sorpresa, bajó la vista y se miró fijamente las manos.

-A la cama -ordenó él.

Sin decir palabra, Kathy se metió en la cama, se cubrió con la sábana hasta el cuello y cerró los ojos. Pero cuando André se acostó junto a ella, los abrió de inmediato.

-¡No! -exclamó, sin aliento, apartándose de él. André la cogió del brazo y le impidió levantarse.-No tengo intenciones de hacerte el amor-dijo con frialdad-, pero no voy a dormir en el suelo.

-Yo dormiré en el suelo -dijo ella, furiosa al no poder ocultar una

súplica en su voz.

-No lo harás. Quiero que estés donde pueda vigilarte.

-No trataré de huir -rogó ella, con el rostro oculto en la almohada y el cuerpo rígido-. Prometo que no lo haré.

-Pero los dos sabemos que mientes-dijo él en voz baja, apretándole un poco el brazo antes de soltarla-. Cálmate. Créeme: tengo tan pocos deseos de tocarte como tú de tocarme a mí.

-André, por favor.

-¿Por favor qué? ¿Que te deje irte? No. ¿Que te haga el amor? Bueno, si me convences...

-¡No! -se echó hacia atrás.

-Entonces quédate quieta y duérmete -dijo él con frialdad-. Y recuerda: tengo el sueño muy ligero. Además, por si se te ocurre, te aviso que el coche está inutilizable.

Kathy pensaba que no podría dormir. Se sentía atormentada por la sensualidad que él había despertado en ella y luego había traicionado y humillado. Sin embargo, la tensión del día la había agotado tanto que se quedó dormida.

La pesadilla llegó de pronto, como siempre. La carretera serpenteaba delante de ella, las llantas del automóvil de Chris*zumbaban, la lluvia tenía un brillo plateado por el efecto de las luces. Sabía lo que iba a suceder y trataba de detener el vehículo, pero las manos no le obedecían y le gritaba a su cuerpo inmóvil que detuviera el automóvil, que lo detuviera...

Y entonces se daba cuenta de que la barrera que estaba delante de ella ocultaba un agujero abierto en la carretera... se oía un chirrido.

Oyó a Olivia gritar, el choque del metal con las rocas, los ruidos sordos. Y luego, Olivia gritó cuando salía disparada, con la boca abierta y el rostro pálido en medio de la oscuridad...

En realidad no recordaba nada a partir de que Olivia se apoderaba del volante, pero su cerebro, demasiado activo, le proporcionaba los detalles que sus ojos habían pasado por alto. Cada vez era peor, la expectación más insoportable, los detalles más vivos. Kathy ansiaba el momento de inconsciencia que venía en seguida y la jaqueca.

Pero aquella vez no hubo dolor, no hubo deslizamiento hacia la inconsciencia. Unas manos fuertes la sacudían, alguien pronunciaba su nombre. Despertó sollozando y asustada y se echó a llorar. Apoyó la cabeza en el pecho del hombre que la había despertado. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos.

Los brazos que la rodeaban eran fuertes y acogedores; el pecho,

amplio y reconfortante. Despertar fue como regresar a casa.

Entonces, al recordar dónde se encontraba, se quedó paralizada. Luego se apartó bruscamente. Con el dorso de la mano se enjugó las lágrimas, buscó un pañuelo y se cubrió el rostro.

-¿Qué demonios estabas soñando? -preguntó, desconcertado.

-Lo lamento, ha sido una pesadilla.

-Gritabas el nombre de Olivia.

-Sí.

Hubo un momento de silencio y luego él dijo:

-Comprendo. ¿Tienes pesadillas a menudo?

-No tanto como antes-se sonó la nariz y volvió a meterse bajo la sábana. En comparación con las noches húmedas de Auckland, allí el aire era fresco, casi frío. Kathy comenzó a temblar-. Lamento haberte despertado -dijo con una formalidad ridícula-. Buenas noches.

Pero ya no pudo conciliar el sueño. Permaneció horas escuchando el agua de la cascada, la respiración regular del hombre que estaba a su lado y que, sin ningún esfuerzo, se había quedado dormido.

Así transcurrieron las siguientes noches, que pasó como prisionera de André. No tuvo más pesadillas, pero se vio obligada a oírlo dormir. Durante el día él hacía que lo acompañara a dondequiera que fuera: a nadar en el estanque, a caminar por el monte, que conocía como la palma de su mano, a tumbarse al sol. La obligó a comer, a dormir con el. Siempre que la miraba, Kathy se estremecía al descubrir la amargura que había en sus ojos. Comenzó a odiar el sonido de su propio nombre, pensó que André lo decía con cierto desprecio.

Cuando se fuera de allí dejaría de llamarse Kathy. Se llamaría Kate.

Sabía que de cada solitaria y dolorosa mañana amanecería con ojeras y que estaba perdiendo peso. Parecía injusto que hiciera buen tiempo: días perezosos y somnolientos y noches frescas y maravillosas. Un tiempo perfecto para los amantes. Cuando Kathy se reía, lo hacía con amargura. Odiaba a André.

Un día él salió de la casa y empezó a cortar un macizo de tojo que invadía el césped. Kathy se quedó en la terraza observando el movimiento rítmico de sus brazos mientras cortaba las plantas. Había algo diabólico en su manera de trabajar. Parecía que el tojo era su peor enemigo.

Kathy lo miró con apatía. Después de un par de horas, entró en el dormitorio. El cansancio estaba en guerra con el sentido común.

sólo unos minutos... -murmuró.

Cuando despertó, ya anochecía. André la observaba, inmóvil. Parecía cansado y los rasgos de su rostro eran una máscara de frialdad.

-¿Me esperabas? -preguntó él. Aunque lo hizo con dominio de sí, en sus ojos ardía una llama secreta.

-No -respondió ella en voz baja.

-Si no quieres que me acueste contigo, será mejor que te levantes.

Ella lo hizo al instante, como si todos los diablos del infierno la persiguieran.

Al día siguiente, seis después de que André echara por tierra el paraíso que ella había imaginado, oyeron que llegaba un coche. Aunque Kathy lo reconoció, no podía creer que Libby fuera a verlos.

André entrecerró los ojos y en su mirada apareció aquella expresión de desafío y complicidad que Kathy distinguía cuando miraba a Libby.

-Voy a irme con ella -manifestó Kathy con tranquilidad. -Yo creo que no -dijo él, también tranquilo-. Piensa en tu primo.

-Chris -dijo ella-, tendrá que cuidarse solo. No puedo que darme más tiempo aquí.

-¿Por qué? ¿Porque aún me deseas?

Se volvió hacia él, haciendo un lastimoso intento por mostrarse digna. Le temblaron los labios al ver lo apuesto que era, su atractivo masculino que tanto ocultaba su crueldad.

-Como dijiste, soy joven. Ya creceré.

Le dio la espalda y echó a andar por el césped.

Sonriente, aunque un poco nerviosa, Libby bajó del automóvil.

-¡Hola! -exclamó-. Decidí venir para ver cómo van las cosas.

-Quiero que me lleves a casa -le indicó Kathy.

Capítulo 5

SORPRENDIDA, Libby miró de uno a otro.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Nada -respondió André. Al mismo tiempo, Kathy dijo:

-Lib, André ha estado ocultándome algunas cosas. Es hermanastro de Olivia.

-¿Cómo? -Libby observó el rostro duro y apuesto de André.

-Sí -dijo él, mostrando los dientes al esbozar una sonrisa de lobo-. ¡La conociste?

-Sí -respondió Libby apagada-. No muy bien, pero lo suficiente para saber que cuando hablaba de ti, no lo hacía como si se tratara de un hermano. Pensaba que eras su amante.

-Tonterías -el rostro de André se ensombreció.

-No -erijo Libby lentamente, mirando con agudeza a Kathy-. No eran tonterías -vaciló, luego continuó con aspereza-: Olivia le contó a todo el mundo que eras un maravilloso amante y, si se presentaba la ocasión, describía cómo hacías el amor con todo detalle. Pregúntale a Kathy. Le advertí cuando comenzaste a salir con ella que, según Olivia, tú habías sido uno de sus amantes. ¿Verdad, Kathy?

Kathy asintió con la cabeza. Se sentía extrañamente cansada, casi como si no tuviera nada que ver con ellos, como si algo se hubiera roto y nada pudiera preocuparle.

-¡Era mi hermanastra, maldición! -rugió André.

-Era claro que eso no le impidió desearte -Libby no pareció intimidarse ante su furia.

Sin dejar de mirar a Kathy, André le preguntó a Libby:

-¿Estabas cerca la noche en que Olivia resultó herida?

-Sí. Iba a volver con ellos, pero ocurrieron otras cosas.

André lanzó una mirada triunfante a Kathy, quien estaba pálida y todavía junto a él. Ella se estremeció.

-¿Y quién conducía? -preguntó él con voz suave. -Kathy -Libby alzó las cejas.

André estaba muy tranquilo, como un gato preparado para atacar.

-¿La viste conducir realmente?

-Sí. Les ayudé a meter a Olivia en el coche. -Mientes -protestó él con voz tranquila. -No.

conducía Chris -dijo él-. Estaba borracho. Y Kathy también.

-Espera -Libby apartó la mirada del rostro de Kathy y miró a André-. ¿Qué quieres decir? ¿Que Kathy estaba ebria? Es ridículo.

Sólo tomó un par de vinos con la cena.

-Y supongo que Chris estaría también perfectamente sobrio.

-Había tomado una medicina para la fiebre del heno. Parecía que estaba bien, pero se negó a conducir -Libby lo miró fijamente, sin parpadear-. Te diré quién no estaba en condiciones de hacerlo: tu querida hermanita.

André se quedó inmóvil, como un tigre atrapado. Kathy se sobresaltó. Suplicante, miró a Libby, pero ésta no le quitaba el ojo a André.

-Estaba borracha -continuó-, y había tomado drogas. Estaba muy excitada y tenía ganas de pelear. Incluso antes de que Kathy arrancara, se negó a ponerse el cinturón de seguridad. Cuando discutieron al respecto, se apoderó del volante. Luego se puso histérica, gritó que con el cinturón no podía respirar, que estaba demasiado apretado y que se lo iba a quitar. Entre todos logramos meterla en el coche y ponérselo. Créeme, nunca he estado tan cerca de abofetear a una mujer. Deliraba con una rabia rencorosa, y decía obscenidades. Libby miró fijamente a André, luego con mayor ternura a Kathy.

Concluyó, categórica, con una crueldad que asombró a su amiga.

-No me sorprendió que ocurriera el accidente, aunque si alguien tenía que resultar lastimado, mejor que fuera ella que un inocente.

-Estás mintiendo-volvió a decir André, amenazante. Kathy se preparó para intervenir.

-Te digo la verdad, lo cual, según parece, Olivia no hizo.

-Ella me contó -erijo él, todavía mortalmente tranquilo-, una noche antes de morir, que Chris estaba ebrio, que él y Kathy le habían ocultado ese hecho a la policía. ¿Por qué iba a contármelo si no era cierto?

-Porque quería castigarnos -dijo Kathy de pronto-. Dijo que se desquitaría, aunque fuera lo último que hiciera.

André se volvió hacia ella. Pero en lugar del odio y el desprecio que Kathy conocía tan bien, había desesperación detrás de la máscara de ferocidad que cubría su rostro.

-Si lo que dice Libby es cierto, ¿por qué demonios tenía que castigarte Olivia?

-Porque Kathy es bonita; ella puede atraer a los hombres, hacer el amor declaró Libby-. Cuando Olivia se recuperó del estado de coma en que se encontraba, ella sólo tenía a Chris. «Mi semental», lo llamaba. Era tan presuntuosa, que no se daba cuenta de que él valía mucho más que los hombres con quienes se jactaba de haberse acostado. El pobre Chris aún quería casarse con ella, pero lo

rechazó. Olivia necesitaba tener un hombre con quien dormir, pues de lo contrario pensaba que no estaba viva. Otras mujeres han sufrido tanto como Olivia y han logrado sobrevivir. Pero ella no tenía nada, sólo su belleza, su cuerpo y la vitalidad sensual que la hacía tan deseable. Cuando se quedó sin eso, no tenía por qué vivir. Siempre he pensado que su muerte fue inevitable: se habría suicidado tan pronto como la bebida, las drogas y el sexo hubieran comenzado a acabar con su belleza y le hubiera comenzado a resultar difícil tener a los hombres que deseara.

-De acuerdo -dijo él con aspereza, enfadado pero al parecer no sorprendido del resumen desapasionado que Libby había hecho del carácter de su hermanastra-. Era una mujer autodestructiva... todos lo sabemos. Pero, ¿por qué me contó tantas mentiras?

-Yo diría que quería castigar a aquellos que, según su idea distorsionada, la habían despojado de todo lo que valoraba -Libby miró a André a los ojos-. Sin duda concluyó-, conocía muy bien tu gusto por la venganza, y que no descansarías hasta haber hecho tanto daño como pudieras.

-Pero yo le fallé -dijo él en voz baja.

Kathy casi gritó. André estaba pálido. Sus ojos verdes estaban opacos y sin vida, pero ella pudo ver el sufrimiento que había en ellos.

-Le dije que ya no estaba dispuesto a intervenir para rescatarla -dijo él con ironía-. El psiquiatra que consulté me explicó que una de las razones por las que Olivia se negaba a responsabilizarse de sus actos era que yo siempre lo había hecho por ella. Así que me fui al extranjero sin intentar evitar que se metiera en problemas. Y fui más estúpido al creerla y dejar que mi sentimiento de culpa me convenciera de vengarla.

Se volvió y cruzó el césped en dirección a la oscuridad del monte. Aún se movía con la gracia de una pantera, pero aquella vez sin orgullo. Parecía querer apartarse de todos. Kathy pensaba que lo odiaba, pero en aquel momento sentía una profunda lástima por él. André estaba sufriendo.

-Esa maldita mujer -dijo Libby casi iracunda-. No contenta con echar a perder su propia vida, dejó un legado que destruyó la de André, la tuya y, me temo, también la de Chris.

¿Qué sabía Libby? Demasiado, a juzgar por su mirada compasiva. Kathy se llevó una mano al cuello y se frotó los tensos músculos. Miró hacia otro lado.

-No te preocupes -continuó Libby-. No te haré preguntas. Pero creo que esa mujer era una arpía. Mentía y mentía, aun cuando

sabía que iba a suicidarse...

-Estaba loca -dijo Kathy con convicción.

-Quizá, aunque yo creo que era más mala que loca. ¡Qué lío! ¿Qué vas a hacer?

-Nada -respondió Kathy con calma.

-Me siento como una verdadera canalla -Libby sonrió con ironía, abatida-. Será mejor que lo confiese. Deseé a André desde que lo vi por vez primera. El también lo sabe. Es muy inteligente. Para ser sincera, vine aquí porque no podía estar en casa, pero todo

esto me ha dejado un mal sabor de boca. Será mejor que te vayas conmigo ahora.

-No puedo.

Libby la miró con asombro. pero Kathy no dejaba de mirar hacia los árboles, entre los que André había desaparecido.

-Dijiste que querías irte --señaló Libby, sin muchas esperanzas de que Kathy le hiciera caso.

-No puedo dejarlo ahora, cuando sufre tanto. Amaba a Olivia, a pesar de todo -dijo Kathy-. Me pregunto qué tenía ella que hacía que los hombres la amaran, a pesar de ser tan mala.

-Todo lo que tenía era una belleza deslumbrante y la moralidad de un gato callejero. Kathy, no te quedes. Él no te querrá aquí, pues es el tipo de hombre que prefiere lamerse sus heridas en privado.

Kathy se estremeció, pero dijo con tranquilidad:

-No importa, no puedo abandonarlo. Hay cosas que quiero decirle... me gustaría terminar bien esto.

-Y no quieres dejarlo ahora que se siente tan desdichado -dijo Libby. No se dio por vencida fácilmente y trató de convencer a Kathy de que se fuera con ella. Pero Kathy se mostró inflexible. Al fin la otra mujer se despidió-. Mira, pasaré la noche en el hostal de Kaeo. Si me necesitas, prométeme que me llamarás. ¿Lo harás?

-André no será violento, Lib, pero está bien, te lo prometo -no le dijo que no había teléfono en la casa.

En el profundo silencio que siguió a la partida de Libby, Kathy recorrió la casa poniendo orden. Deseaba encontrar algo que hacer para entretenerse. Resultaba irónico pensar que la verdad que tanto deseaba hubiera llegado con Libby. Y más irónico darse cuenta de que, al fin y al cabo, André había creído a Libby, pero no a ella. Aquello revelaba lo frágil que era la relación que existía entre ellos.

No se oía ningún ruido en la casa. Kathy miró al sol esconderse detrás de las colinas y preparó la cena, pero André no aparecía y ella no podía comer sola. Pensaba que cuando él supiera la verdad, sentiría un gran alivio, pero lo único que sentía era una gran

tristeza por toda la angustia y el sufrimiento innecesarios.

Después de algunas horas, Kathy se fue a la cama y permaneció acostada mucho tiempo con los ojos abiertos y la vista fija en el techo, mientras las ideas le daban miles de vueltas en la cabeza.

Se durmió sin darse cuenta, de manera que le sorprendió sentir que no se encontraba sola en la habitación. Despertó con el corazón palpitante, como si percibiera la actitud amenazante del hombre que estaba de pie junto a la cama, mirándola fijamente.

-¿André? -preguntó en voz baja.

-¿Esperabas a otra persona? ¿A Brent Sheridan, quizá?

-No -respondió ella con calma. Nada había cambiado-. ¿Qué deseas?

-¿Qué deseo? ¡Vaya pregunta! -se rió con amargura-. Deseo algunas cosas. Para empezar, quisiera borrar todo lo ocurrido hace un año, pero no es posible ¿verdad?

-No.

-Así que voy a tener que vivir con todo el lío que he armado -dijo él con aire meditabundo, permaneciendo muy quieto-. ¿Por qué te has quedado aquí, Kathy?

-Pensé... pensé que teníamos cosas que decirnos. Pensé que podrías necesitarme.

-¿Por qué habría de necesitarte? -preguntó él con mofa-. ¿Quieres que te pida disculpas? ¿O te ofrezca la pasión que te negué cuando decidí hacerte pagar por lo que pensaba que le habías hecho a la mujer traidora y malévola que fue Olivia? ¡Qué tonto fui! Sabía cómo era, pero como nunca me mintió antes, la creí.

-La fidelidad no es pecado.

-Pero la estupidez, la vanidad y la lujuria sí lo son. Oh, cuando comencé a buscarte, estaba ansioso de venganza, pero tengo muchas dudas de si habría seguido con el plan si una noche calurosa, en las afueras de Auckland, no hubiera visto bailando a una mujer sensual.

-No soy una mujer sensual -replicó ella tranquila-. Soy una mujer común y corriente. Tonta. Demasiado tonta como para darse cuenta de que todo era mentira.

-¿Mentira? No, no todo era mentira. Pero tú lo sabes, ¿verdad? ¿Crees que un hombre puede fingir la clase de reacción que tuve aquella noche? -se sentó en la cama y se volvió hacia ella-. ¿O la reacción física que tengo siempre que nos besamos? Las mujeres

pueden fingir, pero no los hombres, Kathy. No mentí cuando dije que te deseaba.

Kathy se quedó inmóvil, sin respirar. Él había estado bebiendo,

pues olía a whisky. No mucho. Sólo había bebido lo suficiente para disminuir el rígido dominio que tenía sobre sí mismo.

-Sabía que tenías que ser castigada -dijo él, aún en voz baja y sombría-. Tú y el hombre que amabas. Olivia me contó que por eso Chris la rechazó; porque te amaba. Salía con ella mientras esperaba que crecieras.

-¡Chris es mi primo! -exclamó ella-. Olivia estaba loca.

-Si, me temo que sí. Pero cuando te vi bailando y sonriendo seductoramente, comprendí por qué la pobre autodestructiva de Olivia se quedó sin los aplausos. Los primos hermanos se casan, ya lo sabes. Por eso creí que Chris te deseaba. ¡Todos los hombres que te vimos bailar te deseamos! Todo lo que Olivia anhelaba ser, tú lo eras: joven, muy hermosa, totalmente inconsciente de tu belleza. Te vi bailar y me di cuenta de que te deseaba, a pesar de que quería vengarme. Te deseaba tanto, que habría muerto por tenerte.

Kathy emitió un leve gemido de dolor, mientras él se reía con frialdad.

-Y tú sentías lo mismo -continuó André-. Vi que te pasaba lo mismo que a mí -le tocó la mejilla a Kathy y le echó hacia atrás un mechón de pelo cobrizo. Los dedos le temblaban.

-André, se acabó. Todo terminó. De nada sirve repetir el triste asunto -le dijo Kathy con calma.

-No. Supongo que querrás irte.

-Sí. Me iré por la mañana. Y creo que será mejor que esta noche duerma en el sofá.

-De modo que sólo fue pasión -dijo él en voz baja mientras le ponía una mano en la nuca para sujetarla-. Así tenía que ser, por supuesto y, Dios lo sabe, nada de lo que hice te ayudó a sentir algo más duradero por mí, ¿verdad?

-Si nos hubiéramos enamorado -dijo ella con tristeza-, tal vez habría sido distinto. Pero me despreciabas y tuviste mucho cuidado de que nunca llegara a conocerte. Lo lamento.

-¿Lo lamentas? -preguntó. incrédulo y enojado-. ¿Por qué? ¿Por estar a mano cuando quería vengarme de tu primo? -la cogió en brazos-. He estado observándote esta semana -dijo-. Tan hermosa, tan inocentemente provocativa, y tan desdichada. Me dije que te lo merecías porque mentiste, protegiste al hombre que mató a Olivia. Ella está muerta y tú y tu primo, vivos. Fui un poco ingenuo, pues no creía que nadie que estuviera a punto de morir pudiera mentir. Además, ella nunca me había mentido, la pobre Olivia, que mintió toda su vida. Me convenció con engaños de que me vengara. Al creerla, desaproveché la oportunidad de descubrir lo que siento por

ti y lo que sientes por mí. Excepto esto...

Los labios de André eran dulces, sabían un poco a whisky, pero eran suaves y seductores. Kathy, que estaba convencida de que ya no lo deseaba, se horrorizó ante la oleada de sensaciones que la envolvió.

De una manera inconsciente, sus labios se amoldaron a los de él, abriéndose un poco, aceptando la repentina arremetida de su lengua. Entonces todo terminó: las barricadas que ella había levantado con tanto cuidado, dolor y esfuerzo, cayeron ante las emociones y sensaciones. No podía pensar ni hacer nada al respecto.

-André -dijo ella en voz baja.

-¿Te gusta? ¿Quieres más? -preguntó él. Si en algún momento había tenido intención de detenerlo, se olvidó de ello cuando él, con sus experimentadas manos y suaves labios, supo hacerla reaccionar-. Sí. Sabía que sería así. Por eso fui cruel: porque tuve que luchar tanto contigo como conmigo mismo. Cada vez que te veía, veía a Olivia, sufriendo, y entonces me daba cuenta de que te deseaba como nunca deseé a otra mujer. ¿Por qué? Alguna broma del destino, supongo.

Kathy sólo quería aliviar el dolor que advertía en cada palabra de Andrés. Dolor, tormento y amargo desprecio a sí mismo.

-Calla -erijo en voz baja, cogiéndole la cara-. No esperes ser perfecto. Todo el mundo comete errores, André.

-Sí -dijo él con una extraña inflexión de voz-. Todo el mundo comete errores y creo que éste va a ser otro, pero no puedo salir por esa puerta.

Sus labios eran crueles. La besaba como un conquistador que hace suya a una mujer capturada en el campo de batalla. Pero en el momento en que una débil protesta brotó de los labios de Kathy, André dejó de besarla. Y cuando le acarició el cuello y el punto sensible que tenía debajo de la oreja, la sedujo por completo.

Kathy sabía que debía resistir. También comprendía que si se entregaban a la pasión, pagaría por ello el resto de su vida. Pero, al igual que él, no podía resistir la tentación. Suspiró, rendida, y él se rió con la arrogancia del hombre que sabe que ha ganado.

No había luna. pero la noche tomó de las estrellas luz suficiente para revelar el contorno del cuerpo femenino debajo del camisón de algodón que tenía puesto. Cuando sintió la mirada ardiente de André sobre ella se ruborizó excitada. Siempre había sido recatada, excepto cuando la música vencía su reserva. En aquel momento un furioso regocijo le tensaba los músculos y recorría cada célula del

cuerpo. Le brillaban los ojos y sus labios gruesos se abrieron, dando forma a una femenina sonrisa, una sonrisa de reconocimiento y satisfacción, de promesa y de excitación prohibida ante el peligro de lo desconocido.

André acarició la suave piel de la base del cuello de la chica. Atormentándola, le acarició los hombros. Y cuando ella gimió un poco y arqueó el cuerpo alzando los brazos para atraerlo, él le cogió las manos. A Kathy sólo la protegía el fino camisón.

-No --dijo ella en voz baja.

-Sí. ¿No te has dado cuenta aún de que lo que yo quiero es lo que importa, mujer fatal? Sabes lo que me pasa cuando me sonríes así, ofreciéndome todos los placeres prohibidos del paraíso. Me pregunto si llegarías a saciarme. Me parece que voy a disfrutar ave

riguándolo.

Inclinó la cabeza y tocó el suplicante seno con la lengua. Sonrió cuando el pezón se puso erecto.

-André...

-Sí -murmuró él-, tú también das muestras de ello. ¿Quieres algo más, mi dulce mujer fatal? Tendrás que esperar, pues no pienso apresurarme contigo... he esperado mucho tiempo.

Ella iba a protestar, pero él siguió acariciándola con la lengua. Sentía fuego en los senos, un fuego que la hacía olvidar todo menos el deseo desesperado de aliviar aquel dolor primitivo. Incapaz de liberarse, arqueó el cuerpo hacia él, llevada por instintos tan antiguos como la humanidad, tan nuevos como la noche misma.

Él volvió a reír y sus labios, calientes, se cerraron sobre el seno y succionaron el pezón. Ella sintió alivio. Pero cuando el levantó la cabeza, se dio cuenta de que sólo se había intensificado su deseo. Sentía la piel ardiente e insoportablemente sensible. Ansiaba experimentar nuevas sensaciones. Sus músculos estaban en tensión y su voz sollozaba con palabras que no reconocía, palabras que brotaban contra su voluntad.

-Sí -dijo él con tranquilidad y le soltó las manos. Libres al fin, éstas trataron de atraparlo, pero André dijo entonces-: Desvístete para mí, Kathy. Muéstrame lo hermosa que eres, tu cuerpo iluminado por la luz de las estrellas.

Vacilante, ella lo miró a los ojos, en donde descubrió fuego. Luego, con lentitud, sus manos encontraron el dobladillo del camisón y se lo sacó por la cabeza.

-¡Oh, qué hermosa eres! -dijo él trémulo-. Tan hermosa como una estrella, una flor, un sueño. Ahora quítame la ropa, Kathy. Durante todas estas largas semanas me he consolado con la fantasía

de sentir tus manos sobre mí. Ya no puedo esperar.

Indecisa, alargó la mano. Siempre había tenido cuidado de que no la sorprendiera observándolo, pero entonces se regaló la vista y le acarició el cabello. Él permanecía quieto, sin mover ni un músculo. Entonces ella alzó la vista. La mirada de sus brillantes ojos verdes la tranquilizó.

Kathy hizo lo que tanto deseaba. Tocó las diminutas tetillas de André. Al igual que sus pezones, se pusieron duras. -Bésame erijo él.

Aturdida, se inclinó hacia adelante y acercó los labios al pecho masculino. Acarició las tetillas, del mismo modo que él había chupado sus pezones. Se sorprendió cuando André gimió de placer.

El calor que ella sentía en el cuerpo comenzó a aumentar, combinándose con un intenso deseo.

Soltó un suspiro y apoyó la mejilla en el torso desnudo. Sintió de pronto que una amenaza se cernía sobre ella, pero él susurró:

-¡Oh, Dios, cariño, no te detengas ahora!

La última chispa de sentido común desapareció bajo una marea de sensaciones.

Kathy manipuló con torpeza la hebilla de su cinturón.

-Mira lo que haces -dijo él en voz baja-. Nunca había sentido esto, Kathy, nunca de esta manera. Moriré si no te tengo...

André se levantó y con movimientos ágiles, se quitó los pantalones. Ella sintió la boca seca. Desnudo, era como un animal que inspiraba asombro y temor.

Luego se colocó junto a ella en la cama. El contacto de su piel ardiente disipó el momento de pánico. Kathy se volvió hacia él. También sabía que si no lo tenía, moriría.

Con una agilidad que debió haberla aterrado, André se colocó encima de ella, sujetándola de las muñecas con sus fuertes manos. El cuerpo masculino era suave y sinuoso como el de un gran felino. Ella abrió por completo los ojos y lo miró a la cara. Allí descubrió el deseo que lo dominaba.

Durante un momento Kathy se puso rígida. Luego él descendió y la tomó sin pensar en su inexperiencia, ensimismado en su propio deseo.

Ella lanzó una exclamación, sorprendida. Esperaba sentir dolor, pero sólo experimentó una sensación de plenitud cuando su cuerpo se acopló con el de él. Fue entonces cuando comprendió por qué se había negado a irse con Libby.

El corazón de André retumbaba en su pecho, ensordeciéndola. Durante un momento él se quedó quieto, hasta que su cuerpo empezó a moverse de nuevo. Kathy experimentó una variedad de

sensaciones. Entonces olvidó todo menos la necesidad de reaccionar. Movió sus caderas, lentamente al principio, luego más deprisa. Su deseo llegó a proporciones insoportables.

Y luego, como una tormenta que amenazaba desde hacía horas, una sensación de éxtasis estalló dentro de ella. Sólo era capaz de reaccionar a los arrebatos que la lanzaban hacia otro mundo, donde se mezclaban el dolor y el éxtasis.

Vagamente se dio cuenta de que él llegaba al clímax, segundos después que ella. Aturdida, permaneció acostada, floja y sudorosa, debajo del cuerpo de él. Era imposible moverse. Después de un largo rato André dijo algo y se movió. Se desperezó junto a ella.

El cerebro de Kathy registró el tono complaciente de la voz, pero no las palabras. Con un suspiro, dejó que la abrazara y se durmió.

Kathy se despertó dando vueltas a las últimas palabras que él había dicho.

-Sí -afirmó André-, no veo por qué no podríamos casarnos y formar una pareja muy satisfactoria. Desde luego, el sexo no será ningún problema.

Para él no lo sería, quizá. Se sobresaltó cuando se volvió. André se había ido. Le dolían todos los músculos. Si él hubiera dicho que la amaba, ella habría sonreído, triunfante.

Pero André no la amaba.

La deseaba. Tal vez sintiera remordimiento por haber sido tan cruel al querer vengarse y pensaba que el matrimonio podría enmendar un poco su engaño. Mientras que ella, pobre tonta, lo amaba.

Si se casaba con él, aquello la destruiría. Vio el dolor de Chris, quien amaba a una mujer que lo deseaba pero que no lo amaba. Ella no era lo bastante fuerte como para llevar aquella vida; tampoco lo era para resistirse a André, si él trataba de convencerla.

Durante un largo rato, mientras el día avanzaba a su alrededor, trató de convencerse de que podía ser feliz con él, unidos en un matrimonio sin amor. Él le sería fiel, lo sabía. A pesar de su sentido de moralidad un poco extraño, tenía principios y los mantenía. Ya lo conocía lo suficiente como para saber que de André podía esperar fidelidad, apoyo y respeto.

Sintió un hormigueo en la piel. Además, podía esperar más noches como la anterior, cuando le había enseñado la pasión y el éxtasis.

Pero si él no la amaba, recapacitó, sería insoportable vivir con él, darle hijos, ser su compañera, amiga y amante. Descubrió una necesidad de ser lo más importante para él, del mismo modo que

André lo era para ella.

Durante unos momentos intentó inútilmente convencerse de que él podía llegar a amarla. Pero ya no era la joven inexperta que,

sin pensarlo, se había enamorado de él. Quizá llegara a respetarla, pero nunca la amaría. André no creía en el amor.

Ya no soportaba seguir acostada en la cama, recordando que habían hecho el amor, así que se levantó y se duchó. Luego salió de la casa en silencio y caminó unos cinco kilómetros hasta llegar a una granja, desde donde llamó a Libby. Ésta llegó minutos después y la llevó a Auckland.

No llevaban más de media hora en la ciudad cuando sonó el teléfono. Como Kathy se encontraba más cerca, descolgó el aparato.

-¿Kathy?

Era André. Estaba furioso. Ella tragó saliva y dijo: -¿Sí?

-¡Ya me lo imaginaba! -exclamó él-. Estaré ahí dentro de media hora.

-No -como él no dijo nada, ella continuó hablando intentando sonar firme-. No quiero volver a verte.

-Qué lástima -dijo él y colgó.

Kathy miró fijamente a Libby. El pánico la atontó.

-¿Qué voy a hacer?

-Bueno, puedes quedarte y discutirlo con él o buscar un refugio hasta que se calme un poco -respondió Libby.

Desesperada, con la cabeza dándole vueltas, Kathy consideró la idea de encerrarse en su habitación y negarse a ver a André. Sin embargo, sabía que él se saldría con la suya.

Se mordió el labio inferior. Miró un calendario del año anterior y allí leyó una nota que le había mandado Brent.

¡Brent! Con dedos temblorosos, marcó su número, aferrada a la esperanza de que hubiera regresado a la casa de su familia después de Navidad. Le pareció que transcurría una eternidad antes de oír su agradable voz.

-¿Qué pasa? -preguntó él al reconocer su voz-. Pareces enferma.

-No, pero, ¿podría... Brent, podría pasar la noche en tu casa? No te lo pediría pero... necesito un refugio.

-Por supuesto que sí -respondió él al instante-. Iré por ti.

-Ahora mismo -dijo ella en voz baja. -De inmediato.

Kathy explicó a Libby lo que iba a hacer, luego le sugirió: -Podrías regresar a tu casa, si quieres.

-Eso haré. No quiero encontrarme con André ahora. ¿En dónde está él?

-Llegará aquí dentro de media hora.

-Debe de estar en Orewa. Regresaré a casa pasando por Helensville y Wellsford y así es imposible que nos encontremos. -Yo... muchas gracias.

-Cuídate, cariño -Libby la abrazó.

Brent cumplió su palabra. Llegó diez minutos después y no hizo

preguntas hasta que estuvieron en su apartamento. -¿Qué pasa? -preguntó, cogiéndole las manos. -No... no puedo decírtelo.

-De acuerdo -dijo él con tranquilidad-. Siéntate y te prepararé una taza de café.

-Me encantaría. Gracias molla sonrió, agradecida.

Brent fue amable. Kathy pensó que debería haberse enamorado

de él. Así su vida habría sido mucho más fácil.

-Para eso son los amigos, Kathy. Porque somos amigos, ¿verdad?

-Sí, por supuesto -contestó ella sin pensarlo. Frunció el entrecejo y lo miró. Sus ojos recorrieron lentamente el sincero y amable rostro.

-Me siento como si estuviera aprovechándome de ti.

-Tú harías lo mismo por mí, ¿no? -Brent se encogió de hombros.

-Sí -respondió sin dudarlo.

-Eso es. Bueno, ¿qué tal si te das un baño y luego te metes en la cama? Tengo que ir a arreglar un jardín, pero regresaré a las seis. Si quieres, entonces puedes contármelo todo. Si no, cenaremos y podrás volver a la cama. Mañana, cuando despiertes, las cosas no parecerán tan malas.

Las atenciones de Brent era lo que necesitaba. Obediente, se dejó guiar. No durmió. pero permaneció en el confortable dormitorio, recordando lo sucedido la noche anterior, pues sólo aquello le permitía contener el llanto. Tenía que ser fuerte.

Cuando Brent regresó a casa, ella comió tanto como pudo y, casi de inmediato, se metió de nuevo en la cama. Brent se burló de ella cuando Kathy se opuso a acostarse en la única cama que había en el apartamento.

-Cariño, tengo un sofá-cama muy cómodo en la sala. Dormiré ahí.

La cama de Brent era grande y cómoda. No le importó haber olvidado coger un camisón. Se desnudó y se acostó. El cansancio la venció y se quedó dormida.

Los ruidos la despertaron del profundo sueño. Oyó voces fuertes y un estrépito. Se incorporó, cogió la sábana y se cubrió. Brent gritaba, con voz desafiante, enojado. Luego alguien respondió en voz baja, mortal. Kathy se quedó paralizada de miedo. ¿Cómo había logrado encontrarla André?

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, la puerta del dormitorio se abrió de golpe, encendieron la luz y él dijo con tranquilidad:

-No te creo, Sheridan. Aquí está, instalada en tu cama, además desnuda.

Los ojos verdes la reprendieron. Kathy respiró hondo. Intentó hablar, pero tenía la lengua paralizada.

Ella dijo en voz baja:

-André, no es...

Pero Brent intervino con la voz extrañamente fuerte.

-Está bien, ahora que nos has descubierto in flagrante delicto, ¿qué crees que puedes hacer?

-Esto -respondió André. Dio un fuerte golpe a Brent en la mandíbula. El otro hombre cayó al suelo y, con gesto de desprecio, André tocó su cuerpo con la punta del pie. Entonces se volvió hacia Kathy, quien estaba paralizada de miedo en la cama-. No era necesario llegar a tales extremos. Una simple negativa a casarte conmigo habría bastado, mujerzuela.

Capítulo 6

EL primer día después de las vacaciones de agosto, el autobús escolar regresó temprano. Kate se encontraba trabajando en la máquina de coser cuando oyó el claxon al pie de la colina. -¡Diablos! -exclamó en voz baja y salió de la pequeña y desordenada habitación que llamaba «su oficina».

A Fleur no le gustaba que no fuera a buscarla. Además, no vacilaba en hacérselo saber. Tenía un poco de la arrogancia de su padre.

Sintió un escalofrío, un cierto temor. Con decisión, como lo había hecho muchas veces durante seis años, guardó el recuerdo del padre de Fleur en lo más recóndito de su pensamiento. Todo había terminado y él ya no podía lastimarla. Ella había recuperado el control de su propia vida, el control que le había entregado cuando era una tonta y lo amaba.

Incluso se había cambiado de nombre. Kathy Townsend ya no existía. Cumplió la promesa que se había hecho cuando André la llamó «Kathy» con desprecio. Se llamaba Kate Townsend, una persona totalmente distinta.

Caminó deprisa por el camino, entre los árboles altos, aspirando el aire fresco, que tenía el olor inconfundible de los montes.

Entonces oyó la voz de Fleur y frunció el ceño. Su hija era la única que bajaba del autobús. Los Fairchild, sus vecinos, vivían en la granja, y no tenían hijos.

Sin embargo, Fleur no parecía asustada, sino que se reía.

«No te preocupes», se dijo Kate, pero comenzó a caminar más deprisa. La luz del sol la deslumbraba, pero distinguió un Range Rover y a un hombre que estaba apoyado en él y que reía con su hija.

Cuando Kate se acercó, tanto el hombre como la niña se volvieron.

-Mire, allí viene mamá -anunció Fleur-. Le dije que vendría a buscarme... siempre lo hace.

Él se volvió hacia Kate y su corazón dejó de palpitar un momento.

El rostro de él adquirió un expresión de dureza. Los ángulos y planos que lo hacían parecer tan atractivo, se pusieron rígidos. Sus ojos verdes brillaban. Luego, la actitud de serenidad que tan pocas veces lo abandonaba regresó, y sus rasgos se relajaron, adoptando la simetría severa de siempre. Sus ojos parecieron opacos cuando, sin sonreír, la miró fijamente.

-Hola, Kathy -dijo él tranquilo-. Ha pasado mucho tiempo desde

la última vez que nos vimos.

Gracias a que estaba tan sorprendido como ella, Kate tuvo la suficiente calma para contestar.

-Sí -manifestó, despreocupada.

-¿Conoces al señor Hunter? -preguntó Fleur con evidente asombro-. ¿Por qué te llama «Kathy»? Tú te llamas Kate.

-Hace mucho tiempo que me llamaba Kathy -le explicó Kate, tajante. El hombre al que una vez había amado con todo el corazón esbozó una sonrisa irónica-, cuando era joven y conocí al señor Hunter. Tenemos que irnos a casa ahora. Dale las gracias al señor por haberte acompañado, Fleur.

Él escuchó con interés las palabras de agradecimiento de la niña y la cautivó con su sonrisa, pero cuando se disponía a irse, sugirió:

-Voy por este camino. Subid y os llevaré.

-No, gracias -dijo Kate cortante.

-¿Por qué no, mamá? -Fleur le cogió de la mano.

-Tú nunca estás cansada. Y te vendrá bien andar un poco después de haber estado encerrada todo el día. Vamos.

Algo en la actitud del hombre que estaba junto al Range Rover atrajo la atención de Kate. Observaba a su hija, pero también a ella. Las miraba a una y a otra. Su corazón dejó de latir un momento.

Sintió pánico. Respiró hondo y resistió el impulso de proteger a la niña.

Entonces él levantó la vista. Sus ojos brillaban. -Así que te casaste con él -comentó pensativo. -No -respondió ella, inexpresiva.

-¿No? ¿También lo rechazaste después de pasar una noche con él?

Ella experimentó una sensación de terror en el estómago, pero se negó a ceder.

-Todo terminó entre nosotros -declaró.

Entonces él volvió a mirar a Fleur, en cuyo pequeño rostro apareció una expresión interrogante.

-¿Cuántos años tienes, encanto? -le preguntó. El tono suave de su voz era irresistible.

Pero Fleur lo miró con cierta reserva. Inteligente y cautelosa,

como todos los niños pequeños, percibía la tensión.

-Tengo cinco -respondió cortés, acercándose a su madre. Una vez que hizo el cálculo, André miró a Kate con desprecio y lo que a ella le pareció odio.

-Aun cuando os encontré... juntos... me pregunté si no sería una táctica para librarte de mí. Parecías tan inocente, tan virginal. Pero eso también era mentira.

-¿Mamá? -Fleur se movió inquieta, y se aferró a la mano de Kate.

Kate apartó la vista de André. Sonrió con expresión tranquilizadora y apretó la mano de Fleur. La niña miró al hombre alto, tan peligroso y atractivo como un ángel vengador, quien también sonrió. Era la misma sonrisa que había convencido a Kathy, cuando tenía dieciocho años. Todo era tan falso como entonces, pero Fleur tampoco era inmune a sus encantos. Ella también sonrió.

-El señor Hunter y yo reñimos hace mucho tiempo, antes de que tú nacieras -le explicó Kate con brusquedad, esforzándose por hablar con despreocupación-. Entonces éramos jóvenes y tontos. Ahora somos adultos y ya no vamos a discutir, ¿verdad, señor Hunter?

Lo miró de la misma manera que a Fleur: con una expresión severa. Y, al igual que Fleur, él sonrió y capituló.

-No, no vamos a discutir -aceptó, pero sin amabilidad-. En realidad, Fleur, para demostrarte que vamos a ser amigos, tu madre me dejará que os lleve a casa.

La había atrapado en sus propias redes. Ella no podía hacer nada al respecto, pero se dijo que no olvidaría que André tenía la habilidad de sacar provecho casi de cualquier situación. Llevaba años sin leer en los periódicos las informaciones que salían sobre él. Sólo sabía que se había convertido en un hombre muy rico y poderoso.

Sin decir nada, Kate se rindió. Metió a Fleur en el Range Rover, luego revisó que sus botas no tuvieran barro, antes de sentarse en el vehículo y ponerse el cinturón de seguridad.

-No te preocupes por pequeñeces -dijo él-. ¿A qué distancia de aquí vivís?

-A unos cuatrocientos metros.

André no conocía el lugar, pues de lo contrario, habría sabido que sólo había otra casa junto al camino. Sin embargo, no iba a preguntarle qué hacía en aquella parte del país. Atrás. Fleur sonrió, emocionada, cuando el vehículo arrancó.

-,Y todas las tardes dejas a tu hija a merced de cualquiera que pase por aquí? -preguntó André.

-No -respondió con poco interés.

-¿Estabas trabajando, mamá? -preguntó Fleur.

-Sí, cariño.

-A veces mi mamá se olvida de todo y sigue cosiendo -confesó Fleur-, pero cuando es hora de que llegue a casa, no. Trabaja hasta muy tarde por las noches, así que por la mañana el despertador

tiene que sonar mucho antes de que se despierte.

-¿Ah, sí? ¿Y cuál es ese trabajo tan fascinante que hace que te olvides del tiempo?

-Trabajo como costurera -respondió Kate, mirando hacia delante.

-Vaya -dijo él en voz baja después de una pausa.

-Sí. Y hemos llegado a nuestra casa... -declaró ella con frialdad.

André metió el vehículo hasta el patio. Mientras ella atendía a Fleur, él dijo con lacónica claridad:

-No voy a contaminaros.

Desesperada por irse, ella bajó de un salto del vehículo. -Da las gracias al señor Hunter, cariño.

Fleur obedeció a su madre y se despidió de André con una expresión cautelosa. Kate sabía que su hija y ella se parecían: tenían el mismo rostro anguloso, ancho a la altura de las sienes, y la misma barbilla partida y los ojos dorados, aunque los de Fleur tenían tonos verdosos. Kate se dio cuenta de que Fleur había heredado algo más de su padre: sus movimientos gráciles y la manera que tenía de alzar las cejas. Nada más, gracias a Dios.

-Gracias -le ofreció una sonrisa vacía-. Y adiós.

Él también sonrió. Y aunque lo hizo con poco humor, era una sonrisa cargada de significado.

-Por el momento -dijo, mientras encendía el motor. -¿A... a qué te refieres? -preguntó ella inquieta.

-Tarde o temprano te preguntarás cómo es que yo estaba por aquí. Voy a Kaurinui para ver si la compro. Creo que voy a hacerlo. Así que seremos vecinos.

Paralizada, Kate vio desaparecer el Ranger Rover por el camino. Fleur había entrado corriendo en la casa, dejándola sola. De pronto, las lágrimas le quemaron el rostro. Las enjugó con enojo. Ya no era una jovencita inexperta de dieciocho años con la cabeza llena de sueños románticos. Tenía veinticuatro y era una mujer madura con una profesión y una hija. Había aguantado muchas cosas durante seis años; había tenido que recurrir a todo para superar las dificultades.

Se había esforzado para que su hija y ella llevaran una buena vida, y no iba a permitir que un espectro del pasado la destruyera. Aunque quizá André fuera pronto el dueño de su casa. Él no sabía todavía que pertenecía a parte de la granja Kaurinui.

El miedo que muchas veces había sentido en su vida le cerró la garganta, pero lo reprimió. Tendría tiempo suficiente para buscar un nuevo lugar para vivir, si André la echaba.

-Mamá, dame una naranja.

-¿Quieres darme una naranja, por favor? -la corrigió Kate y entró en la pequeña casa, que era su refugio y su hogar.

Una vez que su hija estuvo sentada a la mesa, con un vaso de leche y la naranja, Kate entró en el taller y recogió el vestido de seda que estaba haciendo. Continuaría cosiendo hasta que Fleur se acostara.

Pero se quedó un momento contemplando las colinas pobladas de árboles que la separaban de la granja Kaurinui. El pasado resurgió del olvido. Aunque la habitación estaba caliente, se estremeció. Pensaba que lo había olvidado todo.

Más tarde, cuando su hija se encontraba acostada y las risas y la alegría dieron paso al silencio, Kate se sentó frente a la chimenea y miró la habitación. Se había mudado allí después del nacimiento de Fleur. Al principio el señor Fairchild se negaba a alquilar la casa porque estaba en muy malas condiciones, pero cedió cuando ella le rogó. Tal vez viera el pánico en sus ojos.

El hombre fue amable. Su esposa y él limpiaron la casa antes de que Kate se instalara. El señor Fairchild logró sacarle dinero a sus avaros dueños para arreglar la instalación sanitaria y la eléctrica. Beth Beatson, la esposa del granjero que vivía camino abajo, fue el día en que Kate se mudó, con un gran pastel de carne y un plato con panecillos. Se convirtió en la primera de sus amigas. Después hubo muchas otras, pero seguía siendo Beth a quien más apreciaba. ¿Hacía cinco años de aquello?

Le temblaron los labios. Desanimada cuando descubrió que estaba embarazada y que había sido traicionada, estaba segura de que no tenía nada que ofrecer a nadie. Hasta que miró a la cara a su hija recién nacida y la amó más de lo que había amado al padre.

Por supuesto, nunca había amado a André. ¿Cómo podía haberlo amado? Era una chiquilla que no sabía tratar a los hombres. Cuando André, apuesto y experto, se acercó a ella, Kate lo miró y se enamoró de él. Suspiró y se levantó para poner la tetera a calentar.

Cuando regresó a la sala, apagó las luces y se sentó para tomarse el té en silencio. A los dieciocho años, estaba lista para amar, deseaba tener aquella experiencia.

El accidente automovilístico la trastornó mucho. Y como Chris estaba encerrada en la prisión de su propio dolor y no podía ayudarla, no tuvo a nadie a quien recurrir. Si André no hubiera dado con ella, ansioso de venganza, tal vez habría habido otro hombre. De ahí su mala suerte. Quizá otro hombre no le habría fallado como lo había hecho él.

Recordó a André. Él también había cambiado. Su crueldad se

había transformado en una determinación siniestra, más peligrosa porque era más directa, apoyada en una actitud autoritaria que no era tan evidente entonces.

Se movió intranquila al pensar en lo despiadado que era. Gracias a Dios que no había visto ningún parecido de Fleur con él.

Sin embargo, tenía derecho a saber que tenía una hija. Y Fleur, pensó Kate con un suspiro, también tenía el derecho de conocer a su padre.

Como siempre sucedía cuando pensaba en ello, sentía coraje. Si André supiera que tenía una hija, ¿cómo reaccionaría? ¿La ignoraría, o, peor aún, querría tenerla a su lado?

A Kate se le aceleró el corazón. ¿Exigiría André ver a su hija con regularidad?

Estremeciéndose, recordó la mirada de desprecio que le lanzó él cuando supo cuántos años tenía Fleur. ¡Por supuesto, él podría negarse a creer que la niña fuera su hija!

Seria lo mejor que podría pasar. Pero André no era tonto y sabría que existía la posibilidad de que Fleur fuera su hija. No había usado ninguna protección aquella noche. Además, él era lo bastante posesivo como para querer ver a su hija.

Echó un vistazo a su reloj. Las ocho. Faltaban tres horas para acostarse. Por lo general trabajaba, pero la inquietud la mantenía alejada de la máquina de coser.

El teléfono interrumpió el silencio y Kate lo cogió con el ceño fruncido.

-Diga.

-¡Dios mío, qué voz tan aprensiva! ¿Todo bien? -preguntó Beth.

-Sí, por supuesto. ¿Cómo estás?

-Oh, como siempre, muy cansada, pero sobreviviré. ¿Qué te parece venir a una barbacoa mañana por la noche?

-¿Una barbacoa? -la lluvia tamborileaba sobre el techo-. Hace muy mal tiempo, ¡no?

-Sí -se rió Beth-. Pero lo haremos en el almacén. Simon asará un lechón. Después podremos bailar, si queremos.

-¿Qué celebráis?

-Obtuvimos un excelente precio por nuestros toros en la venta y decidimos celebrarlo.

-Me.parece una estupenda idea.

-Muy bien. A Fleur la acostaremos con Emma. Los chicos verán películas en la televisión hasta que demos por acabado el día. O la noche, supongo.

Los hijos varones de los Beatson, Fergus y Sean, iban a un

instituto de segunda enseñanza y disponían de otra semana de vacaciones. Eran chicos simpáticos y responsables y Kate sabía que se podía contar con ellos para vigilar a las niñas.

Cuando colgó el aparato, Kate sonreía. Por el momento mantenía a raya los temores y la consternación. Aquella era su vida; tranquila y satisfactoria, aunque sin duda Beth le presentaría a algún soltero. Beth estaba felizmente casada y su afición a casar a los demás se había convertido en un motivo de broma entre ellas, pero aunque Beth se reía de sí misma, no se daba por vencida y decía que Kate necesitaba un buen hombre que la apoyara y le llevara alegría.

Aquella noche soñó con el día que concibió a Fleur. Los recuerdos se habían desvanecido cuando despertó, pero pasó el día luchando contra una tristeza que se intensificó cuando se puso una falda gruesa de algodón, que combinó con blusa, chaleco y chaqueta de color verde. No era la ropa típica de una madre seria, pero le hacía publicidad a su habilidad como modista. Además, no había duda de que la ropa le sentaba bien y resultaba muy apropiada para una barbacoa.

-Date prisa, mamá erijo Fleur-. Emma dice que Sean y Fergus van a ver una película de terror y yo también quiero verla.

-Dudo mucho de que la veáis -dijo su madre en tono guasón-. Y tú, cariño, vas a acostarte antes que ellos vean la película.

-Pero mama ...-Fleur empezó a lloriquear

-Ellos no tienen que ir a la escuela mañana, pero tú sí.

Fleur suspiró, pero era una niña de temperamento alegre, de do que cuando salieron de la casa en el viejo automóvil que Kate da logrado comprar, cantaba, feliz de nuevo, deseando llegar a la ta.

Sin duda era otra parte del legado de su padre. Kate no recordaba haber tenido sentimientos tan violentos. Ella había sido una niña apacible. André, por su parte, aunque lograba ocultarlas tras su máscara de reserva, experimentaba emociones violentas. Lo demostraba su decisión de castigarla por creerla culpable de la muerte de Olivia.

También lo probaba, pensó al recordar lo que había soñado, su intensa ternura cuando hicieron el amor. Por primera vez en años se sonrojó y maldijo en silencio al hombre que había vuelto a su vida afectándola de una manera tan devastadora.

¿Habría comprado Kaurinui? ¡Cómo deseaba que no lo hubiera hecho! Sin embargo, ya tendría tiempo para preocuparse cuando supiera qué había pasado.

El patio de los Beatson estaba lleno de coches y Land Rovers. Al

parecer, Beth había invitado a casi todos los habitantes de la región. Mientras entregaba su contribución a la comida, todos saludaron alegres a Kate. Comprendió lo afortunada que era al haber encontrado un lugar donde el hecho de que fuera madre soltera no importara. No dejaría que la llegada de André la desanimara.

-Ven para que te presente a los pocos que no conoces-le dijo Beth-. Anda, Fleur, Emma está ayudando a su papá a preparar la barbacoa.

Fleur corrió hacia donde estaban preparando la comida. Las numerosas personas que allí se encontraban habían caldeado el ambiente y sus risas eran como para alegrar el corazón de cualquier anfitrión. Resultaba claro que iba a ser una buena fiesta.

-Aquí está André Hunter, quien acaba de comprar Kaurinui -dijo Beth, lanzando una significativa mirada a la mujer que estaba a su lado-. André, ella es...

-Ya nos conocemos -dijo André con amabilidad y expresión de burla. Antes de que Kate tuviera la oportunidad de decir algo, le cogió la mano y se la llevó a los labios-. Nos conocimos... oh, hace seis años, ¿verdad, Kate? Y ayer por la tarde Fleur nos volvió a presentar.

Horrorizada, Kate experimentó una sensación de deseo. Vagamente se dio cuenta de que Fleur había vuelto con Emma y levantaba el pequeño rostro con el anhelo de que le diera un beso. Kate pensó que se moría al ver a André cogerle la mano a su hija para besársela también. Fleur sonrió con regocijo y picardía, luego dejó que Emma se la llevara para ver el cerdo que estaba en el asador.

-¡Estupendo! -exclamó Beth-. Nueva Zelanda es muy pequeña, ¿verdad? Disculpadme, pero tengo que atender a los Carpenter. Acaban de llegar. André, ¿puedo pedirte que le pongas una copa a Kate?

Cuando se retiró Beth, Kate miró nerviosa a André, pero como su expresión era enigmática, dijo rápidamente:

-No es necesario...

-Por supuesto que sí -dijo él en voz baja, sonriendo con tal encanto que sólo alguien que hubiera estado tan cerca como ella se habría fijado en la frialdad de su mirada-. Ya has oído a nuestra anfitriona. ¿Qué quieres beber?

-Un gin-tonic -respondió ella y añadió deprisa-. Esperaré aquí.

-No, creo que deberías venir conmigo, pues de lo contrario podría perderte, y con tanta gente, quizá no volvería a encontrarte.

Cuando André le cogió la mano, intentó resistirse, pero como no

quería protagonizar una escena, cedió.

-Sé sensata -le dijo él al oído-. Ya somos el blanco de todas las miradas. ¿Voy a herir los sentimientos de algún hombre?

Ella se mordió el labio. Le lanzó a André una mirada rencorosa.

-No -respondió con enojo.

-Qué vida tan aburrida. ¿O te basta con ser madre? Me parece que no. La Kathy que conocí necesitaba mucho más que los placeres espirituales de la maternidad para no tener frío por la noche.

-Cállate -le dijo ella, siseando y sonrojándose.

-Sí, tienes razón -su risa fue irónica-. Éste no es el momento para hablar de los viejos tiempos.

-Yo no quiero hablar de los viejos tiempos -dijo ella, furiosa.

-Oh, me parece que deberíamos hacerlo. Dejaste muchos asuntos inconclusos cuando huiste. Me prometí que, si nos volvíamos a ver, terminaría aquello.

André pronunció aquellas palabras con naturalidad, pero su voz amenazaba con que a Kate no le gustaría la conclusión de la que hablaba.

-No tenemos nada que decirnos... -insistió Kate.

-Aquí no, ni en este momento -convino él-. Ah, aquí está el bar.

Consciente de las sonrisas y significativas miradas que se intercambiaban a su alrededor, Kate le pidió en voz baja que la dejara en paz. Fue en vano. Sólo ella advirtió la frialdad e indiferencia que existía tras el aparente interés que mostraba. Kate empezaba a sentir más temor que enojo.

En ocasiones miraba hacia donde se encontraba Fleur, quien se divertía con Emma y otros niños. Su risa alegre se alzaba por encima de la conversación de los adultos.

-Parece muy responsable -dijo André.

-Sí, pero es muy niña -dijo ella.

-¿La falta de padre le ha preocupado?

-No. Yo... se lo expliqué y nunca ha vuelto a hablar del tema.

-Lo cual no significa necesariamente que no piense en ello.

-Lo sé -ella reaccionó con enojo-. Pero no tienes que decírmelo. Hasta ahora no parece haberle importado mucho. En el colegio hay otros niños cuyos padres se separaron, de modo que no es la única que tiene sólo a uno de sus padres. Tampoco es asunto tuyo.

Kate tenía miedo de que André se preguntara si no era él el padre.

-Lo sé erijo él, sarcástico-. Pero la niña no es culpable de tener a una mujerzuela como madre.

El insulto lastimó a Kate. Sin decir más, se apartó, llena de

dolor. -¿Qué pasa? -preguntó Beth, sonriente pero preocupada.

Kate respiró hondo, pero le fue imposible decirle a Beth lo que le angustiaba. Logró sonreír, mientras movía la cabeza.

-No te preocupes. André y yo siempre hemos peleado y hoy lo hemos vuelto a hacer.

Beth la miró con agudeza, pero se limitó a decir:

qué lástima, porque es un hombre muy atractivo. El señor Fairchild ha estado alabándolo toda la tarde. Al parecer va a hacer grandes cosas en Kaurinui. Debe de ser muy rico.

-Sí. Excesivamente rico -dijo Kate.

-Qué bien, porque ese lugar necesita una gran inversión. Me alegro de que alguien vaya a ocuparse de él. Supongo que si se es tan apuesto y también se tiene dinero, se tiende a ser un poco maleducado. Aunque él no parece así, sino demasiado... demasiado duro tras esa apariencia encantadora.

-Sí, es un hombre duro -dijo Kate con aire ausente.

-¿Estás bien?

Kate ofreció a su amiga una sonrisa rápida, ocultando lo mejor que pudo su ira. Sin embargo, por vez primera en años, sentía que revivía. Su cerebro trabajaba a toda velocidad, reaccionando a la variable oleada de emociones que había luchado por dominar durante los últimos años.

-Sí, estoy bien -mintió.

-Ah -dijo Beth, después de otra mirada perspicaz-. Simon me está haciendo una seña. La carne debe de estar lista.

-Te ayudaré con la cena-dijo Kate.

Beth aceptó el ofrecimiento con entusiasmo. También otras mujeres quisieron ayudar. Por desgracia, una de ellas no pudo contenerse y le preguntó a Kate por André.

-Nos conocimos cuando yo vivía en Auckland -le explicó Kate, serena, casi divertida-. Pero no había sabido de él desde hace... seis o siete años.

-Dicen que ha comprado Kaurinui.

-Eso me ha dicho Beth.

-No sé por qué ha comprado un lugar en ruinas. Pasarán años antes de que se obtengan ganancias de la inversión. Sin embargo, parece un hombre que sabe lo que hace y lo que quiere-terminó la otra mujer con una sonrisa maliciosa.

Kate sintió que sus mejillas se encendían, y al mismo tiempo vio a André hablando con la esposa de uno de los granjeros.

Como si ella le hubiera enviado una señal, André se volvió y durante un segundo se miraron con expresión grave, sin sonreír.

Kate se estremeció, apartó la mirada y se dedicó a ayudar a poner la mesa.

La cena resultó sabrosa. Después Kate pensó irse a casa, pero cuando vio a su hija, encantada ante la posibilidad de dormir con Emma, se dio cuenta de que no podría hacerlo. Acompañó a las niñas a la casa e hizo que se lavaran y se metieran a la cama. Alargó el proceso hasta que ya no pudo aplazar el momento de regresar a la fiesta.

Pasó por la sala, donde se encontraban los niños, a quienes dijo:

-Me voy. Si dentro de media hora las niñas no se han dormido, llamadme a mí o a la mamá de Emma, por favor. Buenas noches.

André, estaba cerca de la puerta, sonriendo a un grupo de personas que lo rodeaban con aquel encanto que resultaba tan devastador. Cuando ella entró, dijo algo que hizo reír tanto a hombres como mujeres. Luego la alcanzó antes de que Kate hubiera avanzado cuatro pasos.

-¿Bailas conmigo? -le pidió en voz baja.

-No bailo.

-¿Por qué? ¿Te pones demasiado en evidencia cuando bailas?

-Hace años que no bailo -dijo Kate con obstinación-. De todas maneras, no sé bailar esas piezas anticuadas.

-Yo te enseñaré -dijo André. Sobresaltada, lo miró a los ojos-. Crecí en el campo -su sonrisa era tan afilada como una navaja.

André la condujo a la pista improvisada. Al bailar, se movía con agilidad, con una gracia masculina que resultaba conocida pero amenazante. Kate sabía que cuando se movían juntos, lo hacían como una sola persona, sus cuerpos se acoplaban a la perfección, llevados por un ritmo que los unía como una fuerza irresistible.

La mano que le puso en la espalda era firme y la mano con la que

le cogía la suya, tibia y segura. Después de unos minutos Kate comenzó a bailar con naturalidad.

Sentía el cuerpo musculoso del hombre apretado contra el suyo. No la estrechaba demasiado fuerte, pero sí lo suficiente como para que sintiera la flexión de sus músculos y reconociera, impotente, su propia reacción.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Kate despertó confusa y furiosa y desesperada porque aquella pieza, la única que habían bailado juntos, le indicó lo remotas que eran sus posibilidades de mantener a André a distancia. La atracción que existía entre ellos era más fuerte que nunca.

Disculpándose tan pronto como pudo, Kate recogió a Fleur y corrió a refugiarse en su casa, donde permaneció despierta la mitad de la noche. La cabeza le daba vueltas mientras se preguntaba si debería huir de nuevo, pero sabía que ya era demasiado tarde. Aunque se fuera lejos, en el mundo no existía lugar donde esconderse de sus emociones.

Al día siguiente, poco después de que Fleur fuera a la cama, André llamó.

-Hola. No sabía que tu casa se encontrara dentro de Kaurinui. Mañana por la noche saldré contigo para hablar de algunas cosas. Prepárate para las siete.

-No, no puedo...

-Por supuesto que puedes espetó él-. Después de todo. tienes deudas conmigo.

-¿Deudas...? -dijo ella, pero André colgó.

-No saldré contigo -declaró en voz alta. Luego entró iracunda en el cuarto de costura, cuya puerta cerró de un portazo.

Estuvo cosiendo concentrada hasta la hora de acostarse. Se alegraba de haber podido trabajar a pesar de los problemas que había en su vida.

Cuando al fin se quedó dormida, lo hizo con la decisión de no darse por vencida, de no ceder otra vez a su deseo. Quizá podía justificar haberse sumergido en las aguas de la pasión cuando tenía dieciocho años. Entonces era una niña sin experiencia. Pero ya era una madre madura, inteligente y lo bastante sensata como para asegurarse de que aquello no volviera a suceder.

Decidió, antes de dormirse, que no iba a salir con él. Si al día siguiente llegaba a buscarla, encontraría a Fleur metida en la cama pero a ninguna niñera.

A medida que se aproximaban las siete, comenzó a mirar el reloj preocupada. A pesar de haberse reprendido mentalmente con energía, se puso unos elegantes pantalones de color azafrán, que combinó con un top y una blusa de seda del mismo color que los pantalones. André sabía perfectamente que ella no solía ponerse ese tipo de ropa para pasar una noche tranquila en casa, pero si quería quedarse, podría acompañarla a comer el guiso de carne que estaba

preparando. No tenía intenciones de poner en peligro su vida tranquila y satisfactoria saliendo con él.

Efectivamente, cinco minutos antes de las siete, las luces de un automóvil iluminaron el camino de entrada de la casa. Kate se puso tensa y entrelazó los dedos. ¿Habría sido mejor acceder a la despótica exigencia de André? Desafiarlo era actuar con poco tacto. Resignada, aguardó que llamara a la puerta.

Abrió con una tranquilidad que podría haber intimidado a cualquier hombre.

Sin embargo, André miró largamente y con frialdad, el esbelto cuerpo de la chica y luego sonrió.

-Pareces salida de una noche árabe -dijo con voz cansina-. Hermosa, apasionada y diferente. ¿No vas a invitarme a entrar?

-Sólo si aceptas que no salga contigo esta noche.

-Si me invitas a compartir eso que huele tan bien...

Resultó como lo había planeado. Después de todo, sería ella la que se encontraría en casa, relajada y segura de sí misma. Pero vaciló, pues el brillo de los ojos de André le indicó que el había entendido algo más en la invitación que le había hecho.

-Con la condición de que aceptes que yo no esté en el menú -replicó ella con calma.

-Qué lástima -volvió a decir con la voz cansina-. Pero aceptaré tus condiciones. Bueno ¿puedo entrar?

El tiempo estaba lluvioso. Kate contuvo el absurdo deseo de quitarle las gotas de lluvia que le habían caído en el cabello y abrió la puerta. Durante un momento, cuando él pasó, ella tuvo un presentimiento tan agudo que casi gritó. Retrocedió rápidamente y contuve un estremecimiento.

-Me gusta -dijo él después de echar un vistazo a la sala. -Gracias.

-Fairchild me contó que esto estaba en muy malas condiciones cuando llegaste y que has trabajado mucho.

-Él me ayudó. Viví aquí durante un año más o menos hasta que supe lo que quería hacer.

La luz del fuego de la chimenea danzaba sobre las paredes pintadas y sobre el viejo techo. Los estantes que ella misma había hecho con tablas de pino llegaban casi hasta el techo. Además de libros. sobre los estantes había flores y plantas, grabados enmarcados y algunas piezas de alfarería de buena calidad.

Desde la repisa de la chimenea sonreía una fotografía de Fleur. Los ojos de André se posaron un momento en el pequeño rostro, pero no dijo nada.

-Sí, me gusta -dijo él lentamente-. ¿Te recompensaron por el

dinero que gastaste?

Kate respondió con tranquilidad.

-No. A la señora Cameron no le gusta gastar dinero en la granja y mucho menos en la casa de un trabajador. Costó muy poco. Además, hasta que me hice una clientela, dispuse de mucho tiempo.

-Con un clima así, me imagino que disponías de mucho tiempo.

Ella reaccionó rápidamente ante la pulla y defendió su hogar con valor.

-Por lo general tenemos buen tiempo... hay menos humedad

que en las Auckland. Siéntate, André. ¿Quieres una copa? -No, yo las prepararé. ¿Qué vas a beber? -Hay media botella de vino ahí.

-Yo tomaré un whisky -tranquilo, sirvió las bebidas-. Aquí tienes. Bueno, ¿por qué brindamos?

Ella sonrió un poco irónica.

-¿Qué te parece por un mejor día mañana?

-¿Para quién? ¿Para ti o para mí?

-,Aún somos enemigos, André?

Él bajó la vista, para ocultar sus pensamientos.

-No lo sé. ¿Lo somos?

-Me parece que nunca fui tu enemiga.

Él pareció encogerse de hombros.

-¿No? Me resulta difícil que te hayas metido en la cama de Brent Sheridan por amistad hacia mí.

«Cuéntaselo», le gritó su mente. «¡Hazlo ahora!»

Si André no hubiera estado mirándola tan impasible, sin revelar amabilidad, compasión, ni la menor comprensión, quizá lo habría hecho. Pero todo lo que pudo hacer fue pensar en Fleur.

-No estábamos juntos cuando llegaste a su casa.

Él levantó la vista y la miró a los ojos, sin hacer ningún intento por ocultar su desprecio.

-Prefiero que digas la verdad -señaló mordaz-. Sé lo que vi aquella noche.

Kate también lo miró a los ojos.

-Lo que viste fue a una mujer que estaba al limite de sus fuerzas -le dijo ella sin emoción-. Corrí...

-Sí, directamente a los brazos de ese maldito Sheridan. Debió pensar que tenía mucha suerte. Sabías que te deseaba. Dios, en cuanto llegaste a su casa, no pudo esperar y te llevó corriendo a la cama.

-¡No fue así en absoluto! -exclamó ella, olvidando su decisión de permanecer tranquila, con las mejillas encendidas por la ira. André no tenía derecho de hablar de Brent con tal desprecio y burla.

-Entonces cuéntame qué pasó. Su hija tuvo que ser concebida un mes después de que me dejaras. ¿Te disgustó tanto lo que hicimos que quisiste borrar los recuerdos con otros mejores? -al advertir su sorpresa, insistió-. ¿O descubriste que te gustaba hacerlo? Dios sabe que tenías suficiente talento natural para ello.

Kate reprimió la ira. Sus labios formaron una delgada línea.

-Todo lo que necesitas saber —dijo con frialdad-, todo lo que es relevante en esta diatriba hipócrita, es que cuando llegaste furioso y lanzando amenazas a casa Brent, yo no me había acostado con é! La miró con una sonrisa escéptica.

-Si así lo dices. Bueno ¿hablamos de algo menos conflictivo? Bebe un poco de vino y cuéntame cómo es que terminaste aquí, cosiendo para ganarte la vida. Sé que siempre tuviste el deseo de vivir en Coromandel, pero, ¿cosiendo?

-Siempre he tenido talento para coser -dijo-. Mi madre se encargó de enseñarme. Cuando llegué aquí, me pareció que era lo mejor que podía hacer.

-Comprendo -bajó la vista y miró el liquido ambarino que había en su vaso-. Sé que no te llevabas bien con tus padres, pero, ¿por qué no regresaste a casa cuando supiste que estabas embarazada?

-Lo hice. Pero mis padres querían que entregara el bebé en adopción. Me negué a hacerlo, así que cuando tuve a Fleur, me vine aquí.

-Recuerdo el día que salimos al puerto, aquel primer día en que salí contigo, dijiste que te gustaría venir a Coromandel.

-Nunca me he arrepentido de ello -dijo ella en voz baja. -¿Y no lamentas no haber terminado los estudios?

-Sí, en muchos sentidos -sonrió irónica-, pero cuando Fleur sea mayor, los terminaré.

Se produjo un momento de silencio. Abstraído, con expresión indescifrable, André contempló las llamas de la chimenea. Luego comenzó a hablar de política.

Kate se tranquilizó y recordó con ironía que él había sido siempre un excelente acompañante, incluso en aquellos días terribles que pasaron en la casa de la playa. Divertido e inteligente, con una mente sutil que captaba de inmediato las cosas que ella dejaba de decir. pronto la hizo reír. Sorprendida, descubrió que la observaba con los ojos entrecerrados lo que indicaba que estaba satisfecho de sí.

Sintió una advertencia. Aquel hombre la había engañado antes y ella había sufrido mucho.

-Voy a ocuparme de la cena -erijo Kate, levantándose.

Una vez en la cocina, respiró hondo y bebió un poco de agua fría, mientras se decía con firmeza que no debía olvidar que André era un consumado actor.

Sacó la cazuela del horno y puso la mesa del comedor, luego fue a la sala. André se encontraba de pie, delante de los estantes, mirando los libros.

-La cena está lista -anunció con brusquedad.

-Qué bien huele -André se volvió con una sonrisa burlona. -Gracias.

-Siempre has sido una excelente cocinera.

-Mi madre aún cree que el valor de una mujer se mide según lo buena ama de casa que sea -replicó-. Antes no lo creía y todavía no lo creo, pero al menos se aseguró de que yo pudiera hacer lo que era necesario en una casa. Ven a comer.

Le produjo una extraña sensación de intranquilidad, un poco de alarma, un poco de placer culpable, comer con él, sentados frente a frente. Parte de ello, pensó, era sólo el gusto de ver a alguien, a cualquiera, disfrutar de la comida que había cocinado. Era algo semejante al placer que sentía cuando la ropa que confeccionaba le sentaba bien a sus clientes.

Pero la otra parte, la parte que la alarmaba, era la satisfacción de tener a un hombre sentado frente a ella, el ocasional encuentro en las miradas, el placer sensual de estar junto a un hombre muy varonil.

Y en aquello, reconocía, estribaba el peligro que André representaba para ella.

Cuando al fin terminaron de cenar, Kate puso las tazas de café en una bandeja que llevó a la sala. André se encontraba agachado, metiendo un tronco en la chimenea. Se puso de pie cuando ella entró en la habitación y se quitó el polvo de las manos. Contempló a Kate mientras ésta ponía la bandeja sobre la mesa que se encontraba entre los sofás.

-¿Todavía tomas solo el café? -preguntó ella.

-Sí, gracias -aceptó, sentándose a su lado.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para servirle el café sin que le temblaran las manos, pero lo logró. Luego se sirvió ella.

-¿Quieres un brandy?

-No, nada, gracias -respondió él. echándose hacia atrás en el sofá, sin dejar de mirarla con sus brillantes ojos verdes.

-¿Por qué decidiste comprar Kaurinui?

Él se encogió de hombros y esbozó una extraña sonrisa. -La tierra ha sido siempre una excelente inversión. -Creía que tus

principales intereses estaban en la ciudad. -No... Gisborne, donde crecí, estaba cerca de las colinas, asi que tomé interés por la agricultura.

-¿Pero aquí? -insistió ella-. La tierra en Coromandel, incluso la mejor, es mala, ¿no? Sin duda hay granjas mucho mejores en venta.

-Tal vez. Pero ninguna tan necesitada de cuidado y atención. -¿El señor Fairchild se quedará aquí?

-Sí. Conoce el lugar como la palma de su mano y le gusta

mucho. Pero necesita ayuda. Construiré un par de casas más.

Ella asintió con la cabeza y, nerviosa, se humedeció los labios. -¿Y esta casa?

-¿Esta casa?

No estaba dispuesta a que la atormentara.

-Quiero saber qué piensas hacer con ella.

-Nada -dijo él en voz baja-. Creo que está muy bien como está ahora, ¿no? ¿O pensabas que iba a echarte de aquí, Kath... Kate?

-No -pero no pudo mirarlo a los ojos-. ¿Y tu? ¿Tú también pasarás algún tiempo aquí?

-¿Quieres que lo haga? -preguntó él en voz baja y atormentadora. No obstante, debajo de la broma, ella percibió cierta dureza.

-Dudo que lo que quiera tenga algún efecto en ti -dijo ella con calma, pero con desesperación-, pero no me importa. Supongo que no nos veremos mucho.

-Quizá no -un momento de silencio y luego preguntó distraído-: ¿Por qué no te casaste con Sheridan?

Ella se mordió el labio.

-Yo... no era... no quise hacerlo.

-Me pregunto si no te asusté demasiado al violarte.

Kate se volvió a él de inmediato. Descubrió la conocida expresión burlona, pero se dio cuenta de que cubría emociones más sombrías, más complejas.

-No me violaste -dijo ella-. Estaba más que dispuesta.

-Tan dispuesta que huiste y te metiste en la cama de Sheridan a la noche siguiente -dijo el con frialdad.

Si lo convencía de que no lo había hecho, André sabría que Fleur era hija suya. Lo miró preocupada y, conteniendo el aliento, insistió:

-No me había acostado con él cuando me localizaste.

-Eso es lo que dices -se arrellanó en el sofá.

-No comprendo de qué sirve recordar el pasado -bebió un poco de café y dejó la taza-. Todo terminó.

-Nunca se termina con el pasado... su sombra se proyecta tanto sobre el presente como sobre el futuro. Por ejemplo, no quisiste salir conmigo a causa del pasado. Si acabáramos de conocernos, habríamos estado más que interesados. Porque el pasado está aún ahí, Kathy.

-Kate -lo corrigió ella maquinalmente.

-Kate. Sí, me gusta ese nombre y te va bien, como Kathy te iba bien antes. Pero te llames Kate o Kathy, tus ojos revelan el mismo sobresalto que cuando me mirabas en aquella habitación de Auckland, hace seis años.

-Ahora sé de qué se trataba -dijo ella con calma-. Lujuria. Pero eso es como un rayo que sólo deja cenizas y destrucción a su paso. Ya no quiero saber nada de ello.

La sonrisa de André fue casi tierna. Sin embargo, en ella también había expectación y un placer cruel.

-Comprendo. Pero esta vez no se trata de rayos, que nunca caen dos veces en el mismo sitio. Esto es más bien como un volcán, siempre ahí, haciendo erupción, irresistible, consumiéndolo todo, más poderoso que ninguna otra fuerza de la naturaleza.

-Los volcanes se apagan -replicó ella-. Estas colinas que forman la península de Coromandel surgieron del vientre de la tierra, pero ya no hay fuego.

-Vamos a ver, ¿qué te parece? -le cogió el mentón antes de que ella tuviera tiempo de retroceder y sonrió-. Sólo un pequeño experimento -dijo en voz baja y acercó los labios a los de ella.

Kate se resistió y mantuvo la boca cerrada, pero sintió el fuego que había dentro de él y la reacción que surgió de lo profundo de si. cuerpo.

Cuando el beso terminó, mientras los labios de la chica palpitaban, André la miró con desprecio.

-Es como besar una flor: hermosa pero poco satisfactoria -Kate lo miró con furia, pero él sonrió-. Nunca había visto ojo, como los tuyos, nunca -dijo André.

-Y has visto muchos -dijo ella, apretando los dientes. Él le besó la comisura de la boca.

-Algunos. Sin embargo, sólo una mujer me intrigaba como tú.

Sus ojos eran de un azul ahumado y tenía pestañas gruesas y rizadas Celosa de aquella mujer que no conocía, Kate dijo, irritada: -¿También a ella la engañaste?

-No -dijo él y se rió-. La ayudé a casarse con el hombre que amaba.

Kate percibía el aroma masculino, prohibido, tentador. Estaba

muy cerca de ella. Con voz ronca, dijo:

-No es propio de ti hacer eso.

-¿Hacer de cupido? -volvió a reír y acercó los labios a la sien de ella-. No, yo me sorprendí de mi altruismo. Pero todo lo que se necesitaba era un poco de celos.

-Ah, eso parece más propio de ti -a su pesar, se rendía, su cuerpo, flojo, se curvaba hacia él, reaccionando al calor de sus labios, a los amables halagos de sus besos.

-Mmm. Pero aún cuando me gustaba Oriel, ella era diferente a ti. Cuando admiraba sus ojos, buscaba un resplandor dorado. Era alta, no menuda y delicada. Tenía el pelo negro, no tu cabellera cobriza.

Kate creía haber olvidado la tensión sensual que brotaba entre ellos, pero se dio cuenta de que sólo la había reprimido. Suspirando. le besó el cuello a André y la punta de la lengua permaneció un tembloroso momento sobre la piel salada. El corazón de él se aceleró y la abrazó con mayor fuerza. De pronto ella quedó atrapada en una jaula que formaban los fuertes brazos y piernas de André, mientras los labios masculinos saqueaban los suyos, gozando de la respuesta espontánea que obtenía de ella.

André se echó hacia atrás en el sofá, atrayéndola contra su pecho. Kate deslizó una mano sobre la parte delantera de la camisa y apoyó la cabeza en su hombro, mientras que sus labios se acoplaban, consumidos por el fuego y una pasión violenta.

Cuando André alzó la cabeza, reía.

-Eres mágica -dijo-. Rubíes, fuego, rosas rojas, vino carmesí.

La mano de André se estremeció un poco al deslizarse por el cuello de Kate, vaciló un momento, luego siguió avanzando por la suave tela del top, hasta cerrarse con delicadeza alrededor del seno. Ella se puso rígida cuando el fuego le invadió el cuerpo.

-¿Amamantaste a Fleur con estos pechos? -preguntó él, acariciando con el dedo pulgar, con refinado tormento, los pezones-. Me gustaría haberte visto, Kate. Verte amamantar a tu hija. Cuando Brent te hacía el amor, ¿te hacía estremecerte y suspirar como yo? ¿Era él tan buen amante como yo? ¿Sollozando, debajo de él, le hacías saber que lo deseabas, retorciéndote frenética y luego arqueando el cuerpo cuando llegaba el momento del éxtasis?

Ella se quedó paralizada, con un sabor amargo en la boca.

-Nunca lo he olvidado-continuó él-. Y la atracción sigue ahí, tan fuerte como la primera vez que nos vimos. Tú lo sabes.

-Es una trampa y un engaño. Como tú.

De nuevo apareció la expresión burlona en el rostro de André.

-¿En qué sentido, Kate?

-Estás vacío y eres falso -dijo ella con vehemencia, tratando de que la soltara. Él la dejó libre. Kate se puso de pie-. No deseo esto -dijo cuando hubo recuperado un poco de calma. Se volvió hacia donde André estaba sentado, todavía echado hacia atrás, sonriente, observándola con expresión arrogante.

-Tal vez no -dijo él con lentitud, ya sin sonreír-. Yo tampoco lo deseo. Pero ahí está... y el hecho de que resulte inconveniente no lo hará desaparecer.

-Pero no tenemos por que ceder ante ello -rogó ella.

-Me parece que ese es el problema -se incorporó en el sofá, apoyó los codos sobre las rodillas y contempló el fuego-. Hemos luchado hasta el final, pero no ha dado resultado. Quizá debamos ceder.

-No -la conmoción la dejó sin aliento durante un largo y tenso momento.

-El deseo, la necesidad, ese insoportable vacío, ha estado consumiéndonos todos estos años.

-Quieres tener una aventura --dijo ella llena de dolor.

André se levantó, y con paso ligero, caminó hacia donde ella se encontraba, inmóvil. La cogió de los hombros y habló con ardor, mirándola a los ojos.

-Ya no quiero buscar tus ojos en el rostro de otra mujer, ni tratar de escuchar tu voz en cada habitación en la que entro, ni recordar aquella noche que me ha obsesionado desde entonces. Tú también quieres que termine. La única razón de que nos deseemos todavía es que sólo estuvimos juntos aquella noche. No le dimos ninguna oportunidad al aburrimiento. Te sugiero que lo hagamos ahora. Así quizá nos libremos del deseo de estar juntos.

-No. Yo no... no podría hacerlo. No tengo la fuerza necesaria... ni la resistencia.

-Tienes miedo.

-Si -dijo ella. Era cierto.

-Puedo aceptar eso -dijo él, pasado un momento, con expresión implacable, pétrea-. Pero no voy a aceptar tu negativa. Te deseo y voy a tenerte hasta que pueda mirarte con frialdad, sin pasión, y verte como a cualquier otra mujer.

Kate pestañeó y él la miró como si fuera la primera vez que lo hacía.

-¡Eso es lo más insultante que me has dicho! Creo que es hora de que te vayas -declaró asqueada.

-Muy bien -la siguió hasta la puerta-. Te llamaré. -No quiero...

Él sonrió y le tocó la mejilla con un ademán tierno.

-Kathy solía ser un poco más sincera -erijo amable-. Ella deseaba, y no se avergonzaba de ello. Era imposible no reaccionar ante su ardor inocente -hizo una mueca, escéptico-. Piensa un poco, Kate, ¿no te gustaría verme caminar por la calle sin sentir nada, ninguna pasión ardiente, ningún deseo de una unión que puede ser una trampa y un engaño?

Llovía copiosamente cuando André se fue. Kate vio los faros del Ranger Rover alejarse y cerró la puerta, estremeciéndose. Sabía que él lo haría. La perseguiría. Y cuando estuviera harto de ella, la abandonaría y nunca volvería a verlo. Quedaría destrozada para siempre.

André le había hecho una advertencia justa. Parecía que la consideraba una enfermedad y quería utilizarla como una vacuna contra su deseo por ella. Quizás tuviera razón al pensar que, sólo saciando su deseo podrían librarse del maleficio primitivo que los unía, pero aquello le causaría a ella un dolor insoportable. Sonrió con tristeza mientras limpiaba la casa.

Pero André tenía razón. Si no, ¿por qué no se había casado con ninguno de los hombres que le habían propuesto matrimonio durante los últimos seis años? Con Brent, por ejemplo. Suspiró. Él le había jurado que la amaba. Pero, finalmente, se dio por vencido y vivía en Australia, casado con una mujer de Sidney. Escribía su quinto libro. Tenía dos hijos. Intercambiaban tarjetas de Navidad todos los años.

Cuando fue a ver a Fleur, la encontró acurrucada bajo las mantas. Kate le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación. Se preguntó cómo iba a afrontar la nueva situación en la que se encontraba. Sintió náuseas. ¿Iba a comenzar todo otra vez, la montaña rusa de emociones, la terrible debilidad que le impedía recuperar el amor propio?

-No -dijo en voz alta, mientras caminaba hacia su dormitorio-. No, no y no, y que Dios me ayude.

Unos días más tarde, Kate se dio cuenta de lo fuerte que era su deseo, cuando comprendió que André no iba a llamarla, que él había conservado un poco de cordura.y se sintió enojada. Si tenía suerte, tal vez tampoco comprara Kaurinui.

Pero, hacia el final de la semana, cuando Kate se lo preguntó al señor Fairchild en el supermercado, pareció un poco sorprendido.

-Ah, sí, el arreglo está casi hecho. André tuvo que regresar a la ciudad, pero su agente ha estado trabajando con el abogado de la

señora Cameron. André me dijo que te conoce desde hace algunos años. Todo un caballero, ¿verdad?

-Sí -respondió ella, turbada.

-Bueno, podrás reanudar tu amistad con él. André rehará la granja y construirá una más grande sobre el acantilado que da a la ensenada.

-La señora Fairchild debe de estar contenta -comentó Kate.

-Oh, sí, aunque no le gusta mucho vivir en la granja mientras la reconstruyen. André me sugirió que nos alojáramos en un motel, pero es necesario estar en la granja, así que aguantaremos hasta el final.

-Parece que André tiene grandes planes.

-Sin duda. Vamos a hacer producir la tierra. André está interesado en la silvicultura, la horticultura y en el turismo. Me parece que piensa hacer algo con el viejo camino minero que va desde detrás de tu casa hasta la reserva kauri en las colinas.

-Creía que era peligroso.

-El camino está bien -dijo él alegre-. Aunque si se sale uno de él, puede estar en peligro. Los mineros hicieron túneles por todos los lados.

Kate había visto algunos de ellos. Oscuros y siniestros, se abrían a través del monte y las montañas sobre la mayor parte de Coromande¡.

Recordó aquel camino con inquietud varios días después cuando Beth la llamó para preguntarle:

-¿Has visto a Fergus y Sean?

Kate sintió miedo. Miró el paisaje iluminado por la luz del sol y dijo:

-No. No los he visto.¿Por qué?

Capítulo 8

NO los he visto desde hace un par de horas y Emma acaba de decirme que pensaban ir de expedición. -¿Tan grave es?

-Sí -respondió Beth-. Tienen que estar en algún sitio al que saben está prohibido ir. Si no, ¿por qué tanto misterio? Emma dijo algo acerca del camino de los mineros, en la parte de atrás de tu casa.

-Oh, Dios mío.

-Exactamente. Y Simon no está aquí. Como todos los hombres, nunca está cerca cuando se le necesita. Decidió ir a pescar con dos amigos.

-¿Qué podemos hacer?

-Voy a llamar a los Fairchild para preguntarles si los han visto. Supongo que después tendré que buscarlos por el camino. ¿Puedo dejarte a Emma?

-Por supuesto, pero, ¿no crees que deberías ponerte en contacto con alguien? ¿Con la policía?

-Sí, supongo que es mejor que lo haga -respondió Beth.

-Y trata de no preocuparte demasiado -dijo Kate-. A pesar de todo, son chicos sensatos.

-Llevo diciéndome eso media hora, pero no me sirve de mucho.

Kate colgó el teléfono y fue a ver si Fleur había oído algo de la «expedición». Iba a entrar de nuevo en su dormitorio, cuando el teléfono volvió a sonar. Era Beth para avisar que todo estaba bien.

-La señora Fairchild acaba de verlos llegar al corral -dijo-. André se encuentra allí, así que él los traerá y después voy a matarlos.

-Desde luego. Me alegro, Beth.

-Yo también. Me pregunto qué diablos... oh, supongo que están creciendo, pero ojalá fueran un poco más considerados con su madre.

Al dejar el teléfono, Kate se alegró de no ser ninguno de ellos. Simon era muy estricto con sus hijos y era probable que los castigara.

Consciente de que utilizaba a los chicos para olvidar el hecho de que André había regresado, salió de la casa y terminó de segar la hierba.

Estaba arrancando la maleza cuando oyó el ruido de un motor. Fleur salió corriendo de la casa feliz.

-¡Señor Hunter! -exclamó. Asombrada, Kate la vio correr a refugiarse en los brazos de él. Más asombrada aún, vio a André coger a la niña y darle un caluroso beso.

-Mamá me dijo que tal vez no volviera -afirmó la niña, echando a su madre una mirada en que se combinaban el júbilo y el

reproche.

-Oh, mamá sabía bien que regresaría -respondió divertido. -¿Cuánto tiempo va a quedarse esta vez? -Una temporada.

Kate decidió que era hora de poner fin a tan conmovedora escena. Él debía comprender que causaría mucho daño a la niña si la trataba como un juguete.

-Pero va a estar muy ocupado, ¿verdad, señor Hunter?

-No demasiado, podré visitaron -respondió él con rapidez. Sus ojos brillaron, divertidos, cuando advirtió la irritación de Kate.

-¿Puede quedarse a tomar el té con nosotras? -4e preguntó Fleur.

-Esta tarde no, cariño, voy a salir -respondió André, sonriente, mirando a la niña-. Quizá mamá pueda llevarte a ver unos cerditos kunekune que tiene el señor Fairchild -dijo con preocupación.

Kate estaba tan enojada, que apenas podía hablar, pero intervino.

-Algún día, quizá -dijo con aire conciliador, entrecerrando los ojos y desafiándolo a continuar hablando del tema. -¿Cómo son esos cerditos? -preguntó Fleur, interesada.

Haciendo caso omiso de la ira y el desprecio de Kate, André se puso en cuclillas junto a la niña.

-Son lechoncitos gordos y negros con el cuerpo peludo. Nadie sabe de dónde vienen. Algunas personas dicen que llegaron desde Malasia, pero llevan mucho tiempo en Nueva Zelanda. No hay muchos ahora, pero el señor Fairchild le compró dos a un hombre que tenía una pequeña piara. Te gustarán. Si les das zanahorias con la mano se las comen.

-Mamá, ¿podemos ir a verlos hoy?

Kate lanzó una mirada fría al hombre que no vacilaba en utilizar a una niña para lograr sus propósitos y dijo con serenidad:

-Hoy no, Fleur. Tal vez otro día. Despídete del señor Hunter, ya se va.

Ante el rechazo, André sonrió, pero no dijo nada. Sin dejar de pensar en los cerditos, Fleur le ofreció una encantadora sonrisa y se despidió agitando una mano. Kate lo vio alejarse. Sentía ira por la manipulación desvergonzada que hacía de su hija, pero también un regocijo traicionero que se negaba a reconocer.

Por desgracia, el deseo de Fleur de ver los cerditos no desapareció durante la siguiente semana. Siempre los mencionaba al volver del colegio y Kate. quien salió a cenar un par de veces y en las dos ocasiones apareció André y se sentó a su lado, estaba enojada y desilusionada por la manera que tenía de aprovecharse del afecto que la niña sentía por él.

Lo más irritante era su evidente éxito social. Por supuesto. cualquier anfitriona se sentiría conmocionada con un hombre soltero con tanto atractivo, pero resultaba humillante tener que observar los esfuerzos que hacían las mujeres para atraerlo. André, por su parte, seguía siendo un hombre enigmático, afable, encantador, irónico.

Era exasperante. Pero peor era el efecto que su presencia tenía sobre Kate. Lograba dominar sus emociones caprichosas durante el día, pero por la noche dormía mal.

-¿Podemos ir a ver los lechones esta noche, mamá? -le rogó la niña más tarde, arrojando la mochila sobre una silla-. Me prometiste que iríamos, lo sabes.

-No, esta noche no, cariño -Kate maldijo en silencio a André.

-Pero, mamá, quiero ir. Tú dijiste que lo haríamos. Me lo prometiste. Mis amigas ya los han visto.

-Iremos cuando sea oportuno --dijo Kate, imperturbable. El momento oportuno se presentaría cuando André regresara a Auckland.

-¿Por qué no esta noche? -preguntó Fleur, lloriqueando.

-Porque lloverá otra vez. Mira por la ventana, ha estado lloviendo todo el día y todavía hay nubes. Sería tonto ir al valle esta noche para mojarnos, ¿verdad?

Pero no era fácil apaciguar a Fleur.

-Quiero ir ahora -dijo. Algo en su voz le recordó a Kate el carácter autoritario de André. Luego cambió de táctica y sonrió-. Mamá, no tienes que ir. Puedo ir sola. Puedo subir la colina siguiendo el camino minero, como lo hicieron Fergus y Sean. Iré bajo los árboles, así que no importará si llueve.

-Cariño, no seas tonta. Ese camino minero es peligroso. Hay pozos por todas partes...

-Pero Sean dijo que es bastante seguro...

-No -dijo Kate con aspereza-. Si me entero de que andas por ese camino, me enojaré mucho, Fleur. Es muy peligroso, cariño, ya lo sabes. Fergus y Sean tuvieron problemas cuando estuvieron por allí.

Fleur arrojó la manzana al suelo y se levantó enfadada de la silla. Madre e hija tuvieron una fuerte discusión, que terminó cuando Fleur recogió la fruta, pero se negó a mejorar su estado de ánimo y al fin se fue con una audible aspiración, lo cual indicaba que iba a llorar en su habitación.

Kate pasó unos minutos ideando castigos para los hombres que meten a las niñas en sus batallas privadas. Cuando estaba cocinando la comida, miró la puerta del dormitorio de Fleur, pero se obligó a

no acercarse. A la larga, Fleur superaría la rabieta y saldría. Malhumorada, regresó a la cocina y preparó el budín favorito de su hija.

Luego fue al taller y lanzó una mirada furiosa al vestido que estaba haciendo y se puso a trabajar.

Cuando un rato después entró en la sala, se detuvo sorprendida. La puerta del dormitorio aún estaba cerrada.

-Fleur -la llamó.

Ninguna respuesta. Llamó a la puerta del dormitorio. Silencio. Se estremeció y abrió la puerta.

Fleur no estaba allí. Una sensación fría le apretó el corazón.

-Fleur, no seas tonta. Sal.

Aunque sabía que la niña no estaba en la habitación, la examinó y luego el resto de la casa. No la encontró. Se detuvo en la puerta y la llamó. Entonces recordó que su hija había amenazado con ir por el camino minero.

Kate miró a lo lejos, deseando, con pocas esperanzas, ver una pequeña figura cubierta con su impermeable amarillo. Pero no se veía a nadie en la ladera. Salió de la casa y buscó en el jardín. En efecto, junto a la cerca encontró una huella en el barro. Sintió más frío en el corazón.

-Bueno, parece que se ha puesto en camino sola para ver los cerditos -dijo en voz alta y corrió al interior de la casa. Con dedos temblorosos, marcó el número de la granja Kaurinui.

Fue André quien contestó. Tartamudeando un poco, Kate le preguntó si no había visto a Fleur.

-No -respondió él con voz áspera y fría-. ¿Por qué?

-Quería ver los lechones y discutimos.

Hubo un momento de tenso silencio y luego él lanzó una maldición.

-Lo lamento -dijo--. No lo pensé... ¡por Dios, Kate, lo lamento! Pero, ¿qué te hace pensar que podría haber venido aquí?

Sollozando un poco, ella respondió:

-Como no quise llevarla, me dijo que iría por el viejo camino minero, como los hermanos Beatson. ¡Por supuesto le... le prohibí incluso que pensara en ello! Por lo general, después de una discusión, se mete en su habitación a leer y se tranquiliza. Como no salía, la busqué en el patio. Encontré sus huellas junto a la cerca.

La voz de André cambió y se volvió mordaz.

-De acuerdo. Jim no está aquí. Comenzaré a buscarla. No se perderá si no se sale del camino.

-Yo comenzaré a buscarla desde aquí.

-Ten cuidado -dijo él maquinalmente.

-Sí -dijo ella, conteniendo las lágrimas-. Tú también. La ladera está llena de pozos y túneles.

Él la tranquilizó.

-Kate, ¿te imaginas a Fleur metiéndose en un hueco oscuro? -No, supongo que no -ella logró reír, temblorosa.

-Así me gusta que seas, Kate: sensata. Asegúrate de abrigarte bien -le ordenó-. Será mejor que traigas ropa para ella. Está lloviendo mucho por aquí.

Kate llenó un termo de sopa caliente y lo puso en su mochila. André tenía razón: a Fleur no se le ocurriría acercarse a un agujero. Aferrada a esa idea, buscó ropa de abrigo.

Cuando subía la colina, con una linterna en la mano y un rollo de cuerda alrededor de la cintura, pensaba en la reprimenda que le iba a dar a su hija cuando la encontrara.

Las nubes que se habían instalado sobre las colinas parecían un manto asfixiante. No tardaría mucho tiempo en ponerse a llover. Media hora, pensó. ¿Cuánto había andado en media hora? ¿Un kilómetro? Tal vez más. Fleur podía correr como una gacela cuando quería. Sin embargo, en el primer kilómetro, el camino era empinado y fangoso, de modo que la niña no podía haber llegado muy lejos.

No se oía nada y los altos árboles se perfilaban a través de la neblina. Avanzaba por el camino, mirando de un lado a otro, sin dejar de llamar a Fleur. Dos veces encontró pequeñas huellas en el fango, pero cuando se metió más en el monte, el suelo estaba cubierto de hojas que impedían ver huellas.

De pronto, comenzó a llover torrencialmente.

Estaba tan oscuro, que pensó en la posibilidad de encender la linterna, pero no lo hizo pues podrían agotarse las pilas. De vez en cuando pasaba junto a algún túnel minero, cuya amenazante presencia mitigaba un poco sus temores. Por ninguna razón podía imaginar a Fleur metiéndose en uno de esos agujeros oscuros.

Estaba abriéndose paso hacia un bosquecillo, cuando oyó un sonido. Jadeante, con el corazón palpitante, se detuvo. ¿Era André

No, pensó, él no podía haber tenido tiempo de llegar tan lejos. Ella llevaba veinte minutos caminando y todavía no había llegado a la cima de la loma.

Pero era él. Surgió de la lluvia. La expresión de su rostro era tan ceñuda como la de ella.

-¿Ninguna señal?

La desilusión y un temor más intenso que nunca le cerraron la

garganta. Se dio cuenta de lo convencida que había estado de que André encontraría a su hija.

-¿Cómo... cómo has llegado aquí tan rápidamente?

-Pensé que ella no habría avanzado mucho. Así que me acerqué a la colina en coche y desde allí comencé a caminar -explicó él.

Ella asintió con la cabeza. Tragó saliva, pues estaba aterrada y le dolía la garganta.

-¿Qué hacemos ahora?

-Sugiero que regresemos al camino y comencemos de nuevo. Ahora la llamas tú. Quizá no haya reconocido mi voz o, si lo ha hecho, tal vez no haya querido responderme.

-Le caes bien -dijo ella bruscamente-. Es a mí a quien tal vez no quiera responder. No quise llevarla a ver los lechones... por eso salió de casa.

-Si hay alguien a quien culpar ése soy yo -dijo él, con desprecio de sí mismo-. Os invité, sin pensarlo... ¡es a mí a quien deberían ahorcar!

-Yo... -Kate se mordió el labio. Sintió un extraño deseo de consolarlo. Sin embargo, André recuperó el control.

-Bueno, las recriminaciones podemos hacerlas cuando hayamos encontrado a la niña. ¿Le contaste lo sucedido a alguien más? -le preguntó él.

-Sí. Llamé a Beth y ella va a llamar a la policía e irá a mi casa por si Fleur regresa sola.

-Qué bien. No te pongas tan trágica, Kate. Si está aquí, la encontraremos.

Más animada, trató de sonreír. No lo logró, pero la mirada de André se suavizó.

Cansada, Kate caminó junto a él sobre el terreno resbaladizo bajo la lluvia. Llamaron a Fleur y gritaron fuerte a la entrada de cada pozo minero que encontraban.

Se le quebró la voz. Tomó aliento y volvió a llamar a su hija. Pero no le era fácil controlar los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza. Llegó a la conclusión de que estaba recibiendo un castigo por no decirle a André que Fleur era su hija.

Mientras lo que le quedaba de sentido común le indicó que estaba poniéndose histérica oyó los quejidos de una niña que surgían de las entrañas de la tierra.

-Mamá... mamá...

Sintió que se iba a caer, pero André la sujetó de los hombros.

-Contéstale -le ordenó él con voz áspera.

La entrada del túnel minero era pequeña y estaba debajo de un

saliente de roca, pero era evidente que la lluvia constante había socavado el suelo y se veían señales de un derrumbe reciente. Kate asomó la cabeza en el abismo húmedo. Su voz sonó extraña, poco clara, apagada.

-Fleur, cariño, ¿estás bien?

-¡Mamá! -gritó la niña y comenzó a sollozar con desesperación. Kate reaccionó y trató de meterse en el agujero para consolar a su hija.

-¡No! -exclamó André, sujetándola-. No vas a meterte ahí, es demasiado peligroso.

-¡Oh, Dios! -dijo ella en voz baja, forcejeando-. ¡Tengo que hacerlo, maldición! Está asustada... ¿no te das cuenta de que está aterrorizada en la oscuridad...?

La sacudió, obligándola a guardar silencio.

-No la ayudarás si pierdes el control -dijo él-. Háblale, dile que estoy aquí y que bajaré a buscarla -la sacudió de nuevo y Kate recuperó el control.

-Sí, lo lamento. Por supuesto -volviéndose hacia el agujero, gritó con una voz apenas serena-: ¡Fleur, soy mamá! Deja de llorar, encanto. No puedo oír lo que dices. ¿No estás herida?

-Me duele la pierna. Mamá, no me gusta la oscuridad. Quiero ir a casa... -la voz de la niña resonaba en las paredes del túnel, de manera que resultaba difícil entenderla.

-Lo sé, cariño. Fleur, escucha, encanto. El señor Hunter bajará para sacarte de ahí. ¿De acuerdo? -los sollozos de Fleur se intensi-. ¡Basta! ¡Tranquilízate! -le ordenó Kate con voz severa.

-Muy bien -la animó André en voz baja. Poco a poco los sollozos dejaron de escucharse

-El señor Hunter va a bajar -repitió Kate, tratando de que su voz sonara clara-. ¿De acuerdo?

-Sí. Tengo frío, mamá, y me duele la pierna.

-Pregúntale si puede verte o si ve la luz.

La voz de Fleur se oyó un poco menos angustiada cuando respondió.

-Puedo ver una luz, no muy lejos.

-De acuerdo, no te preocupes, te sacaremos pronto -le indicó Kate, al tiempo que André se quitaba el impermeable y el suéter y sacaba un rollo de cuerda de su mochila. Rápidamente ató la punta de la cuerda a un árbol y la otra a su cintura.

-Dile que ya bajo -le pidió a Kate.

Cuando André se puso en cuclillas en la boca del pozo, sus ojos verdes brillaban. Miró el rostro atormentado de Kate. -La sacaré -

prometió.

Ella tragó saliva y asintió. Si era posible, André lo haría. Él añadió rápida y claramente:

-Si en quince minutos no sabes nada de mí, señala el pozo con mi impermeable y corre a dar la alarma. La policía sabrá qué hacer.

El rostro de Kate expresaba angustia, pero volvió a asentir. Luego, llevada por algún extraño deseo, alargó la mano y le tocó la cara a André.

-Ten cuidado -fue todo lo que pudo decirle, pero él esbozó su sonrisa temeraria y mordaz y le besó los dedos.

-Hasta luego, cariño -dijo él y se metió en el agujero.

Kate no sabía lo difícil que era esperar. Lo único que podía hacer era mirar la cuerda. El corazón le daba un vuelco cada vez que él tiraba de ella. Se puso de pie para asegurarse de que los nudos resistieran.

La lluvia disminuyó, pero el crepúsculo continuaba avanzando, inexorable. Kate echó un vistazo a su reloj por quinta vez y reprimió el impulso de gritar hacia el interior del pozo oscuro y húmedo.

Durante la interminable espera, comprendió que tendría que decirle a André que Fleur era su hija. Era necesario.

Luego, cuando sus nervios estaban a punto de romperse, oyó las voces de Fleur y André, todavía amortiguadas, pero mucho más cerca. Se dio cuenta de que estaban saliendo. Primero apareció Fleur, con el rostro magullado y manchado de sangre de las raspaduras, y, luego, André.

Kate respiró hondo, luego una radiante y alegre sonrisa apareció en su rostro. Cayó de rodillas y abrazó a su hija. Fleur se echó a llorar.

-No volveré a desobedecerte -dijo, apretando el rostro contra el pecho de su madre-. Te prometo que no lo haré. No quería hacerte llorar, mamá.

Sin darse cuenta de que las lágrimas corrían por su cara, Kate dijo en voz baja:

-No te preocupes, cariño, todo está bien -cogió a la niña en brazos, se levantó y se volvió hacia André, con los ojos luminosos. Gracias -dijo, abrazándolo a él también.

Él le pasó el brazo por los hombros. Fleur lo abrazó del cuello y lo hizo acercar la cabeza, de modo que pudo besar a los dos.

Fue inevitable que André besara a Kate. Por un momento, el regocijo de la reunión se transformó en un arrebato de pasión, lo cual no le gustaba.

-¿Agradecimiento? -preguntó él con la voz áspera, al apartarse.

-¿Quisieras que fuera desagradecida? -se entristeció.

-No, por supuesto que no. Sin embargo, ahora que el momento de alegría ha terminado, te sugiero que regresemos a casa a bañarnos. Llegaremos más rápidamente si vamos en el Range Rover. Desde allí llamaré y avisaré de que hemos encontrado a tu hija.

-¿Tienes teléfono en el Ranger Rover? -preguntó incrédula.

-Es una broma de un amigo -respondió él, echándose el im permeable sobre los hombros y alargando una mano hacia Fleur-.Vamos, cielo, te llevaremos a casa para que te seques.

-Yo la llevaré -dijo Kate.

-Pesa demasiado. Además, puede caminar, ¿verdad, Fleur? Sólo tiene algunas magulladuras y rasguños.

-¡Y está asustada!

-Yo diría que eres tú quien está asustada -se burló él-. Fleur sabía que la encontraríamos, ¿verdad, cariño?

Fleur miró a su madre, luego a su padre y asintió con la cabeza.

-Sí -dijo ella con la confianza de una niña feliz-. Sabía que sí.

-Entonces, vámonos.

André tenía razón. De la mano de Kate, Fleur echó a caminar. Pronto empezó a recuperar la alegría que la caracterizaba. Les contó cómo se había metido bajo la roca para protegerse de la lluvia y cómo el suelo, flojo, se derrumbó bajo sus pies y cayó en la oscuridad del pozo. Desde el fondo no sabía cómo salir, así que después de una búsqueda infructuosa de un pedazo seco de suelo, se acurrucó en un lugar desde donde podía ver luz.

Le pareció un tiempo interminable, pero sabía que la encontrarían. Luego oyó que la llamaban. Lo mejor ocurrió cuando André se metió en el agujero, vio la luz de la linterna que llevaba y, al fin, sintió sus brazos alrededor de ella.

Los dos adultos intercambiaron miradas. Fleur no parecía haber sufrido daño. En realidad, con optimismo infantil, hablaba del incidente como si se tratara de una gran aventura.

Una vez que se encontraron en el Range Rover, André llamó a Beth para decirle que habían encontrado a la niña y que iban a llevarla al médico por si acaso.

-Gracias a Dios -dijo Beth con fervor-. Entonces me iré a casa y les daré otra paliza a Fergus y Sean por haberle metido esa idea en la cabeza a Fleur.

Conteniendo una risita, Kate dijo:

-No, no lo hicieron... no lo sabían. Gracias, Beth.

Poco tiempo después, se encontraban en el consultorio del

médico, donde reconocieron a la niña y dijeron que estaba perfectamente.

El médico le dijo con severidad:

-No vuelvas a hacer una cosa así, por favor.

Con los ojos muy abiertos, la niña negó con la cabeza y apretó la mano de André. El médico miró a uno y a otro y el corazón de Kate latió aceleradamente. Sin embargo, el hombre sólo añadió:

-No la pierdan de vista y, si notan algo extraño, no vacilen en llamarme.

1Ya en casa, Fleur dijo que quería ver la televisión.

-No -le dijo Kate con dulzura-. Vas a darte un baño y a tomarte un bocadillo y después vas a acostarte.

La niña protestó, pero cuando la interrumpió un bostezo, exigió que André la acompañara mientras se bañaba. El sonrió y accedió. Fleur, feliz, parecía haber olvidado los horrores del incidente. Mientras veía cómo se bañaba su hija, Kate deseó olvidar con la misma facilidad sus propios temores. André limpió el baño, mientras ella secaba a su hija y le ponía la pijama.

-¿Todo bien? -le preguntó Kate, dándole un beso en la nariz.

Fleur le ofreció la misma sonrisa de su padre.

-Sí, pero estoy muy cansada, mamá. ¿Puedes darme un poco de sopa? Después me lees un cuento y luego me duermo.

Kate tenía los ojos húmedos cuando la arropó ya completamente dormida. Se quedó contemplando a la niña largo rato. Era tan pequeña, tan valiente, tan frágil...

Pero no podía aplazar el momento de estar a solas con André una vez más. Él se había duchado y se había puesto la ropa que llevaba en la parte posterior del Range Rover. Estaba de pie ante la chimenea, mirando las llamas, cuando ella entró en la habitación. Su perfil era severo. No pareció oír su llegada pues permaneció inmóvil. Bajo la camisa, Kate imaginaba los músculos de sus hombros y brazos.

-Fleur es tu hija -le dijo antes de que cambiara de opinión.

Él no se movió. No tembló ningún músculo de su rostro. Bajó la vista, ocultando sus pensamientos.

-¿De verdad? -preguntó él, inexpresivo.

-Sí -respondió ella con la voz débil.

-Nació, supongo, de aquella noche de amor que compartimos, antes de que huyeras y te metieras en la cama de Sheridan -dijo él, envolviendo sus palabras con una actitud burlona que no ocultaba cierto disgusto.

-No me acosté con él -dijo ella, apretando los dientes-. Por eso sé

que Fleur es hija tuya, no de él.

-Comprendo-levantó la vista y la miró a los ojos. Su expresión era dura-. ¿Por qué has decidido decírmelo ahora, Kate?

-Por lo que ha sucedido esta tarde -hizo esfuerzos por permanecer tranquila, pero sólo logró hablar con un tono insípido, indiferente, que no le sonó sincero ni a ella-. Me pareció que no era justo que Fleur no conociera a su padre y que tú no supieras que tenías una hija. Además... sé que esto es irracional, pero pensé que era un castigo por ser cobarde y no habértelo dicho.

Silencio. La luz de las llamas danzó de una manera inquietante sobre el rostro cincelado del hombre que la observaba con paciencia. como una gran ave de rapiña, deseosa de matar. Al fin dijo con calma:

-¿O te has dado cuenta de que ya no soy sólo un hombre adinerado, sino excesivamente rico?

Kate se puso pálida al oír sus burlonas palabras.

-No --dijo ella, arrogante-. No necesito tu dinero, gracias. Yo puedo mantenerme y mantener a mi hija.

-Pero un poco de dinero extra seria bienvenido, supongo.

Lo miró a la cara con mucha frialdad.

-No -dijo-, supones mal.

-Así que pensabas que haría algo por tu hija, proporcionarle...

-¡No! -furiosa, dio un paso hacia él, pero el dominio que André tenía sobre sí mismo la detuvo.

-Siempre he pensado que nunca podría pegarle a una mujer -erijo él-, pero si me golpeas, tal vez me sienta obligado a hacerlo. Entonces, ¿qué quieres que haga respecto a Fleur?

-Nada -respondió ella, furiosa porque en lo profundo luchaba contra un sentimiento de desilusión-. Sólo pensé que debías saberlo.

André se apartó de la chimenea y se acercó a ella, amenazante. Sonrió cuando Kate dio un paso hacia atrás.

-Sí, quizá estés un poco asustada -dijo él en voz baja-. Sin embargo, no me ensuciaría las manos contigo.

Aturdida, lo vio desaparecer por la puerta. Un momento después vio las luces del Range Rover avanzar hacia Kaurinui.

Kate cerró la puerta con llave, luego regresó y se sentó junto a la chimenea. En su rostro no había ninguna expresión cuando comprendió lo que acababa de hacer.

Capítulo 9

EL amanecer encontró a Kate sentada frente a la chimenea apagada, mirando fijamente los rescoldos grises con desconsuelo. Mientras escuchaba los cantos de los pájaros, se preguntaba si existía otra persona en el mundo que hubiera logrado echar a perder tanto su vida.

Y no sólo una vez. Una vez podía perdonarse. Fiona le había dicho un día: «Toda mujer necesita una aventura amorosa trágica en su pasado».

Al recordar el pasado, comprendió que había optado por la seguridad. El dolor que había sufrido había paralizado sus emociones. Había tomado la decisión de no volver a vivir aquella experiencia dolorosa. Y había cumplido su promesa, utilizando su trabajo, su hija y su lucha cotidiana como una defensa contra los sentimientos profundos, contra la vida misma.

Era una actitud egoísta y mezquina.

Durante los amargos momentos de la noche, había afrontado hechos desagradables: era hora de afrontar otro, el más amargo y más doloroso de todos.

Todavía amaba a André Hunter. Lo había amado profundamente y aún amaba a un hombre que la había engañado y la despreciaba.

Pero aun cuando aceptaba aquella idea, sabía que una relación así acabaría con una parte esencial de ella. Su instinto de conservación la había incitado a huir después de la noche en que Fleur fue concebida. Pensaba que después de tantos años había madurado y había olvidado aquella experiencia tempestuosa, apasionada.

Pero le bastó mirarlo para desearlo. A pesar de que André era un demonio, un hombre impetuoso, con pocos escrúpulos, lo amaba.

Estaba tomándose un café cuando apareció Fleur.

-Bueno, vamos a prepararnos para las labores del día -dijo Kate con brusquedad.

-¿Iré al colegio?

Kate miró a su hija con severidad.

-¿Por qué no?

Fleur abrió la boca, pero la cerró de nuevo. Sí, la niña era hija de André, pero sabía cuándo no tentar más a la suerte.

La semana siguiente resultó tranquila. Kate descubrió que André se había ido la noche en que Fleur escapó y nadie sabía cuándo

regresaría. Ella sabía que lo haría cuando hubiera tomado una decisión.

Fleur se recuperó del susto, aceptó el castigo que le fue impuesto de buena gana, y no dejaba de preguntar por André.

El viernes por la tarde, fueron a la ciudad a comprar unos zapatos para Fleur y se encontraron con Jim Fairchild.

-¿Se encuentran todavía en su casa los cerditos kunekune, señor Fairchild? -le preguntó Fleur.

Él miró con expresión interrogante a Kate y se tranquilizó cuando ella asintió con la cabeza.

-Sí -respondió-. Pero, ¿verdad que no irás a verlos sola? -No -respondió con tal seriedad, que los dos adultos tuvieron

que disimular una sonrisa-. ¿Está el señor Hunter con usted? Jim negó con la cabeza.

-No, está ocupado en Auckland.

-¿Cuándo volverá? -preguntó Fleur con la cara larga. -Dentro de un par de semanas, supongo.

-Oh -la niña se recuperó pronto-. Mamá, ¿mañana, si hace buen tiempo, podemos ir a ver los cerditos?

-No veo por qué no -miró a Jim, quien pareció sentirse culpable-. ¿Cuál sería la hora más conveniente?

-Oh, cualquier hora -respondió él, un poco incómodo-.¿Qué tal a la hora de comer? Mary dijo que podía invitarte. -Magnífico. La llamaré esta noche para confirmarlo.

-Estupendo. Se lo diré.

El sábado hizo buen tiempo y a Kate le recordó que la primavera había llegado y el verano estaba a la vuelta de la esquina. Experimentó un gran regocijo.

Kate cantaba al llegar a Kaurinui con Fleur. Pero se calló de golpe al descubrir junto a un tractor el Range Rover de André. Y allí se encontraba él. Debería parecer fuera de lugar, pero gracias a su facilidad para dominar cualquier situación, parecía een su ambiente. Kate lo observó y se sorprendió de su propia resignación.

-¡Señor Hunter! -exclamó Fleur, agitando la mano.

André sonrió y se acercó a ellas. Con su mirada burlona, desafió a Kate. Al instante ella recuperó sus energías. Se sintió viva.

-Creía que estabas en Auckland -comentó ella. -Regresé.

La ayudó a bajar del coche, sujetándola del brazo con un ademán de posesividad casi insultante, y sonrió al mirarla. Parecía divertido, pero había dureza en sus ojos. «¿Qué esperabas?», se preguntó Kate. «¿Amabilidad? André no es un hombre amable».

Fleur lo besó con fervor. Mientras los observaba juntos, Kate se

dio cuenta de que se portaba bien con los pequeños, despreocupado, pero no aburrido, cariñoso y firme al mismo tiempo. No era de extrañar que Fleur lo adorara. Los miró con atención, buscando algún cambio en su actitud hacia la niña tras saber que era su hija.

Pero André no reveló sus emociones. La sonrisa que le dirigió cuando alzó la vista, era triste.

«Deja de soñar», se dijo ella, al volverse.

-Lo siento, pero mamá y yo tenemos que salir -dijo André cuando los acompañaba a la casa. Haciendo caso omiso de la mirada de sorpresa de Kate, continuó-: Pero la señora Fairchild quiere que te quedes aquí.

-¿Por qué no puedo ir con vosotros? -preguntó Fleur, suspicaz.

-Creía que querías ver los cerditos. Tal vez quieras dar un paseo en el pony. Y también hay corderos y becerros, incluso algunos polluelos.

Emocionada, Fleur se olvidó de ir con ellos.

André sujetaba con fuerza a Kate del brazo.

Ocultando muy bien su curiosidad, la señora Fairchild los recibió en la puerta. Era claro que, al igual que todos en Coromandel, idolatraba a su jefe. Kate trató de comportarse con normalidad.

Cinco minutos después, se encontraba en el Range Rover, diciendo adiós con la mano a una emocionada niña que no esperó más para hacer que la señora Fairchild la llevara a ver los cerditos. Ahogando un suspiro de pesar, Kate volvió la vista hacia el paisaje.

André la llevó hasta una pequeña meseta en una de las colinas de Coromandel. Al fondo el terreno descendía un poco, y más allá de la fértil llanura podía verse el mar y las islas Mercury, que brillaban como joyas a la luz del sol primaveral.

-Esto me recuerda tu casa en Whangaroa -dijo ella, tranquila. -Sí -admitió él-. Me atraen los lugares altos. Quizá construya otro refugio aquí en la cima.

-¿Ya no tienes aquel que estaba en el norte?

Él hizo una mueca. Kate no supo si era de dolor o de burla.

-No, lo vendí después de llevarte allí.

Ella lo miró, pero su perfil revelaba poco. Se sintió tensa. Trató de relajarse, de calmar su pulso febril respirando hondo, pero le era imposible prestar atención al paisaje. Con alivio se dio cuenta de que ya no deseaba una confrontación.

Prepararon la comida y se sentaron indolentes.

Ella deseaba prepararse antes de que André hablara de los años que habían estado separados.

La señora Fairchild se había esmerado en la preparación de la comida. Un verdadero banquete. Si no estuviera tan inquieta, Kate habría disfrutado. Pero mientras bebía el café, experimentó una extraña sensación en el estómago. Sabía que no podría aplazar lo inevitable.

-André...

-¿Sí?

-Tenemos que hablar.

-Sí.

-¿Así nada más?

Los ojos de André brillaron con algo muy parecido a la malicia.

-Sí, cariño, así nada más.

Se dio cuenta de que la observaba divertido, como si quisiera ponerla de mal humor. Haciendo un gran esfuerzo, Kate recuperó el dominio.

Después de un momento, André dijo con calma:

-¿Por qué no quisiste casarte conmigo, Kate?

De modo que quería saberlo todo. Durante un momento, Kate se contuvo. Dentro de ella había una lucha entre el dolor y el antagonismo. De pronto, capituló.

-No pude hacerlo. Estaba enamorada de ti, pero tú no estabas enamorado de mí.

Hubo otro momento de silencio triste. Kate lo miró. Los dos habían vuelto la vista hacia las colinas. Él dijo con calma:

-Sí, estaba enamorado de ti. ¿Por qué crees que fui tan cruel contigo? No porque te odiara, sino porque traté de seducirte y llevarte a mi cama con toda frialdad y descubrí que me había enamorado.

Para ocultar sus manos temblorosas, las hundió en los bolsillos.

-Era pasión -dijo con la voz apagada.

-También. Te deseé desde el momento en que te vi, bailando. La inocente y atrevida sensualidad con que lo hacías, convirtió en tus esclavos a todos los hombres que se encontraban en la sala. Tuve el deseo de sacarte de allí para que bailaras sólo para mí. Podría habérmelas arreglado con la pasión. Pero cuando semanas después, me di cuenta de que estaba enamorándome de ti, me quedé desconcertado. Tenía que vengar a la pobre Olivia. Hiciera lo que hiciera, os traicionaría a una de las dos -vaciló y sonrió; era la sonrisa amarga de un hombre atormentado-. Sí, quería a mi hermanastra. Cuando Olivia murió, sufrí una depresión nerviosa y aquello alimentó mi deseo de castigar a alguien. Ella contaba conmigo para que la cuidara.

-Lo lamento -dijo Kate con desesperación.

-Yo también. Pero quizá eso explique por qué me porté tan mal. Hasta entonces siempre había logrado dominar mis emociones. Y, por supuesto, me di cuenta de que eras demasiado joven para amarme.

Ella fijó la vista en las colinas.

-Oh, yo te amaba -dijo en voz baja-. Demasiado, André. -¿De verdad? Estoy seguro de que pensabas que me amabas. Todavía sin mirarlo, respondió con calma: -Después me dije que eso no era amor. Era la única manera que tenía de soportar el dolor.

-Por eso no te seguí cuando te vi en la cama de Brent. Aunque que una decisión dolorosa, sabía que tenía que dejarte. Pensé que te había asustado tanto, que tuviste que correr en busca de los brazos de otro hombre. Era demasiado tarde. Así que te dejé.

-Me dejaste porque pensaste que me había acostado con Brent -lo corrigió, irritada.

-¿Por qué fuiste a buscarlo, Kate?

-Tenía miedo -respondió en voz baja, avergonzada.

-¿Por qué no me dices la verdad? Lamentabas lo que hicimos...

-¡Oh, no seas idiota! Hacer el amor contigo fue una de las experiencias más maravillosas de mi vida.

-¿De verdad, Kate? -la miró, incrédulo, vulnerable-. Entonces, ¿por qué fuiste a buscar a ese maldito de Brent Sheridan?

-Porque tú hablabas de matrimonio, pero no de amor. ¡Piensa, André! Había visto a Chris con Olivia, enamorado, engañado, objeto de burla. Él era el amante y ella la amada. Oh, no sabía si serías tan cruel como ella, pero la posibilidad de encontrarme en la misma situación de Chris, desesperadamente enamorada de un hombre que sólo me deseaba, me horrorizó tanto... que sólo pensé en huir. Cuando do me llamaste... sabía que podrías convencerme de que me casara contigo. Era débil, de manera que todo lo que tenías que hacer era mirarme. ¡Un beso y te habría dado todo lo que quisieras!

-No tenías por qué acostarte con Sheridan -dijo él enfadado.

La cogió de los brazos y la sacudió con fuerza. La miró fijamente. Sus labios formaban una línea delgada.

-Escucha, por última vez, porque no voy a repetirlo: No me acosté con él. No me llevé mi ropa cuando huí de ti, así que no tenía nada que ponerme. Me metí en la cama y me quedé dormida. Brent tenía un sofá-cama en la sala y allí durmió. No hicimos el amor. Ni entonces. Ni nunca. André la cogió del cuello. Kate se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Él cerró los ojos, luego los abrió como si tratara de sorprenderla, pero Kate lo miraba,

deseando que confiara en ella.

-Pero él te deseaba -dijo André con aspereza.

Ella asintió con la cabeza, sin dejar de mirarlo a los ojos.

-Sí. Me pidió que me casara con él. Sin embargo, cuando me negué, creo que se alegró. Estaba enterado de mi embarazo. Me parece que habría aceptado a la niña, pero quería casarse con una mujer con la que pudiera dormir y no con una que sufriera náuseas y fuera a tener un hijo de otro hombre -Kate vio dolor en los ojos de André. Con un sollozo apagado, lo abrazó-. No te preocupes. André, por favor, no te sientas así.

La apretó con fuerza contra su pecho y ella se preguntó si al fin iban a solucionar sus problemas.

-Así que tuviste que soportarlo todo... el dolor y la vergüenza... completamente sola.

-No -ella alzó la cabeza-. No, Libby y Fiona se portaron de maravilla conmigo. También mis padres, aunque ellos pensaron que les había fallado y querían que entregara a la niña en adopción.

-Ojalá me lo hubieras dicho. Pero sé por qué no lo hiciste. No te habría creído.

-Hubo algo de rencor. Quise castigarte por...

-¿Por creer lo peor de ti?

-Sí. Y por creerle a Libby cuando te contó lo que había sucedido... y no a mí. Pero sobre todo por no amarme tanto como yo te amaba.

-Pero sí te amaba. Todavía te amo -aflojó un poco los brazos para mirarla fijamente-. Le creí a Libby porque sabía, en el fondo, que no eras la clase de persona acostumbrada a mentir. Eras sincera. Durante la semana que pasamos juntos lo comprobé. Comenzaba a darme cuenta de lo que había hecho y trataba de descubrir cómo demonios enmendar la situación, cuando ella llegó y me vi obligado a admitir que me había equivocado. No sabía qué hacer -cerró los ojos y concluyó en voz baja-: ¿Has sido feliz? -Sí. Feliz, pero... me sentía vacía.

-¿Ha habido algún otro hombre?

-Sabes perfectamente que no. ¿Y en cuanto a ti?

-Ninguna mujer -entrecerró los ojos, ocultando sus pensamientos-. Entonces -dijo con despreocupación-, ¿qué hacemos?

Las agitadas emociones que Kate experimentaba eran evidentes en su rostro. Alzó el mentón, desafiante.

-¡Casémonos! exclamó.

El rostro de André permaneció inexpresivo unos segundos. Luego, esbozó su sonrisa más traviesa e imprudente,

-Qué agradable descubrir que estamos de acuerdo en algo -dijo.

La abrazó con un ademán posesivo. Sus besos eran ardientes, persuasivos y la dejaron sin aliento. Como siempre, reaccionó con la misma pasión.

Cuando al fin André apartó los labios, ella dijo, aturdida: -No puedo creer que haya dicho eso.

-Lo has dicho -afirmó él, satisfecho-, y ya no hay manera de que te escapes. Te amo. Te amaba antes de hablar contigo y te amaba aun cuando pensaba que te habías acostado con Brent Sheridan. Fue muy doloroso verte en su cama. Como si algo hubiera ensuciado mis sueños... y sabía que ese algo era yo y mi estupidez.

-Yo tampoco estoy orgullosa de mí. Sabia que querrías saber que tenías una hija y que tal vez te convencería de que era tuya. Pero no lo hice. Huí y no quise olvidar la ira y el resentimiento.

André le besó los párpados.

-Soñaba contigo -dijo él en voz baja-. Sigo haciéndolo. Te veo bailando, riéndote de mí, llamándome, pero nunca puedo llegar hasta ti. Siempre hay gente cerrándome el paso: Olivia, Libby, Sheridan... y tengo que ver cómo bailas para ellos.

Un largo tiempo después, André levantó la cabeza de nuevo y miró a su alrededor. Dijo en voz baja:

-No, aquí no. La hierba está demasiado húmeda y me niego a hacerte el amor en el Range Rover. Vamos a casa, amor mío.

Pero cuando bajaban por la colina, preguntó:

-¿Qué pensará Fleur de que viva con vosotras? Supongo que se pondrá celosa.

Ella iba a reír, pero comprendió que André tenía razón.

-Sí. Le gustarás mucho, pero está acostumbrada a que la atienda yo. Tendremos que tomar las cosas con calma delante de ella. -Bueno, haré todo lo posible, aunque no soy un hombre muy paciente. Por lo menos, en lo que a ti se refiere.

Ella sonrió.

Fleur insistió en mostrarles los cerditos kunekune. La niña también quería llevarlos con los polluelos, corderos y becerros, pero André movió la cabeza.

-Los veremos mañana -declaró alegre.

-¿Vamos a volver mañana? -preguntó Fleur con optimismo. -Espero que sí. Iré a cenar mañana, así que, ¿por qué no le pedimos a mamá que prepare algo delicioso?

-¡Machista! -exclamó Kate, riéndose.

Él sonrió y la ayudó a subir al automóvil, que miró con desaprobación.

-Por el amor de Dios, conduce con cuidado este montón de

hierros oxidados. Lo primero que voy a hacer es regalarte un coche. Kate se quedó seria. Las palabras de André la hicieron recordar que no sólo era el hombre que amaba, sino muy rico. ¿Qué clase de vida iba a llevar? La idea de perder el tiempo en un circulo social de ociosos la consternó.

Mientras preparaba la cena, pensó en lo poco que conocía a André y aquello debió reflejarse en su rostro, porque él le dijo: -Es inútil que cambies de idea. Ahora eres mía y nunca te

dejaré.

-No voy a alejarme de ti -protestó elles. Sólo...

Apretando sus labios contra los de ella, André la hizo callar.

Permanecieron abrazados un largo momento hasta que los interrumpió una voz aguda y curiosa.

-¿Por qué os besáis? -preguntó Fleur celosa. André se puso en cuclillas.

-Tu madre y yo vamos a casarnos -le explicó a la niña. Fleur lo miró con cautela antes de preguntar: -¿Vas a ser mi papá?

-¿Te gustaría?

La niña se quedó pensativa y luego asintió con la cabeza. -Sí. ¿Vivirás con nosotras?

-Vosotras viviréis conmigo -dijo él, alargando los brazos. Fleur vaciló, inquieta, mientras miraba a su madre y luego al hombre que consideraba su amigo. André esbozó la sonrisa encantadora, irresistible, que Kate conocía tan bien. Fleur también sonrió y le echó los brazos al cuello-. Muy bien -dijo él, poniéndose de pie con su hija en brazos. Miró el rostro extasiado de Fleur y luego a Kate-. Vamos a planear una boda -ordenó.

-Quiero ser dama de honor -dijo la niña al instante.

André se rió y le dio un beso en la mejilla.

-Por supuesto que serás dama de honor -dijo él con una sonrisa seductora. Luego miró a Kate quien todavía estaba un poco ensimismada-. No vayas a cambiar de idea.

Cenaron con Fleur, a quien permitieron permanecer despierta más tarde de lo acostumbrado, para planear una boda sencilla en Whitianga, y una semana de vacaciones.

-Ya sé -dijo Fleur-. La luna de miel. Me quedaré con Emma. André miró sonriente a la niña.

-¿Te quedas a menudo con Emma? -preguntó, indolente. -Muchass veces. ¿Puedo contárselo mañana, mamá? ¿Puedo? -Vamos, cariño, es hora de ir a la cama. Una vez que la niña se durmió, Kate regresó a la sala. En realidad no hacía tanto frío como

para encender la chimenea, pero André lo había hecho. Sin hablar, él se inclinó para echar más leña al fuego. Kate se dejó caer en el sofá.

André se volvió y descubrió que lo observaba. Hubo un momento de profundo silencio y luego él dijo con tranquilidad: -No me mires así.

-¿Por qué no?

-Porque me haces perder el dominio de mí mismo. -No quiero que lo conserves.

André sonrió sin alegría.

-Me parece que por eso te tengo miedo -dijo él, mientras se sentaba junto a ella-. Me amenazas de un modo... El hecho de que te ame te da mucho poder sobre mí.

-Te cedo ese poder -dijo ella en voz baja.

-Sí. Esto es lo único que lo hace soportable, ¿verdad? Ella asintió con la cabeza.

-Es espantoso. Pero... también estimulante.

-Sí, ¿verdad? Me resulta difícil creer que estoy aquí, al fin en casa. Cuando me dijiste que Fleur era hija mía, estaba tan furioso que no sabía cuáles eran mis emociones. Así que me fui para estar algunos días lejos de tu perturbadora presencia. Y después de reflexionar mucho, tuve que admitir que no importaba que la niña fuera mía o no. Tenía una segunda oportunidad e iba a aprovecharla. Pero lo que me consternó fue lo mucho que deseaba que fuera hija mía. Sin embargo, no voy a casarme contigo porque Fleur sea hija mía. Se trata de ti, sólo de ti.

Kate sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Él lanzó una maldición en voz baja y la apretó contra su cuerpo, hasta que ella volvió la cabeza y lo besó en el cuello. Después a Kate le resultó más fácil confesarle sus temores acerca de vivir con él.

-Tendrás que relacionarte con otras personas -dijo él-, pero creo que te gustarán mis amigos. ¿Tienes alguno en Auckland?

-Sí, tanto Fiona como Libby viven allí. Fiona sigue soltera, pero Lib y Chris se casaron y son muy felices.

-Me gusta Fiona -dijo él, sonriente.

Riendo, ella deslizó el dedo por los labios masculinos.

-A ti y todos los demás hombres.

-Te gustaría estar cerca de ellas, ¿verdad?

-Mucho -respondió con aire soñador-. Podría volver a la universidad.

-¿Te gustaría hacerlo?

-Mucho.

-Qué bien. Haz lo que quieras. Todo lo que deseo es que Fleur, tú y los otros niños que tengamos, seáis felices.

Kate apoyó la cabeza en su pecho, escuchó los fuertes latidos de su corazón y se dejó envolver por el calor y la seguridad del amor que André sentía por ella.

-Por cierto --comentó él con naturalidad-. ¿Fleur está dormida?

-Podemos ir a ver.

La niña estaba dormida. Sus labios dibujaban una sonrisa. Cogidos de la mano la contemplaron, luego salieron de la habitación y llegaron hasta el dormitorio. Cuando entraron en él, ella se mordió el labio y echó un vistazo a su alrededor. Kate había cambiado las sábanas y había puesto flores sobre el tocador, de modo que su fragante aroma llenaba la pequeña alcoba.

-No te pongas tan nerviosa -dijo André en voz muy baja, haciéndola volverse hacia él para poder mirarla-. Si quieres, me voy a casa.

-¡No te atrevas! -exclamó ella.

André se rió. Luego la cogió en brazos y la llevó a la cama. A la risa siguió la pasión. Desaparecieron todos los temores de Kate, el dolor, la soledad, los resentimientos, y ocuparon su lugar el amor, las risas y la felicidad, que podrían cambiar pero que nunca disminuirían.

Mientras viajaban a aquella tierra donde el amor lo era todo, con el corazón palpitante, labios y cuerpos unidos en éxtasis, Kate se alegró de no haber encontrado ningún lugar donde esconderse. En brazos de André se sentía en casa.